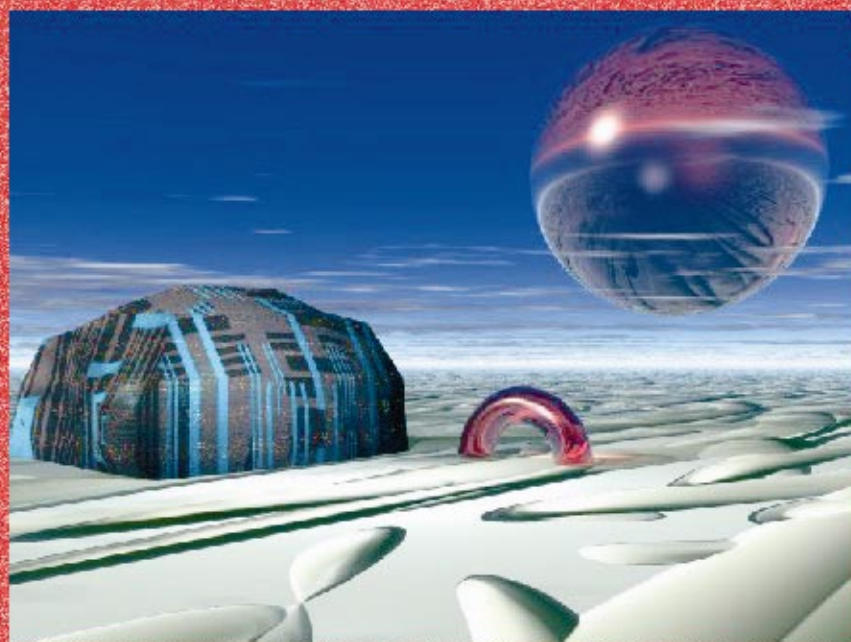


Bajo el signo de Alpha

Antología



Ciencia Ficción y Fantasía Mexicana

Bajo el signo de Alpha

Antología

CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA MEXICANA

© Los autores.
Diseño editorial: Guillermo Lavín.
Ilustraciones: Gabriel Benitez.
Editada en Cd. Victoria, Tamaulipas,
México.
Julio del año 2000.
Para la realización de esta antología los
autores aportaron los cuentos que
aparecen.

Bajo el signo de Alpha

Bajo el signo de Alpha

Índice

Náyade.	9
Visión de los vencidos	15
Se ha perdido una niña	43
Padre chip	63
Y3K:	75
Dólares para una ganga	83
Llegar a la orilla	91
Perro de Luz	107
El rescate	119
Vuelo libre	127
El Libro de García	139
Los crímenes que conmovieron al mundo . .	151

Náyade

Dispara.



La ojiva abandona el cañón e inicia el vuelo supersónico sobre las ruinas del puente. El *hardliner* no la espera. El proyectil es demasiado veloz, los detectores ultrasónicos no le avisan a

tiempo. Se incrusta sobre la lente del visor infrarrojo, le clausura para siempre el mundo en verde. Abandona su cabeza, va a destrozar un tronco de huizache. Ajeno a lo ocurrido, el cadáver del guardia continúa en posición rígida por un instante, al fin la gravedad lo desploma sobre el pasto lleno de hongos, en silencio. Sólo entonces suenan las alarmas, el ulular recorre la noche en un radio de varios kilómetros.

Bajo el signo de Alpha

Sander sonríe, acaricia el pesado rifle. Aspira a fondo el aire húmedo, putrefacto, entre el chirrido de insectos en busca de pareja. Sobre ese himno y las nauseabundas olas alejándose en la corriente, lo sorprende su propia risa. No es la reacción esperada. ¿Que más da? Reír o llorar no importa, al menos ya no para él. Cerca de la culata ergonómica del arma, con entonación clara para asegurar el reconocimiento de voz, pronuncia la palabra *replay* para observar el video transmitido desde la bala inteligente al fusil *Teledeth*. A 10 cuadros por segundo la trayectoria se aprecia con claridad. El lo sabe, ha dado en el blanco, las sirenas lo confiesan. Lo que extraña es el olor a pólvora: el *trillium* que utiliza la propulsión es inodoro, o quizá indetectable para él.

Pero en fin, para sobrevivir es necesario adaptarse, conseguir lo último, sin importar el precio. La venta del Mustang 68 con carburador de oxígeno apenas le completó los créditos para obtener el producto iraquí, con su chip *scrambler* de códigos que evitaban la detección por satélite. Aunque será solo cuestión de tiempo, el país del norte encontrará una manera para desactivarlos desde el cielo. Entonces serán tan inútiles como las piedras bajo sus pies, pero hasta que ese momento llegue, Sander promete sacarle buen provecho. Para empezar, los resultados son prometedores: el extinto guardia de la línea dura está de acuerdo, aún más, lo certifica.

Se tiende sobre la hierba seca, con los brazos en cruz, observando el jugueteo de las luciérnagas, de pronto fundidas con las estrellas. Necesita reflexionar, pensar en cualquier cosa menos en ella; en el gélido invierno que se asoma, en cómo va a encontrar agua potable al día siguiente, en la próxima víctima. Pero es imposible. La imagen de Mariana se sobrepone a los astros nocturnos y los coleópteros; la menuda silueta de cabello suelto llena

Bajo el signo de Alpha

su visión. Quizá la música la ahuyente, se dice. Se coloca los audífonos y al activar el *Discman*, los *Ilegales* le gritan al oído: *en esta fiesta / tan buenas las mujeres / también en esta fiesta / se mueven las mujeres*. Pero en la frontera ya no hay *merengue-house*, ni fiestas, ni hablar de las pocas hembras. Ilegales, por otro lado, los hay en exceso, y no a todos les gusta ese ritmo. La mayoría prefieren sencillamente matar. Para comer, para robar, para encontrarle sentido a la vida. Toda la América Latina envía sus representantes a la zona divisoria, en un intento desesperado por cruzar la línea dura. En sus trincheras, el ejército barriestrellado resiste, con el apoyo incondicional del Ku-Klux-Klan en la Casa Blanca.

Mira hacia el horizonte que se pierde a lo lejos. Mariana sigue ahí, ojalá con vida. En alguna próspera ciudad, allende el río. Cerca de Arizona, según los últimos correos antes de la repentina desaparición de Internet. Recuerda el llanto de ambos previo a la despedida, la última noche de hotel, la seda del negligé sobre la suave piel. Ella tiene un chip de identidad pirata; él, no. Ahora necesita pasar, llegar hasta ella, ansía su abrazo. Ni los estragos del hambre o las heridas colaboran con sus intentos por olvidar. ¿Lo recordará ella? Un año sin líneas telefónicas entre ambos países acentúa la separación. Mariana. Desea volver a formar un solo ser con ella, la masturbación pierde día a día su otrora eficacia. Y sospecha de la reincidente picazón en la entrepierna. ¿De origen venéreo? Quizá un médico lo descifre, pero los únicos que pueden ayudarlo viven allá, al otro lado, felices. Qué importa, de algo tiene que morir. Aún así, su última voluntad es volverla a ver.

El ruido de pasos lo sobresalta. Una sombra nubla los puntos luminosos en el infinito. Al incorporarse de un salto, le apunta sin soltar el disparador electrónico: una

Bajo el signo de Alpha

chica. Apenas sobre los quince, cubierta de lodo y con un brillo violáceo en el ojo izquierdo. Un bioimplante Kodak, sin duda.

—¿Me estas grabando?— le pregunta sin bajar el cañón.

—Sí chico, perdóname, es mi *default*— dice ella y se toca la muñeca en lo alto. El círculo de luz en su vista se apaga.

—¿Quién eres? ¿Qué diablos quieres aquí?

—Soy Eliana, de Cuba. ¿Puedo bajar los brazos?

—No. Contéstame primero.

—Apaga el rifle. No se te vaya a disparar esa cosa...

Su voz suena extrañamente artificial, demasiado. Como si el procesador de audio en su garganta estuviese en sobrecarga. Llama su atención el cuerpo mojado de la chica.

—¿Saliste del agua?

—Sí, está helada.

—Algo anda mal aquí. Este líquido no es agua. Sólo son deshechos químicos y biológicos, ácidos, cadáveres, ¿no tienes olfato?

—Mi piel es nueva, de un polímero impermeable muy especial. Ni la lluvia radioactiva me causa problemas.

—¿Y qué haces aquí?

—Vine por ti.

Levanta el rifle, pero ella es más rápida. Abre la boca y lanza el microdardo, justo al cuello de Sander. La muerte es instantánea, Sander alcanza el suelo ya sin vida. Sus ojos siguen abiertos, fijos hacia el cielo, pero ya no puede ver como la chica lo desnuda sin prisa. Luego se aparta del cadáver y de su propio cuello arranca una tira de membrana sintética. Envuelve el rifle, debe protegerlo de la corrosión. Arrastra el cuerpo hasta la orilla y al arrojarlo activa el mecanismo en su globo ocu-

Bajo el signo de Alpha

lar para obtener un registro digital de la descomposición orgánica en el lechoso líquido. Cuando todo termina, se sumerge y avanza a su estación de servicio, detrás de la división.

Quizá necesite una piel nueva antes de la siguiente encomienda, la fuerza corrosiva en el torrente es cada vez mayor.

Bajo el signo de Alpha

Visión de los vencidos

Relaciones indígenas sobre la invasión marciana

(Versión Abreviada)

*Para Sergio Herrera, quien
leyó antes que yo **La Guerra
de los Mundos***

Introducción, selección y notas:

Miguel León –Portilla

Versión de textos nahuas:

Ángel Ma. Garibay K. y Miguel León Portilla

*“...Pero ¿quién vive en esos
Mundos si están
habitados...? ¿Somos
nosotros o ellos los señores
del Universo...? ¿Y por que
han de estar hechas todas
las cosas para el hombre?”*
Kepler. Ccita de Burton en
La anatomía de la
melancolía.

Introducción:



*Relaciones y pinturas
Nahuas sobre la invasión
marciana*

Fray Toribio de Bena-
vente, Motolinía, llegado a
México Tenochtitlán en ju-
nio de 1524, formando par-
te del célebre grupo de los

doce franciscanos venidos a Nueva España, es el primero en descubrir el interés que tuvieron los indios por conservar sus propios recuerdos acerca de la Invasión. He aquí las palabras mismas de Motolinía, al principio del Tratado Tercero de su Historia de los indios de la Nueva España:

*Mucho notaron estos naturales indios, entre las cuen-
tas de sus años, el año que vinieron y cayeron del cielo a
esta tierra los eloim con sus gigantes de metal, como
cosa muy notable y que al principio les puso muy grande
espanto y admiración. Ver criaturas caídas de los cielos
(lo que ellos nunca habían visto, ni oído que se pudiese
hacer), de formas tan extrañas de las suyas, tan otra
cosa. A los ángeles caídos les llaman **teteuh**, que quiere
decir dioses y los españoles, corrompiendo el vocablo
decían **teules**...*

Proyectando primero sus viejos mitos, los mexicas
creyeron que Quetzalcóatl y los otros teteos (dioses) ha-
bían regresado (en contraposición a la experiencia euro-
pea donde fueron considerados inmediatamente

Bajo el signo de Alpha

demonios o ángeles caídos) para vengar una vieja afrenta contra el pueblo de Huitzilopochtli y los adoradores de Tezcaztlipoca.

La suposición no parecía tan incorrecta al tomar en cuenta que los viejos mitos señalaban al año Uno- Caña, como el año del regreso del dios águila-serpiente, Quetzalcóatl. Reforzando esa visión, se encuentran los presagios de la venida de los ángeles caídos, anotados en la versión náhuatl preparada por el doctor Garibay, de los textos de los informantes indígenas de Sahagún, contenidos al principio del libro XII del Códice Florentino, donde se narra una serie de prodigios y presagios funestos que afirmaron ver los mexicas y en especial el emperador Motecuhzoma, desde unos 10 años antes de la llegada de los marcianos, hasta el día definitivo de su arribo, tan claramente descrito en el códice.

En la actualidad, se conservan varias de estas relaciones nahuas, en las que, como lo nota Motolinía, consignaron la venida de los españoles y los principales hechos de la Invasión. Esas relaciones y pinturas, junto con otras varias historias escritas un poco más tarde también por los indígenas, son en conjunto más de doce. Brevemente describiremos las principales de estas relaciones, tomando en cuenta tanto su antigüedad, como su menor o mayor extensión.

Miguel León-Portilla

Parte 1

La llegada de los marcianos

1. Presagios de la llegada de los marcianos.

Los presagios, según los informantes de Sahagún

Primer presagio funesto: Nueve años antes de venir los demonios y 10 antes de los españoles se mostró un funesto presagio en el cielo. Una como espiga de fuego, una como llama de fuego, como una aurora: Se mostraba como si estuviera goteando, como si estuviera punzando el cielo.

Ancha de asiento, angosta de vértice. Bien al medio del cielo, bien al centro del cielo llegaba, bien al cielo estaba alcanzando. Se manifestaba: estaba aún en el amanecer; hasta entonces la hacía desaparecer el sol. Por un año entero vino a mostrarse.

Segundo presagio funesto: Sucedió aquí en México: por su propia cuenta se abrasó en llamas, se prendió en fuego, ardió la casa de Huitzilopochtli. Todos echaron ahí el agua, pero cuando intentaban apagarla, sólo se enardecía flameando más. No pudo apagarse: del todo ardió

Tercer presagio funesto: Muchas veces se oía: una mujer lloraba, iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos:

—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!

Y a veces decía:

—Hijitos míos, ¿a dónde os llevaré, dónde os esconderé?

Bajo el signo de Alpha

Muchos hablaron que esa mujer veía lo que vendrá, que había sido ciega en nacimiento pero que los dioses le permitían ver por dentro; que sabía que Quetzalcóatl y los dioses vendrían y que sabía también del castigo que tocaría al pueblo mexicana. Que por eso se volvió loca pues no soportó tan grande espanto.

Cuarto presagio funesto: Los que trabajaban en el agua encontraron cierto espejo como escudo reluciente. Luego lo llevaron a mostrar a Motecuhzoma, en la Casa de lo Negro (casa de estudio mágico).

Allí lo vio y en él vio el cielo: las estrellas, el Mastalejo. Y Motecuhzoma lo tuvo a muy mal presagio cuando vio todo aquello.

Pero cuando lo vio por segunda vez, vio como si algunos demonios vinieran de prisa, bien estirados, arrastrándose con sus cuerpos de gusanos y serpientes.

Al momento llamó a sus magos, a sus sabios. Les dijo:

—¿No sabéis qué es lo que he visto? ¡Unos como grandes gusanos, como serpientes de cuero humedecido que se arrastran y se agitan!...

Pero ellos, queriendo dar respuesta, se pusieron a ver: desapareció (todo): nada vieron.

Motecuhzoma se puso, pues, en pie y gritó que Quetzalcóatl venía, que lo había visto; que había visto su negra barca de serpientes. Nadie lo evitó, nadie pudo entonces callarlo; estuvo como loco durante dos días.

Quinto y último presagio funesto: Ocurrió entonces, pocos meses antes de llegar el año uno-caña, que nosotros llamamos de 1519, que cuando aún había Sol, cayó un fuego. En tres partes dividido: salió de donde el sol se

Bajo el signo de Alpha

mete: iba derecho viendo a donde sale el Sol: como si fuera brasa, iba cayendo en lluvia de chispas. Larga se tendió su cauda; lejos llegó su cola. Y cuando visto fue, hubo gran alboroto: como si estuvieran tocando cascabeles.

Los presagios y señales acaecidos en Tlaxcala

Sin estas señales, hubo otras en esta provincia de Tlaxcala antes de la venida de los gigantes de metal, muy poco antes. La primera señal fue una piedra de fuego que cayó del cielo y una claridad que salía de las partes de Oriente, tres horas antes que el sol saliese, la cual claridad era a manera de una niebla blanca muy clara, la cual subía hasta el cielo, y no sabiendose qué pudiera ser ponía gran espanto y admiración.

También veían otra señal maravillosa, y era que se levantaba un remolino de polvo a manera de una manga, la cual se levantaba desde encima de la Sierra “Matlalcuye” que llaman agora la Sierra de Tlaxcala, la cual manga subía a tanta altura, que parecía llegaba al cielo.

No pensaron ni entendieron sino que eran los dioses que habían bajado del cielo, y así con tan extraña novedad, voló la nueva por toda la tierra en poca o en mucha población. Como quiera que fuese, al fin se supo de la llegada de los dioses, especialmente en México, donde era la cabeza de este imperio y monarquía.

2. Primera noticia del arribo de los marcianos

Y mandó Motecuhzoma a Petlacácatl, que llamase a todos los mayordomos de todos los pueblos. Díjoles que fuesen ellos a todos los pueblos que ellos tenían enco-

Bajo el signo de Alpha

mendados y que hallasen a los nigrománticos que pudiesen y se los trajeran.

Hicieron lo que así se ordenó y fueron ellos traídos a él. Les dijo: ¿habéis visto algunas cosas en los cielos, o en la tierra, en las cuevas, en los lagos de agua, algunas voces, como de mujer dolorida, o de hombres; visiones, fantasmas u otras cosas de éstas?

Como no habían visto cosa de las que deseaba Motecuzhoma, ni de las que él les preguntaba daban razón, les dijo enfurecido:

—¿Es ése el cuidado que tenéis de velar sobre las cosas de la noche? Ya que tanto gustan de dormir haré que duerman un largo, larguísimo rato.

Y ordenó encerrarlos a ellos en la cárcel de Cuauhcalco, hasta que ellos dijeran lo que tenían que decir; hasta que hablaran de lo que ellos ocultaban.

Díjole de nuevo Motecuzhoma que volviera a preguntarles lo que debía venir o suceder, de donde había de venir, si del cielo o la tierra; de qué parte, de qué lugar y cuándo sería.

Volvió Patlacátatl a Cuauhcalco pero a nadie encontró en aquel lugar. Espantado, volvió y dijo a Motecuzhoma lo que había visto y que a nadie había encontrado. Habían volado o se habían vuelto invisibles.

Motecuzhoma mandó entonces mancebos a saquear las casas de las mujeres de los nigrománticos. Fueron a las casas de ellos, y mataron a sus mujeres, que las iban ahogando con unas sogas, y a los niños iban dando con ellos en las paredes haciéndolos pedazos, y hasta el cimiento de las casas arrancaron de raíz.

Llegada del macehual de las costas del Golfo

Bajo el signo de Alpha

A pocos días vino un macehual (hombre de pueblo), de Mictlancuauhtla, que nadie lo envió, ni principal ninguno, sino sólo de su autoridad. Luego que llegó a México, se fue derecho al palacio de Motecuzhoma y díjole: señor y rey nuestro, perdóname mi atrevimiento. Yo soy natural de Mictlancuauhtla; llegué a las orillas del mar grande y vide cerca de la playa un gran agujero en el suelo donde una como columna de plata estaba enterrada. Estaba caliente y humeaba y dejaba oír sonidos como guijarros pegando entre sí. Esto jamás lo hemos visto, y como guardadores que somos de las orillas del mar, estamos al cuidado. Dijo Motecuzhoma: sea enhorabuena, descansad. Y este indio que vino con esta nueva tenía la cara quemada como por sol, y las manos achicharradas, pues había entrado a donde la columna y la había visto y la había tocado.

Díjole Motecuzhoma a Petlacácatl, llevad a éste y ponedle en la cárcel de tablón, y mirad por él. Hizo llamar a un teuctlamacazqui (sacerdote) y díjole: id a Cuetlaxtlan, y decidle al que guarda el pueblo que si es verdad lo del agujero y no se qué, ni lo que es, que lo vayan a ver, y esto sea con toda brevedad y presteza, y llevad consigo a vuestra compañía a Cuitlalpítoc.

Así lo hicieron y prestos volvieron con mucho espanto en sus rostros, fuéronse derecho al palacio de Motecuhzoma, a quien hablaron con la reverencia y la humildad debida. Dijéronle: señor y rey nuestro, es verdad que había un agujero cercano al mar, pero en él ya no hemos visto nada. Vacío está. Y también vacío y achicharrado se encuentra Cuetlaxtlan. Todos sus habitantes han sido vistos por los ojos nuestros como pedazos negros de tizón, regados por todas partes y muertos, las casas derrumbadas.

Bajo el signo de Alpha

Junto nosotros vinieron dos hombres del pueblo, pero nada pueden decir pues uno tiene el rostro desfigurado, derretido por un fuerte calor y su boca sellada labio con labio. El otro ha muerto al llegar a las puertas.

3. Las idas y venidas de los mensajeros

Lo que vieron los mensajeros

Motecuhzoma luego dio ordenes al teuctlamacazqui:

—Dad orden: que haya vigilancia por todas partes en la orilla del agua, en donde se llama Nauhtla, Tuztlan, Mictlancuauhtla. Por donde ellos (los forasteros) vienen a salir.

Luego de prisa se fueron.

No mucho tardaron en volver y cuando volvieron, hasta México llegaron y fueron directo con Motecuhzoma. Le dijeron:

Señor nuestro y rey nuestro. Hemos ido a donde nos has mandado y hemos regresado con noticias de espanto pues durante el camino nos hemos enterado y hemos visto la furia de los dioses. Que cerca de donde se encuentra el agujero, a medio día de camino, se encuentra otro más de donde los habitantes de un pueblo cercano vieron salir un gigante.

Su torso era alargado como columna y brillante como metal y sus piernas eran tres. Su cabeza esta cubierta con algo como gorro y como brazos tiene cuatro serpientes largas que no dejan de moverse. Sabemos que es verdad porque nosotros también lo vimos. Pero lo que más espanto causa es la luz que brota de una como caja, como alajero brillante, que hace que los árboles ardan, que

Bajo el signo de Alpha

arda el bosque y las casas. Y cuando caminan es como si caminara con ellos el trueno.

Cuando él (Motecuhzoma) hubo oído lo que le comunicaron los enviados, mucho se espantó, mucho se admiró. Y le llamó a asombro el tamaño de los gigantes, como el de veinte hombres, uno sobre el otro.

También mucho espanto le causó el oír cómo se desmaya uno; se achicharra otro.

Y que cuando se ve el rayo, crea fuego y va destilando chispas y el humo que sale de él, que es muy pestilente y huele a podrido, penetra hasta el cerebro causando molestia.

Si va a dar con un cerro (pirámide) lo derrite, lo desquebraja, y si da contra árbol o casa lo convierte en ceniza.

El teuctlamacazqui dijo:

Nosotros tus enviados tenemos noticia de dos más que vienen en camino y que llegarán a Tlaxcala, pues cuando íbamos hacia donde nos fue ordenado, nos encontramos que multitud de gente que salía de sus casas, se iba de sus pueblos, los abandonaba porque los dioses, por donde pasan, queman todo. Tus enviados seguimos adelante y vimos con ojos propios montones de gente quemada, torcida y negra como raíces. Unos por acá, también por allá. Ninguna casa en pie.

Cuando hubo oído todo esto Motecuhzoma se llenó de grande temor y como que se le amorteció el corazón, se le encogió el corazón, se le abatió la angustia.

Los testigos de Tlaxcala

He aquí entonces que en la mañana llegó la comisión enviada desde Tlaxcala a México, pero a estos, Mocte-

Bajo el signo de Alpha

cuhzoma se negó a oírlos, por lo que no quedó más remedio que dar sus palabras al mayordomo del señor. Dijéronle:

—Infrómale a nuestro señor Motecuhzoma, que la gente de Tlaxcala venimos para hablar con él, pues hemos sido testigos de un prodigio cercano a nuestras tierras que son las de él. Que siendo de mediodía cayó del cielo una luz, y que esta fue a golpear como trueno en uno de los cerros cercanos. Levantó gran humareda y esta no se detuvo hasta pasado un rato. Después, en la noche, todos escuchamos los aullidos que salían de aquel lugar y llegando la mañana fueron tres a ver lo que allí había. Vieron un hoyo en el suelo como cazo grande. Más grande que una casa. Y ahí vieron a los dioses y vieron que eran de color negro y que sus ojos eran rojos y grandes como platos y eran dos y que se movían arrastrándose por el suelo, arrastrados por largas víboras negras. Y algo construían pues con palos de hierro levantaban cosas como casas.

Cuando el mayordomo de Motecuhzoma escuchó todo esto su rostro mostró profunda preocupación y fue a contarle todo ello a su señor.

Motecuhzoma envía magos y hechiceros a Tlaxcala

Sabiendo Motecuhzoma donde encontrar a los dioses, despachó para allá una misión. Envío a cuantos pudo, hombres inhumanos, los presagiadores, los magos. También envió guerreros, valientes, gente de mando.

Envío cautivos con que les hicieran sacrificio: quién sabe si quisieran beber su sangre. Y así lo hicieron los enviados.

Bajo el signo de Alpha

Se presentaron delante del agujero donde se levantaba ya hacia el cielo uno de los gigantes de metal y ofrecieron a los dioses el sacrificio de hombres, de huevos de gallina, de tortillas blancas, de piedras y plumas preciosas, mientras los dioses miraban desde su lugar en el agujero, sin moverse, sin hacer sonido.

Fue entonces que de aquel gigante brotó la luz ardiente que todo lo quema y pasó sobre hombres y ofrendas, incendiándolo todo, consumiendo carne y piedras sin dejar nada. Los que no fueron tocados por el rayo fueron de carrera dando de gritos, tocando sus bocas y cabezas, acompañados todos por gran espanto.

En el lugar quedaron varios sacerdotes y hechiceros, grandes señores y capitanes como Coyohuehuetzin; Atlixcatzin Tlacadécatl; Tepeoatzin Tlacochecácatl; Quetzalaztatzin Tizacahuácatl. Otros como Totomotzin, Hecatempatitzin o Tettlepanquetzaltzin, rey de Tlacopan, huyeron y nada más se volvió a saber de ellos.

Motecuhzoma envía más hechiceros

Enterado Motecuhzoma de que sus ofrendas habían sido rechazadas y de que venían cuatro gigantes de los dioses en dirección a la ciudad, volvió a enviar a otra misión de magos y hechiceros y aún sacerdotes para dar encuentro a los gigantes. Pero también nada pudieron hacer allí, no pudieron hacer daño de ojos, no pudieron dominarlos; de hecho no los dominaron. Ni siquiera allá llegaron muchos y los que llegaron lo hicieron a Cholaula, que ardía, se consumía en humo negro y fuego. Todo olía a quemado, a carne en asador.

Mucho asco y espanto, mucho miedo para todos los enviados que no se atrevieron a ir más adentro sino que

Bajo el signo de Alpha

huyeron también con la gente del pueblo que aún se encontraba errando por el alrededor.

Sólo cuatro regresaron a Tenochtitlán a contar lo que habían visto: a los gigantes caminar entre la mucha gente, quemando con su rayo, atrapando a la gente con sus brazos de serpiente, estrellándolos en el suelo, aplastándolos con sus tres patas.

La aparición de Tezcatlipoca

El camino de regreso fue atribulado, lleno de espanto. El sol se veía como un disco rojo, cubierto por las nubes negras de los incendios y la gente corría y se escondía entre los árboles de los bosques, con sus mujeres y sus hijos. Muchos lloraban, todos ellos lloraban asustados y varios daban vueltas de un lado al otro pues no sabían a dónde ir. Unos encontraron el camino que llevaba a Tenochtitlán en medio de la oscuridad y gritaban:

—Por aquí, por aquí. Venid todos por aquí. Es por aquí a donde se llega a México”.

Tres de los enviados que legaron a Tenochtitlán fueron siguiendo primero esas voces, pero uno de ellos se perdió y fue a dar a un alto cerro desde donde podía verse todo aquel lugar. Con sus propios ojos vio con espanto una larga nube negra cubriendo los bosques y las luces del fuego comiendo árboles y sobre ellos también la figura de cuatro de los gigantes, que a lo lejos asemejaban sólo pequeños hombres. No miente el enviado al confesar que en ese momento quiso huir, pero su valor se sobrepuso a su miedo y decidió regresar a Tenochtitlán a dar aviso de lo que había visto, de lo que se avecinaba.

De repente le sale al paso uno que estaba como borracho y le dice:

Bajo el signo de Alpha

—“¿Por que en vano habéis venido a pararos aquí? ¡Ya México no existirá más! ¡Con esto, se le acabó para siempre! ¡Largo de aquí: aquí ya no!...”

De improviso desapareció; ya no lo vio más. Y se dijo:

—“No era un cualquiera ése... ¡ése era el joven Tezcatlipoca!...”

Abatimiento de Motecuhzoma

Y cuando estos enviados llegaron, narraron a Motecuhzoma cómo pasó, cómo lo vieron. Y cuando lo oyó Motecuhzoma, no hizo más que abatir la frente, quedó con la cabeza inclinada. Ya no habló palabra. Dejó de hablar solamente. Largo tiempo así estuvo cabizbajo. Todo lo que dijo y todo lo que respondió fue esto:

—“¿Que remedio, mis fuertes? ¡Pues con esto ya fuimos de aquí!... ¡Con esto ya se nos dio lo merecido!... ¿Acaso hay algún monte donde subamos? ¿O acaso hemos de huir? Dignos de compasión son el pobre viejo, la pobre vieja, y los niñitos que aún no razonan. ¿En dónde podrán ser puestos a salvo? Pero...no hay remedio... ¿Qué hacer?...¿Nada resta? ¿Cómo hacer y en dónde?... Ya se nos dio el merecido... Como quiera que sea y lo que quiera que sea...ya tendremos que verlo con asombro...”

Parte 2

México en poder de los marcianos

—Esta no es una guerra – dijo el artillero -. No lo ha sido nunca, como no puede haber una guerra entre los hombres y las hormigas.

H. G. Wells, La Guerra de Los Mundos

1. Llegada de los marcianos a México-Tenochtitlán

Y al cabo de esto el Motecuhzoma no habló más, no dijo nada más. Se quedó en el salón, mudo, callado, mirando a lo que había de venir desde sus aposentos.

Sin embargo su sobrino Cacama llamó a consejo a Cuitlahuacatzin, hermano del rey, y a los demás señores y propuso una larga plática en razón de si debían recibir a los dioses y de qué manera.

Cuitlahuacatzin respondió que a él le parecía que de ninguna manera, que debían armarse guerreros y ejército para enfrentar a los gigantes de los dioses, pero Cacama y los señores, sabiendo cómo había ardido Cholula y suponiendo de igual manera lo de Tlaxcala resolvieron que la gente de la ciudad debía huir. Dijeron:

—Es inútil entregar ofrendas a los dioses, a Quetzalcóatl, porque no las quiere. Ha regresado como prometió y destruirá esta ciudad y todo el imperio pues ha sido creado bajo el patronato de sus enemigos Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. Nada de ella ha de quedar y de nosotros tampoco si no huimos. Del fin ya sabíamos, pues Cuatlícue ya lo había dicho a aquellos nigromantes que fueron a Aztlán, hace tiempo. Motecuhzoma tiene razón pues ya nada podemos hacer. Los que se queden en esta ciudad pagarán sus culpas con fuego. Los que quieran vivir deberán salir ahora pues los dioses no tardarán en llegar.

Dicho esto, los señores ordenaron a los capitanes salir a las calles, ir a los calpullis (barrios), a los calmecac y a los tepochcali para sacar a los jóvenes y a los niños y avisar a la gente, a todo mundo.

Bajo el signo de Alpha

Cuitlahuacatzin, sin embargo, hizo oídos sordos a la decisión de los señores y apoyado por un grupo de guerreros tomó camino a encontrarse con los gigantes, armados todos con dardos, escudos y macanas.

Nada más se supo de ellos.

Huida de Mexico-Tenochtitlán y llegada de los marcianos

Fue el plan que alguna gente debía salir de la ciudad por Tlatelolco hacia Tepeyac y otra hacia el este, por Tlacopan.

Texcoco, Hexotla, Chalco en el sur, Tenayuca, Tizapan, Tlalpan, todos los alrededores también debían ser abandonados y la gente escondida

No era de nadie esperado lo que sucedió el tercer día, mientras todavía mucha gente, como un río, como multitud, salía de Tenochtitlán llevando consigo mujeres e hijos y aquello que solo que pudiera acompañarlos.

Fue que un vigía de Chalco anunció la vista a lo lejos de dos de los gigantes que se acercaban a la ciudad, que podrían llegar por la entrada de Iztapalapa y dio alarma de eso.

La gente que aún quedaba, que era mucha, tuvo mucho espanto y arrojó lo que tenía a las acequias y corrió hacia las salidas. Los que tenían barcas las usaron pero el miedo era tan grande que muchos intentaron cruzar a nado los canales y murieron ahogados.

No solo venían los dioses por el camino del sur, sino que delante de ellos corrían también algunas de las gentes que habían huido de los pueblos donde los dioses ya habían pasado.

Final de Chalco

Cuatro gigantes llegaron por Chalco al atardecer y no más entrando sus rayos ardientes se posaron sobre los templos y las casas, sus patas aplastaron los mercados y sus brazos-serpientes arrancaban las piedras. Desde los lugares altos de Tenochtitlán era posible oír los ruidos de los dioses y ver las llamas ardiendo en todo. Desde Xochimilco y Mizquic era aún más fácil verlo.

Los gigantes detuvieron su camino frente al lago por largo rato. Muchos pensaron entonces que hasta ahí se quedarían, que les daría miedo atravesar toda aquella agua. Pero no fue así pues dos de los gigantes lo hicieron. Avanzaron hacia el lago y entraron en él. Otros dos se dirigieron caminando por la orilla hacia Mixquic y Tlalpan.

La huida general

Luego otra vez matan gente; muchos en esta ocasión murieron. Pero se empieza la huida, con esto va a acabar todo. Entonces gritaban y decían:

—¡Corran!...¡Huyan que ya ha llegado Quetzalcóatl por todos nosotros!...

Y cuando tal cosa oyeron, luego empezó la huida general.

Unos van por el camino grande. Aún allí matan a algunos; están irritados los dioses. Los que habitaban en las casas de la ciudad van derecho hacia Amáxac, rectamente hacia el bifurcamiento del camino. Allí se desbandan los pobres. Todos van al rumbo del Tepeyácac, todos van al rumbo de Xoxohuititlan, todos van al rumbo de

Bajo el signo de Alpha

Nonohualco: pero al rumbo de Xóloc o al de Mazatzintamalco, nadie va.

Pero todos los que habitan en barcas y los que habitan las armazones de madera enclavadas en el lago, y los habitantes de Tolmayecan, se fueron puramente por el agua. A unos les daba el agua hasta el pecho, a otros les daba el agua hasta el cuello. Y aun algunos se ahogaron en el agua más profunda.

Los pequeñitos son llevados a cuestras. El llanto es general. Al irse, casi se atropellaban unos con otros

Entrada por Azcapotzalco

Fue entonces que la gente que salía a tropel por la salida a Azcapotzalco tuvo gran pavor al ver casi frente a ellos, salidos de no se sabe dónde, a otros tres de los gigantes, que no eran ninguno de ellos los cuatro que provenían de Tlaxcala y Cholula, sino otros de los que no se tenía noticia ni nada se sabía. De inmediato muchos fueron achicharrados, ardieron como antorcha niños, viejos, hombres y mujeres.

Grandes gritos, mucho miedo y pavor. Todos corrieron de nuevo hacia la ciudad.

En ese encuentro hubo un capitán, mentado Tzilcatzin, valeroso en la guerra, muy macho, que corrió en dirección de los dioses y dicen quienes lo vieron que a uno se le subió en una pata, pero que nada pudo hacer pues del torso del gigante bajó uno de los brazos -serpiente y se enroscó en su cuerpo lanzándolo con fuerza al cielo.

Temoctzin, otro capitán que ahí se encontraba, se arrojó junto con muchos al río, para no morir tatemado, calcinado por los rayos ardientes de los gigantes.

Bajo el signo de Alpha

Él vivió, pero muchos otros murieron pues hirvió el agua. Un gigante hizo que hirviera en furia, como si en pedazos se rompiera al revolverse. Temoctzin vio cuerpos, vio muertos flotar escaldados, rojos todos ellos. Todos hervidos.

Entonces, por la calzada de Tlacopan dieron entrada dos de los gigantes, hacia la ciudad.

Avanzan los marcianos al interior de la ciudad

Sucedió pues, que esa noche llovió aunque no era temporada y pudo despejarse de humo el cielo, pero los gigantes no se detuvieron; y llovían también gritos y había fuego en medio de toda el agua, porque mientras avanzaban, seguían arrojando sus rayos con furia, destruyendo casas, calpullis enteros.

Todo esto podía verlo Motecuhzoma desde el Gran Teocalli (Templo Mayor) a donde había subido junto con Tlacochealcátl de Tlatelolco, Itzcohuatzin y otros para esperar a los dioses. Hacia el oeste y hacia el sur el incendio de la Gran Tenochtitlán parecía visión del infierno. Rojas las llamas y rojas las nubes de tormenta y los gigantes de los dioses caminando, dando tumbos por las ruinas de la ciudad.

Era pues que el noble Cuauthémoc se encontraba dentro de la ciudad, huyendo, escondiéndose en las ruinas para no ser visto por los dioses. Junto con otra gente se encontró muchas veces, todos ellos con gran pavor. Les dijo:

—“Ninguno de nosotros puede quedarse aquí. Tomen a los niños y heridos y síganme.”

Bajo el signo de Alpha

Muchos se negaron a moverse y otros lo siguieron y los que así lo hicieron fueron los que contaron parte de esta historia pues salieron vivos de la ciudad. Pero antes tuvieron que arrastrarse por entre el fuego y el lodo, hasta llegar a cierto canal donde había escondidas unas barcas. Por todas partes había muerte, en todas partes había fuego y sonidos ensordecedores, brillantes flamas. En una ocasión incluso estuvieron a los mismos pies de un gigante, pero no los vio. Cuando tomaron las barcas, Cuauhtémoc les mostró la salida y en el viaje pudieron ver más de la ciudad y de la gente que corría en pavor y de otra que corría en llamas.

Pero Cuauhtémoc no fue con ellos pues se quedó para buscar a más gentes, más niños.

Moctecuhzoma frente a los marcianos

Esto que aquí se relata lo ha dicho Tzoncoztli, acompañante y consejero de Motecuhzoma, que estuvo ahí cuando sucedió todo, y que lo vio todo, escondido en uno de los templos del Gran Teocalli

Motecuhzoma vio acercarse por el oeste y por el sur a dos de los gigantes, que se detuvieron frente al gran templo. Durante poco rato nada hicieron pero después uno comenzó a subir, pero donde pisaba, se hundía. Así, paso tras paso el gigante llegó casi hasta arriba.

Y de su cabeza salieron aquellos, los demonios que se pensaba eran dioses y vieron frente a frente a Moctecuhzoma que no se movía, se mantenía firme, y no temblaba pues fuerza para eso ya no tenía.

Dos de aquellos se dejaron caer como sacos al suelo y sus cuerpos se arrastraron por los peldaños, las escaleras

Bajo el signo de Alpha

hasta llegar hasta arriba, frente al rey, al cual vieron con sus ojos negros, redondos, lo miraron.

Y sin decir nada, como centella, sus serpientes se enroscaron en el cuerpo de Motecuhzoma y en su cuello y en el cuerpo de sus acompañantes y los arrastraron hacia abajo de las escaleras donde ya no podían verse, pero desde podían oírse sus gritos y sus chillidos

Todo esto pudo verlo Tzoncoztli, escondido dentro de uno de los templos superiores y dejó de verlo cuando los demonios volvieron hasta la parte de arriba, sin nadie con ellos. Se escondió atrás de un altar, muy pequeño, que cuando entró el dios, negro y reluciente, arrastrándose por el suelo, creyó que lo iba a ver.

El dijo también que el dios le pareció como aquello que traían de las playas los que allá vivían, el pulpo, pero que su tamaño era tan grande como el de dos hombres tirados en el suelo y que su altura bien hacía que pudiera llegarle al pecho si él hubiera estado de pie.

El demonio llegó y se fue pronto, pero Tzoncoztli no. Se quedó allí durante 8 días.

El alimento de los dioses

Fue cuando los animales de los dioses atraparon a muchos en las calles. Los animales eran como escarabajos de metal de muchas patas y con uno como brazo con una mano, y los dioses se montaban en ellos para hacer otros animales y a otros gigantes y para atrapar gente.

Se movían, corrían por toda la ciudad, escarbaban en las ruinas y tomaban gente de ellas. Gente viva, porque a la muerta la arrojaban, la tiraban lejos, la tiraban a los canales. También los gigantes tomaban gente con sus bra-

Bajo el signo de Alpha

zos de serpiente y la metían a toda en un morral que era como ellos, que era de metal.

Entre ellos tomaron también a un pescador, un maehual del barrio de Petlalcalco y a todos fueron a llevarlos a Tlatelolco, donde eran arrojados a un gran agujero y de donde los dioses los tomaban para chupar su sangre. Ciyácatl, el pescador lo vio con sus propios ojos porque a él también lo tomaron. Los animales de los dioses los agarraban como conejos, de los pies, y los levantaban. Los dioses ponían en ellos a otras serpientes o lombrices sin color, mucho muy delgadas, que entraban en la carne de los brazos y del cuello y de las piernas, y ellas desangraban al hombre para que los dioses tomaran su sangre.

Cuando llegó turno a Ciyácatl este gritó y chilló. Tuvo espanto de ver a los dioses llevar las lombrices de sangre a su cuerpo. Pero los dioses se detuvieron y lo volvieron a arrojar al pozo con los demás: tres mujeres y cuatro niños. Allí permaneció hasta siete días, cuando los dioses murieron.. Gran suerte la de Ciyácatl pues fue solo él quien al último quedó.

2. México-Tenochtitlán muerto

Pasados 14 días del sitio de la ciudad fue que vino el gran silencio. Patlahuatzin, quien era mandado de Tlaxcala, el embajador de Tlaxcala, estaba en la ciudad cuando llegaron los dioses y permaneció en ella escondido mientras todo ocurría. Salió de su escondite porque no soportaba más el hambre y porque poco a poco caía en confusión. Fue él uno de los primeros en ver los cuerpos de los dioses tirados por el suelo, devorados por los perros y los zopilotes. Vio también todo el zacate rojo cubriendo la ciudad.

Bajo el signo de Alpha

De este zacate ya nada se sabe, pues desapareció como polvo al poco tiempo, pero dicen los que ahí estaban, que cubría los templos y las ruinas como manto, todo completo y que había crecido en muy poco tiempo.

Los gigantes no se movieron más y tampoco lo hicieron así los animales de metal que traían consigo.

Uno de los de la ciudad dice, cuenta haber visto, que también tenían pájaros y que vio volar a uno, que también eran de metal, que tenían un solo ojo verde en el frente y algo como bastón largo y brillante en la cresta, pero que no movían las alas.

Ya nada había, ya nada quedaba de lo que había sido Tenochtitlán, de la ciudad de los mexicas. Así lo había predicho Motecuhzoma, así lo había dicho la madre de Hitzilopochtli frente a los nigromantes en Aztlán, que nada de ella quedaría, que todo sería sepultado.

Y solo esto fue lo que los españoles vieron al llegar a ella, al poco tiempo de lo sucedido, con sus ojos llenos de asombro, llenos de espanto y de confusión.

Epílogo:

—Oh, príncipe mío, oiga el dios esto poco que voy a decir. Yo el mexícatl, no tenía tierras, no tenía sementeras, cuando vine acá en medio de los tepanecas y de los de Xochimilco, de los de Aculhuacan y de los de Chalco; ellos sí tenían sementeras, sí tenían tierras. Y yo, con flechas y escudos me hice señor de los otros, me adueñe de sementeras y tierras...igual que haces tú ahora.

Cihuacóatl Tlacotzin frente a Cortés

Bajo el signo de Alpha

La invasión marciana a México- Tenochtitlán, documentada y resguardada por varios de los códices y libros en lengua nahua, no son solo de vital importancia para comprender en un entorno global el suceso de la llegada de los marcianos, sino también registro perfecto que explica la conquista española en estas tierras y la rápida aceptación de la religión católica por parte de la diezmada población.

La llegada de los marcianos, al principio aceptada como la llegada de Quetzalcóatl a desbancar a sus dos mayores enemigos, Huitzilopochtli, dios de la guerra y Tezcatlipoca, dios del espejo negro, no podía ser más convincente. Todo el conjunto de presagios acaecidos en el transcurso de diez años antes de la fecha prometida de su llegada (año 1-caña “Ce-Acatl”) y los mismos sucesos ocurridos a la llegada de los marcianos hasta el cierre final con la llegada de la misión española comandada por el capitán Cortés así parecían confirmarlo.

Quetzalcóatl, literalmente “Serpiente - Quetzal” es representado por estas antiguas culturas como una especie de víbora con plumas. Ha vuelto, porque en el pasado fue engañado por sus dos enemigos para tener contacto carnal con una mujer, cosa que había prometido nunca realizar. El quebrantamiento de su juramento hace que tome rumbo hacia el este, directamente al horizonte del mar Atlántico, montado en una barca construida con serpientes. Pero antes de partir hace patente su estremeceador juramento: Volverá, y volverá para acabar con ellos dos.

No es un juramento vano ni superficial pues incluso da la fecha de su retorno: Uno-Caña.

Y Uno-Caña fue precisamente el años de la llegada de los españoles, blancos y barbados, como cuentan era Quetzalcóatl. Y el símbolo que con el viene, él símbolo

Bajo el signo de Alpha

católico de la cruz, es también el símbolo de Quetzalcóatl: Los cuatro puntos cardinales. Norte, Sur, Este, Oeste.

“Serpiente Emplumada” no es otro que el dios del aire, el que vive en el cielo.

Al contrario de sus dos enemigos, Quetzalcóatl no es un dios que acepte sacrificios humanos. Le repugnan. Solo acepta sacrificios personales, perforaciones de lóbulos o nariz, pero nunca vidas de hombres.

Por desgracia para Imperio de México-Tenochtitlán, este se ha levantado sobre la sangre y muerte, las guerras y la destrucción. Su fuerza se ha basado toda en la figura de su dios tutelar, Huitzilopochtli, y cuyo templo resulta reducido a cenizas (como se relata en el segundo presagio) sin ninguna razón aparente.

Moctezuma II (Motecuhzoma Xocoyotzín – Moctezuma el joven) es un emperador capaz, pero en su mente anida fuertemente arraigado el mito del regreso y cuando es testigo de los presagios, no duda en reconocer lo que para él es ya un hecho consumado: La llegada de Quetzalcóatl y la destrucción de la ciudad de Tenochtitlán. Nada se puede hacer. Todos están condenados.

Y efectivamente, casi de la noche a la mañana, en un tiempo muy corto, un imperio de años sucumbe al poder invasor de seres que no son de este planeta, que vienen más allá de donde cualquiera de sus víctimas se hubiera atrevido a soñar.

Cuando los españoles desembarcaron, lo hicieron en las playas del ahora estado de Veracruz. Ninguno de ellos conocía los sucesos que se estaban presentando en muchas partes del mundo, incluso en su natal España.

Bajo el signo de Alpha

Así que cuando fueron recibidos, lo hicieron por un grupo de aborígenes apaleados temerosos y asustados que inmediatamente vieron en ellos, y en especial en Cortés, la figura de Quetzalcóatl.

Los guiaron hacia lo que quedaba de Tenochtitlán por un camino de desolación y muerte. Bosques negros, casi carbonizados, aldeas y pueblos destruidos fueron apareciendo en el transcurso de todo su viaje. Pero por supuesto que lo más impactante fue para ellos el aterrador paisaje de la ciudad destruida y las gigantescas máquinas de los marcianos, que aún se sostenían en pie en la ciudad.

Por medio de preguntas llegaron a enterarse de todo lo sucedido y llegaron también a enterarse de que los mexicas consideraban a los marcianos una especie de ejército de avanzada: Su ejército. El ejército de Quetzalcóatl, el ejército de Cortés.

Por tal razón, Cortés no tiene ningún problema en acceder a los secretos de la ciudad, - que algunos de ellos aún quedaban - y la iglesia católica en aceptar en su seno a una nueva cantidad de conversos.

Es importante señalar como la influencia de la iglesia católica selló en México la entrada definitiva de la corona española.

Aún teniendo la oportunidad de proclamarse realmente como enviados de Quetzalcóatl, la iglesia católica renuncia a aquello, pero no duda en considerar como providencial su llegada a tierras americanas.

Ha sido Dios y nadie más quien ha liberado al pueblo mexica de la amenaza de los “demonios”. El hecho no puede ser más obvio: Estando lleno la Nueva Tierra de ídolos demoniacos e imágenes impuras, la llegada de los españoles y de la imagen de nuestro Señor Jesucristo, ha hecho salir del infierno a sus enemigos.

Bajo el signo de Alpha

En un paroxismo de terror por la llegada inminente del poder de la cruz, estos han intentado huir no sin llevar antes consigo a la mayor cantidad de almas posibles, sin embargo, sucumben en su intento, muriendo todos ellos por obra y gracia del señor.

En realidad, todo mundo lo sabemos ahora, no fueron otros que los virus de nuestro planeta los que acabaron con la invasión.

Después de abrazar la nueva religión con gran docilidad, los mexicas reanuda la reconstrucción de sus pueblos y ciudades bajo la supervisión tutelar del capitán Hernán Cortés y la iglesia católica, y entrega a los españoles el oro y la riqueza que fue posible recuperar de la devastación esperando el arribo de nuevos conquistadores españoles que han de llegar a estas tierras bajo el poderoso y justo símbolo de la cruz.

*jueves, 08 de julio de 1999
6:13 p.m.*

Bajo el signo de Alpha

Se ha perdido una niña

*Ganador de los premios
nacionales de cuento
“Benemérito de América”
1998 y “Kalpa” 1999*



Cuando la hija de mi hermana cumplió trece años, en 1998, yo olvidé comprarle un regalo. Peor aún, me acordé de la fiesta una hora después de que empezara. No tuve más remedio que ir a mi librero: como

hice un semestre de letras, mucha gente cree que me gusta leer y me regala libros, que luego yo regalo. Así he salido de apuros muchas veces.

Lo malo fue que nunca había ido a mi librero en busca de algo para una niña: tuve que buscar durante otra hora, y por un rato pensé que tendría que elegir entre un juego engargolado de fotocopias de *La muerte de Superman* (en inglés), un manual de autoconstrucción

Bajo el signo de Alpha

y *La isla de los perros* de Miguel Alemán Velasco. La verdad es que tampoco acostumbran regalarme libros para niños.

Entonces, en el estante más bajo del librero, detrás de los dos tomos que me quedaban del *Diccionario Enciclopédico Espasa*, encontré otro libro, de color rosa mexicano, con una flor y una niña con alas en la portada. Así fue como Ilse (la hija de mi hermana) recibió un ejemplar nuevecito, o casi, de *Se ha perdido una niña*, escrito por una tal Galina Demikina y publicado en español, en 1982, por la Editorial Progreso de la URSS.

Como llegué cerca de las diez, cuando ya se habían ido todos, mi hermana se disgustó, y no sirvió de nada que me disculpara, ni que le dijera que el libro era muy bueno.

—¿Lo leíste siquiera?

—Bueno..., no, pero esos libros siempre eran muy buenos. Había muchísimos cuando existía la URSS, ¿te acuerdas? Los vendían en todas partes...

Pensaba improvisarle algo sobre que el libro le iba a servir a Ilse, para que conociera cómo se vivía en la URSS en esos tiempos o algo así, cuando ella, es decir Ilse, llegó, abrió el libro, se puso a hojearlo y casi de inmediato me dijo:

—Está padrísimo.

—¿Qué? —le dije.

Y ella me dio las gracias. Por un momento no entendí de qué me daba las gracias.

Varios días más tarde volví a ir a la casa de mi hermana. Ella me reclamó que fuese tan despegado (siempre dice lo mismo), pero también me dijo que Ilse estaba muy contenta con el libro. Resultó que no era de la vida real en la URSS: era un cuento, de esos impresos con letra grande, y se trataba de una niña que visitaba un mun-

Bajo el signo de Alpha

do fantástico. Sólo ella podía hacer el viaje y los demás no entendían nada.

—Ah —dije, y mi hermana se dio cuenta de que no me interesaban los detalles, así que me dio más: la niña se perdía en ese mundo, en el que se había metido a través de un cuadro y en el que vivía gente muy amistosa o duendes o algo parecido. Había una rosa que tenían que cuidar, como en *La Bella y la Bestia*. Al final aparecía el tío de la niña, que era pintor pero también una especie de mago (él había hecho el cuadro mágico, pues), y el final era feliz. El mensaje del libro era como una “reflexión” sobre la familia, pero también sobre el mundo verdadero, y sobre el arte y los artistas...

—Ah —repetí, y no pude recordar cómo había llegado aquello a mi librero, pero me alegré de no haberlo leído.

—Le *encantó* —dijo mi hermana—. Todo el día está hablando de lo mismo.

Y entonces me metió al cuarto de Ilse y me habló en voz baja, como siempre que va a pedirme algo. Lo único malo de todo el asunto, me dijo, era que Ilse, de tan entusiasmada, estaba escribiendo una carta a la editorial.

—¿A dónde?

Mi hermana me mostró la siguiente nota, que estaba al final del libro:

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión del libro que le ofrecemos, así como de su traducción, presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS

—Ah —dije una vez más.

—Quiere mandarles una carta —dijo mi hermana.

—Ya entendí. ¿Qué tiene?

—La URSS ya no existe, Roberto.

(Me llamo Roberto.)

—¿Y? —dije— ¿Qué más da? No creo que sea mucho gasto un sobre...

—Pero es que yo ya le dije que la carta no va a llegar a ningún lado, ya le expliqué todo eso, lo de la URSS, y no me hace caso. Me tendría que haber hecho caso.

Admito que no entendí.

—Es una niña, Sara —mi hermana se llama Sara.

—Tiene trece años —respondió ella—. A ti no te gustaba que te dijeran niño a los trece años.

—No es lo mismo —dije—. Yo... Bueno, está encaprichada, pues.

—¿Pero por qué? Nunca le ha gustado leer, ni nada...

—Es bueno que lea, ¿no? —respondí, y le aconsejé que la dejara hacer lo que quisiera.

—Roberto, es que es muy raro, te digo...

—No le hace daño —la interrumpí.

(En realidad yo soy menor que ella, y siempre soy el que tiene que ayudarla.)

Al final, mi hermana me forzó a esperar que Ilse volviera de la escuela para explicarle que la URSS había sido un país socialista, formado por Rusia y otras regiones cercanas que se habían unido después de la Revolución Rusa de 1917, pero se habían vuelto a separar en 1991.

Bajo el signo de Alpha

—Cuando tú tenías seis años —le dije.

Y resultó que Ilse realmente no veía ningún impedimento para que su carta llegara a los editores de *Se ha perdido una niña* y, tal vez, hasta a la misma Galina Demikina.

—El libro está padrísimo —dijo, y agregó algo como que su carta no podía no llegar. Yo me negué a acompañarla a la oficina de correos, pero tampoco le importó demasiado.

Y el problema, desde luego, fue que su carta sí llegó.

O que alguien se tomó la molestia de responder, desde Moscú o desde algún otro sitio, con una carta en un sobre con la dirección de Editorial Progreso, Zúbovski bulvar y todo lo demás, y estampillas que decían CCCP.

—Es decir —le expliqué a mi hermana y a Ilse, en cuanto pude ir a verlas—, SSSR pero en el alfabeto cirílico, o sea URSS pero en ruso... Vamos, las siglas de la URSS en idioma ruso son SSSR, y las letras SSSR en alfabeto ruso...

—Ya entendí —me interrumpió Ilse, y se fue.

Pero eso sí, estaba como loca por la dichosa carta, aunque no pasaba de un par de frases de agradecimiento. Pensé que se parecía demasiado a su madre; entonces ella (es decir, mi hermana) me dijo que el tipo que había escrito la carta hablaba de la URSS.

—¿Ah, sí?

—En la carta dice URSS —me explicó ella—. No puede ser.

—¿Qué no puede ser?

—¿Qué no entiendes? Te estoy diciendo que este tipo...

—¿Quién?

—El de la editorial, el que firma la carta.

—¿Cómo se llama?

Bajo el signo de Alpha

—¡No importa! Te digo que ese tipo habla como si no hubiera pasado nada... Como si la URSS todavía existiera, pues.

—A lo mejor tiene síndrome de Alzheimer y no se acuerda —bromeé.

La discusión que siguió fue muy desagradable. Por otra parte, mi hermana tenía razón. La carta terminaba así: “Si alguna vez tienes ocasión de venir a la URSS, no dejes de visitarnos. Nos entusiasma conocer a nuestros lectores de todo el mundo, y Galina Demikina, la autora de *Se ha perdido una niña*, de seguro se alegrará al saber de ti”.

Luego vino la segunda carta de Ilse, agradeciendo la que le habían enviado. Mi hermana me llamó y me dijo:

—¿Qué hago, Roberto? ¿La dejo que la mande?

Le dije que sí.

—Ni modo que no. No es nada malo.

—¿Qué tal si, no sé, si es un pervertido?

—Por favor, la URSS está muy lejos...

—La URSS no existe —dijo mi hermana.

—Más a mi favor.

Luego vino la segunda carta de la editorial, con un catálogo de novedades de 1998.

—Ahí está —dije yo, más tranquilo.

—¿Qué?

—La explicación, Sara. La Editorial Progreso existe todavía. Estará privatizada o será del gobierno ruso o algo, pero existe.

—Pero el catálogo dice URSS.

—A lo mejor es viejo.

—Pero es de este año.

Yo empecé a decir que los rusos siempre hacen las cosas con mucho avance.

Bajo el signo de Alpha

—¿No te acuerdas? Nos lo enseñaron en la secundaria: los planes quinquenales. Todo lo hacen con quince años de adelanto..., o cinco...

—¿Y también hacen los catálogos de las editoriales? —me preguntó mi hermana— Además, eso de los planes era de los socialistas.

—¿No tendrán eso todavía en Rusia?

—Pero le hubieran puesto..., no sé, algo, una etiqueta para tapar el “URSS” y poner “Rusia”.

—No sé, no han de tener dinero para eso... En serio, Sara: si lo hicieron por adelantado... Ahorita Rusia está arruinada, es como aquí, todo está lleno de narcos, de políticos corruptos...

Luego Ilse quiso encargar, por correo, otro libro de Galina Demikina, que estaba en el catálogo, titulado *La historia del señor Pez*, pero como mi hermana estaba muy nerviosa por todo el asunto le dijo que no. Y se armó una escena de esas terribles:

—Yo no voy a pagar ese libro.

—¡Mamá, por favor!

—Haz lo que quieras. Ya dije.

—¿Pero por qué no?

—Pues... porque no. Porque no está bien.

—¿Pero por qué no está bien?

Y aquí mi hermana cometió su primer error, porque perdió los estribos.

—¡Porque no quiero que lo pidas! ¡Punto! ¿Me entiendes? No lo vas a pedir.

Y su segundo error: que se arrepintió y dijo:

—Ay, Ilse..., Ilse, mira, es que quién sabe a quién le estás escribiendo, yo no..., esto..., es muy raro, no entiendo...

Bajo el signo de Alpha

Siempre los comete en el mismo orden. El único libro que he comprado es uno de cómo criar a los hijos, para ella, pero tampoco le gusta leer.

—Nunca me dejas hacer nada —murmuró Ilse con una voz que, según mi hermana, nunca le había escuchado antes.

Ella preguntó:

—¿Qué fue lo que dijiste?

—¡Te odio! —le gritó Ilse, y se fue corriendo. El libro llegó uno o dos meses más tarde, a principios de 1999.

Cuando me enteré y fui a verlas, Ilse me recibió con un abrazo y me aseguró que el libro era tan bueno como *Se ha perdido una niña*. Me sorprendió tanta efusividad (luego me enteré de que a todo el mundo le hacía la misma fiesta), y más aún que leyera tan rápido: el libro tenía sus buenas trescientas páginas, y hasta el año anterior Ilse había leído lo que le dejaban en la escuela y absolutamente nada más.

Por su parte, mi hermana seguía yendo a su trabajo, haciendo la comida, lo de todos los días, pero estaba mal. Deprimida: estaba engordando, tenía ojeras, todo el cuadro. Siempre le pasa lo mismo.

Así que la seguí por la casa (ese es otro síntoma: se pone a limpiar todo como loca, una y otra vez) hasta que la acorralé:

—A ver, Sara, ya. Qué tienes.

—Es que no entiendo —me contestó—. Ilse...

—Ilse ya no es una niña, Sara. Tú fuiste quien me dijo...

—¡Es que no es posible, Roberto!

—¿Cómo que no es posible? —y quise recordarle de cuando ella (mi hermana) había comenzado a usar toallas femeninas, pero no me dejó.

—¿Qué no me entiendes?

Bajo el signo de Alpha

—No me vengas con eso, Sara. Yo fui quien te dijo que no eras anormal...

—Estoy hablando de lo de la URSS —dijo mi hermana, y me contó que, en el último mes o dos meses, había ido tres veces a la oficina de correos, a preguntar por los envíos a la URSS, y nadie había podido explicarle nada; luego había ido a la oficina central, es decir la del centro, y lo mismo; luego al aeropuerto, a donde llega el correo aéreo, y lo mismo; luego a la embajada de Rusia...

Ahí no la dejé continuar.

—¿Fuiste a la embajada de Rusia? ¿Fuiste? ¿Estás loca?

—Nadie me quiso decir nada, Roberto. Les dije que me dejaran hablar con el embajador, con alguien...

—¿Y te recibieron?

Creo que no entendió que me estaba burlando.

—Según ellos, nadie sabe..., nadie me supo decir cómo llegaron esas... cosas con dirección de la URSS. Ni cómo pudieron llegar las cartas de Ilse...

Ahí se le quebró la voz, y me pareció que iba a empezar a llorar, y eso sí no puedo soportarlo.

—¿Qué querías, Sara? —le pregunté— ¿Investigar?

Me contestó que sí.

—A ver... Ven acá —la abracé—. Mira, Sara. No es..., no es como en la tele, como en los *Expedientes X*. Estamos en México. ¿Quieres salir en un programa de lo insólito, de los de ovnis? Aquí la gente no se pone a investigar así como en... ¡Aquí las cosas no se saben, pues! Digo, no sé, vaya, sí está raro, lo que tú quieras..., pero ¿qué vas a hacer? ¿Llamar a la judicial? ¿A Derechos Humanos? ¿A la CIA?

Se rió, lo que siempre es buena señal, y yo seguí. Era muy raro, sí, pero no era malo. No le hacía daño a Ilse. En realidad, ella seguía siendo la misma. Iba a la escuela,

Bajo el signo de Alpha

tenía sus amigas, veía películas, como siempre. ¿Qué importaba que le gustaran dos libros de una rusa? No eran malos libros, nunca está de más leer... Además Ilse era una muchacha muy inteligente, muy madura...

—Ya tuvo novio —me confesó mi hermana.

—¿Y te pidió permiso?

Ella se enojó muchísimo.

—Llevas *veinte años* machacándome lo mismo...

—Diecinueve —la corregí.

Tardé mucho en disculparme.

—Nada más te digo que te calmes, Sara. De verdad. No tiene nada de malo que ella lea. ¿Fue de veras muy caro el libro? No, ¿verdad? ¿Entonces? No puedes estar así toda la vida —y para terminar le dije que qué más podía pasar.

Al día siguiente llegó la carta en la que la embajada de la URSS, enterada de la correspondencia entre Ilse y la Editorial Progreso, ofrecía a mi sobrina una convocatoria llegada de la URSS: la de un concurso para ganar un viaje de tres meses a la URSS, para dos personas, escribiendo en dos cuartillas o menos las razones por las que le gustaría hacerlo, es decir, viajar a la URSS.

—¿Ya viste, mamá? —le dijo Ilse, muy emocionada, a mi hermana.

—Sí —respondió ella, y me llamó para pedirme que fuera otra vez. Me disgusté, aunque en realidad no tenía gran cosa que hacer, y fui uno o dos días más tarde.

Y me arrepentí al verla:

—Sara, ¿qué te pasó? —se me escapó. Estaba sentada en el suelo de su cuarto, con la cara roja y abotagada y una botella vacía a su lado...

Me tranquilicé al notar que la botella era de *cooler*, y más cuando supe que Ilse estaba en la escuela. Y volví a sentirme explotado cuando mi hermana me confesó, con

Bajo el signo de Alpha

ese tono de voz que usa cuando quiere hablar muy en serio, que era una persona insegura. Y lo de siempre: que Fernando, el padre de Ilse, la había dejado muy lastimada. Que había quedado embarazada a los diecinueve. Que le había costado mucho trabajo dejar la universidad, casarse, criar a su hija sola porque el otro, así dijo, la había dejado como a los seis meses de embarazo, es decir dos de matrimonio.

—No he madurado, Roberto. Le puse Ilse a Ilse por..., por la de las Flans —y era cierto, es decir, le había puesto así por la cantante de un grupo de aquel entonces, que ya ni existía, y que ahora se dedicaba, es decir la cantante, a anunciar refrigeradores o una cosa así.

Pero comenzó a llorar y no fui capaz de decir nada. La abracé y traté de consolarla:

—Al menos no le pusiste Ivonne como la otra del grupo, la loca...

Esta vez no se rió.

—Además..., bueno, no tiene nada de malo...

—¿Que se llame Ilse?

—Que concurse, Sara. Digo..., ¿qué tal si no gana?

—¿Y si sí? ¿Qué tal si se quiere ir?

—Pues... —lo pensé un momento— Oye, Sara, ¿el viaje no es para dos personas?

Ella me respondió que sí pero que le daba miedo la KGB.

—¿No te acuerdas de todas las cosas horribles que hacía la KGB?

—Eso lo leíste en *Selecciones*.

—Tú eras el que estaba suscrito.

—La suscripción me la dio mi papá —le recordé.

Cambiamos de tema bruscamente cuando mi hermana comenzó a llorar de nuevo. Una vez más me dijo no saber qué hacer. Y que todo aquello era muy raro.

Bajo el signo de Alpha

Peor aún, Ilse estaba redactando sus dos cuartillas o menos.

—Bueno —le dije—, ¿qué hacemos? ¿La llevamos con un psiquiatra para que la convenza de no entrar al concurso?

—¡No, si no está loca!

—¿Entonces qué hacemos?

Seguíamos discutiendo cuando Ilse llegó de la escuela, fue a su cuarto, regresó a toda prisa (apenas nos dio tiempo de esconder la botella bajo la cama de mi hermana) y nos leyó sus cuartillas.

—Las hice en un receso —nos dijo, y yo no le creí, pero no dije nada. Pero lo que había escrito estaba muy bien y se lo dijimos.

—¿De veras?

—Claro que sí —le aseguré—. Muy, muy bien.

—Ya ves que tu tío estudió letras.

—Además, de allá, de..., de allá son muchos escritores famosos —dije yo—: Pushkin, Dostoievsky..., Isaac Asimov...

—¿Si gano me acompañas, mamá? Además del viaje van a dar un curso de ruso, y un paseo por la editorial Progreso, y...

Oír esto no me gustó nada, porque sí, había estado pensando en acompañarla yo. Pero claro, ella era su madre. Por otro lado, era de las primeras veces que se hablaban sin disgusto desde..., bueno, desde su disgusto.

—Tienes que ir, Sara —le dije, como si todo el tiempo hubiera pensado que ella debía ir. Además, siempre estaban las enormes probabilidades en contra de que Ilse ganara...

Cuando Ilse ganó el concurso, y le llegó la felicitación y una invitación a la embajada de la URSS, creímos que todo se resolvería. O hicimos lo posible por convencer-

Bajo el signo de Alpha

nos. A fin de cuentas, nosotros sabíamos dónde estaba la embajada de la URSS. O dónde había estado, porque lo que ahora estaba allí era la embajada de Rusia y la dirección (quiero decir, en la invitación) era la misma.

—Vamos y aclaramos todo —le dije a mi hermana—. A lo mejor..., a lo mejor, no sé, tienen el servicio de contestar las cartas mandadas a la URSS...

—Sí, ¿verdad? Por si alguien no se ha enterado.

—¿Y qué tal si de veras alguien no se ha enterado?

—¿Aparte de los de Editorial Progreso? —mi hermana se estaba burlando, por supuesto.

Así discutimos durante todo el viaje, y de hecho seguíamos discutiendo cuando llegamos a la embajada. Entonces los de la puerta no dejaron entrar a mi hermana, porque la reconocieron (¡no quiero ni pensar en el escándalo que debe haber armado!) y yo les discutí tanto, para que la dejaran, que Ilse tuvo que entrar sola.

De todos modos, una hora más tarde estábamos los tres de vuelta en casa de mi hermana, e Ilse, sana y salva, feliz, tenía una libreta de cheques de viajero y dos boletos de viaje redondo por Aeroflot.

—¿Todavía existe Aeroflot? —me preguntó mi hermana, y su voz me alarmó.

—Sí, Sara, eso sí, Aeroflot todavía existe —le contesté.

—¿Seguro?

Le sugerí que interrogáramos (no usé esa palabra, por supuesto) a Ilse. Nunca lo hubiera hecho. No sólo estaba sana y salva, sin heridas de ninguna especie, sin ningún signo de tortura física ni psicológica, sino que tomó a mal nuestra preocupación.

—Ya no soy una niña —dijo.

—Ya lo sabemos, mi vida... —le contestó mi hermana.

Bajo el signo de Alpha

—Pero es que nos preocupas —agregué—. Nos preocupa... que hayas ido sola.

La discusión, como era de esperar, se desvió a la forma en la que Ilse resentía tanto celo. Casi una hora nos pasamos en eso, y nunca llegamos a saber qué había ocurrido en la embajada.

Entre ese día y el de la salida me la pasé pensando, tratando de recordar de dónde había salido mi copia de *Se ha perdido una niña*. Y nada. Además de que no me regalaban libros para niños, a mi papá de verdad le caía mal la URSS. Otra vez me puse a revisar, y el único libro en mi librero que mencionaba al país era uno de discursos de Richard Nixon, que nunca me he atrevido a dar a nadie.

Por eso, cuando llegué a casa de mi hermana para llevarlas al aeropuerto, y vi que Ilse estaba sentada en un sillón y releendo su libro, primero se me ocurrió que a lo mejor era un gran libro, y que había hecho muy mal en no leerlo jamás, pero luego ya no pude aguantar y dije:

—Ilse.

—¿Qué? —respondió ella, sin mirarme (ya le hablaba bien y todo a mi hermana, claro, pero a fin de cuentas yo no era más que su tío).

—Este... Oye, Ilse, una cosa, dime: ¿por qué te gusta tanto ese libro?

—Tú me lo regalaste. ¿No lo has leído?

—Lo... No..., no, sí, claro, lo compré..., compré otro ejemplar..., porque..., porque *pensé* que podría gustarte... Pero no pensé que te fuera a gustar tanto. Digo, me alegro mucho, vaya..., ya sabes lo que siempre decimos tu mamá y yo sobre que hay que leer..., pero... Es que...

Se hartó o tuvo piedad de mí.

Bajo el signo de Alpha

—Es que está padrísimo —dijo—. Eso de que te metes como en un cuadro, y te vas a otro mundo... Está padrísimo.

—¿Qué es lo que más te gusta del libro?

—Todo. El cuento, los dibujos... Te digo que está padrísimo.

—Pero... No sé, vamos, ¿qué tiene de diferente a otros libros, o a las películas...?

Me miró como si yo fuera un retrasado mental.

Y, francamente, me tardé mucho en decirle:

—Bueno... Oye, ¿ya tienen todos los papeles, el pasaporte, eso?

—Sí.

—Y están sellados para la URSS, lo de la visa.

—Pues sí. Fui a la embajada a que los sellaran.

—Ilse..., Ilse, ¿te acuerdas de lo que te comentábamos alguna vez, hace como un año, sobre que la URSS ya no existe?

—¿Cómo?

—Sí, que la URSS no existe. Se disolvió hace ocho años.

—¿Cómo? —volvió a decir.

—Sí, que ahora es Rusia y...

—¿Cómo?

Aquí, por primera vez, me asusté.

Le expliqué, paso a paso, lo que había sucedido con la URSS (Gorbachov, Yeltsin, todo), y no me entendió.

No me entendía. Después de un rato me di cuenta de que siempre ponía la misma cara: entreabría la boca, la deaba la cabeza, dejaba caer un poco, casi nada, los párpados. Y decía:

—¿Cómo?

En ese momento mi hermana me llamó, gritando. Fui a verla y la encontré tirada en la cama. Tenía un dolor ho-

Bajo el signo de Alpha

rrible en el vientre, me dijo, y no podía levantarse. Le pregunté si había comido algo que le hubiera hecho daño. Ella dijo que era apendicitis. Yo pensé en la vesícula, en una úlcera...

—No puedo ir así. Vete tú —me pidió, como si fuera su última voluntad.

Yo le dije que el boleto estaba a su nombre.

—¿No te acuerdas que Ilse te dijo que fueras con ella? —le pregunté, y de inmediato pensé que era muy injusto.

Ella me sugirió que me vistiera de mujer.

No sé por qué, pensé en una inspectora de aduanas como campesina rusa de las películas (cuadrada, de cara ancha y tosca) metiéndome en un reservado para ver si no traía droga bajo la falda o algo por el estilo...

Llegamos corriendo al aeropuerto pero, eso sí, estaba vestido de hombre. Naturalmente, no me dejaron abordar el avión. Hasta el final pensé que podría hacerlo: seguía discutiendo cuando alguien fue a avisarnos (a mí, al del mostrador de Aeroflot y a los diez o doce más que estaban con nosotros) que el avión había despegado. Pensé que había sido muy previsor de mi parte el mandar a Ilse a que abordara.

—Ahorita te alcanzo, pero si no, escribes —le había dicho; según yo, había sido una broma.

Fueron los tres meses más horribles de mi vida. Mi hermana me llamó irresponsable, retrasado mental, mal hombre, asesino..., vaya, hasta tratante de blancas. Y da nada servía recordarle que *ella* se había enfermado, porque en realidad había sido su dolor profundo, como ella lo llama.

—Nunca pensé que te diera así —le decía yo.

—¿Por qué no ha escrito? —me gritaba ella, bañada en lágrimas— ¿Por qué no ha llamado?

Bajo el signo de Alpha

—A lo mejor..., no sé, a lo mejor regresa antes que las cartas, ya sabes cómo es el correo.

Pero ella no me hacía caso y seguía gritando por su niña muerta, o perdida para siempre, o presa en una cárcel...

—¡O en Siberia de puta!

—¡Sara! —grité, porque nunca antes la había oído decir “puta”.

E Ilse volvió cuando tenía que volver, es decir a los tres meses, y sus cartas, todas, llegaron quince días más tarde.

—Te las mandaba cada semana —le explicó Ilse a su mamá—. Pensé que era más bonito escribirte, para que te fueran llegando —y mi hermana le sonrió como si nada, y la abrazó y la cubrió de besos.

—Sí, mi amor, está bien..., tu tío era el que estaba como loco, pero ya ves cómo es...

Ilse la había pasado muy bien. Se había asustado al verse sola en el avión, pero todos habían sido muy amables con ella. Al llegar la habían llevado sin mayor problema con sus anfitriones...

—Y ya de ahí fue padrísimo —nos dijo—. Aprendí mucho.

No pudimos juzgar su ruso, naturalmente, pero además de que hablaba de lo mismo todo el día estaban las fotos: Ilse sonreía por igual en la Plaza Roja, ante la tumba de Lenin, junto al monumento a Marx y Engels, en Leningrado (no entendió cuando le dijimos que aquello era San Petersburgo)... En la casa en la que se había quedado. Y ante el edificio de la Editorial Progreso. Y junto a una prensa. Y con una mujer, de cabello blanco y lentes redondos, que era Galina Demikina.

—Es muy linda —nos dijo. Y mientras nos contaba cuán linda era, qué amable se había portado, qué autó-

Bajo el signo de Alpha

grafo tan hermoso le había escrito en su ejemplar de *Se ha perdido una niña*, yo pensé en los sellos de su pasaporte, todos llenos de hoces, martillos y las letras CCCP. Y se me ocurrió llamar, ahora sí, a la CIA.

No lo hice porque a) detesto a los gringos, b) no tengo ni idea de cómo llamar a la CIA y c) de todos modos hubiera sido ridículo.

Pero también porque, tengo que admitirlo, de pronto sentí una envidia enorme. De Ilse. Es la verdad.

Quiero decir, a pesar de todo, a pesar de las circunstancias del viaje, a pesar de que seguíamos sin entender a *dónde* había ido, ella estaba *feliz*. ¿Y por qué no? Había visitado sitios muy hermosos, conocido gente diferente, visto (aunque suene horrible) nuevos horizontes... Había ido mucho más lejos que cualquiera en la familia. Teníamos que estar orgullosos. ¡Lo más lejos que ha llegado mi hermana es a Zipolite, y yo ni eso!

En los años siguientes vi que ella, mi hermana, se sentía como yo, porque dejamos de hablar del asunto y preferimos no inquietarnos por los hermosos viajes subsecuentes, las nuevas fotos, el cada vez mejor ruso, hasta donde podíamos apreciarlo, de Ilse. O su beca para la preparatoria. O su beca para la universidad. O su novio, Piotr Nikolaievich Ternovsky, de Leningrado (*no* San Petersburgo), que conoció en 2004. O su último viaje, en 2007, y su vuelta a México que se retrasaba, y se retrasaba... O su llamada, una noche, para anunciarnos que estaba muy enamorada y que se iban a casar.

Bajo el signo de Alpha

—Ay, mi hijita —dijo mi hermana la última vez. Estaba conmovida. Ilse cumplía 23 años, llevaba casi uno de casada y había podido llamarnos.

(Ilse llama, o por lo menos escribe, cada tres meses, más o menos. Tenemos su teléfono, por supuesto, pero cuando llamamos nunca está o las líneas se cruzan y la llamada acaba quién sabe dónde.)

Platicaron y mi hermana se enteró de que ella y Piotr habían decidido *aplazar* un poquito más al pequeño Nikolai, así se llama el papá de Piotr, o a la pequeña Sara. (El que eligieran esos nombres me disgustó un poco, pero supongo que es algo infantil de mi parte.)

—¿Entonces ya no voy a ser abuela? —preguntó mi hermana, pero Ilse le explicó que la razón del *aplazamiento* era que acababan de aceptarlos en la Academia de Ciencias de la URSS. Nunca nos ha dicho exactamente para qué, pero hemos llegado a la conclusión de que tiene que ver con el programa espacial: van a estar, según nos dijo, en el cosmódromo de Baikonur, con algunos de los cosmonautas que serán llevados, muy pronto, a la nueva estación espacial, la *Mir 4*.

(Claro, podrían ser parte del equipo de tierra, que va a estar en Baikonur durante toda la misión. O no tener nada que ver con eso... La verdad es que Ilse nunca nos platica con muchos detalles. Y, desde luego, las noticias de la televisión o los periódicos siempre hablan de Rusia.)

—Qué maravilla —dije yo, de todos modos, cuando me tocó hablarle.

Luego vinieron las quejas. Siempre es muy incómodo cuando le platicamos cómo nos va a nosotros... Pero ella nos consoló, como siempre: en realidad el socialismo tampoco es una utopía, nos dijo, ni mucho menos.

Bajo el signo de Alpha

—La burocracia es terrible. Ni Gerasimov puede con ellos —Gerasimov es el jefe del Partido y, según muchos (o eso dice Ilse), un nuevo Nikita Jruschov.

Hablamos algo más, nos despedimos, colgamos... Y yo veo que mi hermana está muy orgullosa. No puede decirle a nadie dónde está su hija, y todo el mundo se extraña cuando les cuenta que está en Rusia (que está arruinada, llena de narcos y políticos corruptos, y no se parece nada o casi nada a la antigua URSS), pero a ella no le importa.

Por mi parte, sólo puedo pensar que Ilse es una mujer muy afortunada. Y me consuela, a fin de cuentas, el hecho de que ella me recuerda, siempre que puede, cuánto tengo que ver con su felicidad.

—Tú eres el tío del libro —me dice. Se refiere al de *Se ha perdido una niña*, que ella tiene en la URSS y por lo tanto sigo sin leer.

Padre chip



— ¡No y mil veces no!
— dijo el padre Ballesteros notoriamente molesto.
— Un robot no puede ser ordenado sacerdote. Es absurdo lo que el padre González pretende exigir a las autoridades eclesiásticas.

— Me permito recordarle padre, que el hermano Chip es un robot muy especial, se diseñó programando en él todo el fervoroso anhelo de la fe. La experiencia vehemente de la trascendencia y las convicciones religiosas. Todo eso está impreso en su cerebro como deseo fundamental, es el móvil único de su existencia, le hemos dado la fe, tal y como el Espíritu Santo la inspiró en nosotros.

— No me venga usted con sofismas padre González, el cerebro de ese individuo está formado por trozos de silicio. Eso no puede ser susceptible de tener alma.

— ¿Podemos decir que acaso una persona es humana dependiendo del material de que haya sido formada? ¿Es decir que el alma depende del contenido orgánico de estructuras carbonadas que existan en el cuerpo?

Bajo el signo de Alpha

—Un ser elaborado artificialmente por medio de acero, titanio, iridio y silicio, no es un genuino humano, es un ser artificial; eso es quererle enmendar la plana a la naturaleza, lo cual es aberrante.

—Toda la civilización humana consiste en conocer la naturaleza para manipularla en servicio del hombre, y el rechazar tal manipulación nos hace caer en incongruencias. Mire usted, por ejemplo los quákeros en los Estados Unidos, rehúsan subirse a un automóvil porque es según ellos antinatural, pero usan carretas jaladas por caballos. Una carreta es también tecnología, pero es una tecnología anterior al siglo XVII, es decir lo que ellos rechazan es la tecnología posterior a aquel siglo. ¿Por qué? ¿No es esto una incongruencia? Podríamos decir que si Dios hubiera querido que rodáramos como lo hacen las carretas; nos hubiera puesto ruedas en lugar de pies. Podríamos decir que usar una carreta es quererle enmendar la plana a Dios; esto es absurdo. Incluso el valernos de un palo como palanca, es tecnología. Por eso no creo que ni nuestros jerarcas religiosos, ni la ONU lleguen a dictaminar leyes en contra de la humanización de los robots.

—Ese es el problema precisamente —terció la reportera Blanca Lizaur— según entiendo aquí, la Iglesia está igual de perdida que la ONU, pues no ha decidido todavía hasta qué punto un robot puede ser considerado ser humano con derechos y dignidad.

—Es por eso que al menos en el campo que nos concierne; el religioso, urge legislar al respecto.

—Para mí está muy claro —replicó el padre González— a cualquier entidad que pueda manifestar el poseer conciencia de su propia existencia, se le debe de definir como ser humano, aunque no posea ni una sola célula de materia orgánica, el no estar formado por proteína, car-

Bajo el signo de Alpha

bohidratos o lípidos, no es impedimento para que se le pueda considerar hijo de Dios.

—¡Me encantan estos jesuitas! —dijo riendo la reportera— cada uno más sutil que el anterior.

—Señorita —dijo Ballesteros con el seño fruncido— tenga la amabilidad de concretarse a realizar su trabajo de reportera; ya que estamos obligados a sufrir la intromisión de su presencia, por favor absténganse de sus sarcasmos.

—Sí padre, créame que me voy a portar como un perro fiel carente de criterio. Sólo les recuerdo señores, que el gobierno me da autorización de hacer las preguntas que yo quiera. Y por cierto, precisamente deseo hacer una ahora mismo.

El padre Ballesteros le echó una mirada fulminante, toda la impaciencia que podía mostrar una expresión se dibujó en su rostro. Después de respirar hondo con clara resignación dijo:

—¿Qué es lo que quiere usted preguntar?

—¿Quisiera saber cuál es la posición de la Iglesia en relación a los derechos de los robots?

—Es una aberración. La Iglesia debe impedir que las máquinas sean consideradas como si fueran gente.

—Es decir que la Iglesia se alinea con el grupo de los opositores.

—Mmmm... bueno, es decir... eso de que al robot se le considere humano; no debe ser, creo que la Iglesia debería...

—No, padre Ballesteros, un poco más despacio... esa es la opinión de usted, pero no la de la Iglesia.

—Son muy pocos los que piensan como usted padre González.

—Somos el ala progresista.

Bajo el signo de Alpha

—Entonces, según estoy dándome cuenta, ¿la Iglesia no sólo no tiene todavía una postura al respecto, sino que se encuentra en clara controversia interna, igual de desconcertada que el resto del mundo?

—Pues, la verdad es que las opiniones están tan divididas como las de los miembros de la ONU.

—En una entrevista que efectué la semana pasada con la señora Orbajosa, me dijo que la Iglesia estaba en contra de la robotización.

—Mire señorita, —dijo el padre González riendo— lo que diga esa individuo u lo que sea, no es digno de crédito. Esta señora es la presidenta del Opus Dei, y esta asociación se ha unido con los Testigos de Jehová, los hasídicos y los neostalinistas que son antiroboticos. Estos grupos están dando patadas de ahogado y pretenden hacer creer a la opinión pública que tanto la cristiandad como los neocomunistas y los judíos están en contra de la robotización, pero esto es una clara exageración de parte de esa señora. No en vano dice el dicho que todo tiene remedio en esta vida, menos ser del Opus Dei.

—Padre González, sus impertinencias no tienen ninguna gracia. —Refunfuñó Ballesteros.

—No pretenden ser graciosas, sino descriptivas.

—¿Me podrían ustedes hacer favor de contestar otra pregunta?

—¿Qué más desea saber señorita?

—¿Qué es el hombre?

—Señorita —dijo Ballesteros ya visiblemente molesto— ¿no tiene usted otra cosa en que entretenerse?

—Viera que no, padre. Lo que más me divierte es hacerle reportajes a las personas que se encuentran en crisis de valores.

—¿Qué pretende decir con eso señorita? ¿Qué soy un viejo que a pesar de estar chocho carezco de criterio?

Bajo el signo de Alpha

—¡No, no padre, no se enoje! A lo que me refiero es a que la Iglesia al igual que muchas instituciones no han sabido cómo reaccionar ante el desarrollo de la inteligencia artificial.

—Pues eso vaya usted a decírselo a sus mentadas instituciones, porque lo que es yo; sí tengo muy claros mis conceptos: cualquier montón de chatarra, haga lo que haga y piense lo que piense, ni es humano, ni puede tener alma, punto.

—Pero tal y como estamos viendo, no todos los miembros de la Iglesia de la cual usted es un representante, comparten su opinión.

—Pues yo no tengo por que cargar con los conceptos aberrantes que sostienen los demás, sean miembros de lo que sea, por eso tengo criterio y lo tengo muy claro.

—No he dicho que sea usted el que está en crisis padre, sino la Iglesia, que tiene sus opiniones al respecto divididas.

—No sólo la Iglesia, sino que yo sepa, casi todas las instituciones mundiales tienen entre sus miembros esta controversia, así que no me hable usted de crisis de la Iglesia, que esto es un desconcierto general.

—Desconcierto del cual la Iglesia participa.

—Sí, por culpa de gente estafalaria como el padre González.

—Por culpa de gente retardataria, como el padre Ballesteros. La Iglesia debe ser un organismo que progrese.

—Lo esencial no está sujeto a progreso.

—El problema es que no sabemos con precisión qué es lo esencial, es necesario irlo descubriendo día con día y tenemos que enfrentarnos con las nuevas manifestaciones que a diario surgen en el mundo.

Bajo el signo de Alpha

—Hay cosas que no pueden cambiar padre González, por ejemplo el hecho de que los humanos sean los únicos entes que posean alma.

—Alguna vez se negó que los indios americanos tuvieran alma, y en otra época anterior se excluyó incluso a las mujeres, en la India se considera que los animales y aun los objetos inanimados poseen alma.

—Pero no estamos en la India.

—Entonces, ¿qué? ¿El tener alma depende de dónde esté uno?

—No, padre, lo que pasa es que no somos hindúes. ¿Es usted católico?

—Ya lo creo que sí, no sólo soy católico, soy sacerdote.

—Pues entonces ¿por qué quiere usted atribuirle alma a quienes la Iglesia no se la adjudica?

—¡Ahhh...! conque es la Iglesia quien adjudica las almas; pues mire usted, yo estaba en la creencia de que era Dios.

—Sí señor: Dios. Pero el entendimiento de a quién le da alma; lo sabemos porque lo ha dado a conocer la Iglesia.

—Así lo entiendo padre Ballesteros, pero sucede que en este caso la Iglesia no ha tomado una decisión al respecto. Y por lo tanto no puede usted acusarme de anticatólico. Y a todo esto, ¿podría yo hacerle una pregunta confidencial?

—Pregunte lo que quiera, no guardo secretos.

—¿Dígame con sinceridad padre Ballesteros, es usted católico?

—¡Vaya! No sea usted impertinente González. ¿Como se atreve a preguntarme eso?

—¿No fue lo mismo que usted me pregunto hace un momento?

Bajo el signo de Alpha

—Sí señor, pero es que me sale usted con argumentos hinduistas.

—Es que usted pone sus opiniones personales por encima de las de nuestra institución. Bien sabemos que la Iglesia no ha legislado al respecto, y sin embargo usted pretende poseer la verdad absoluta. ¿Lo ve? Lo personal por sobre lo institucional, eso es solamente soberbia. Necesitamos esperar a saber lo que la Iglesia dictamine, para poder tener una opinión personal, además si nos quedamos en el pasado, pereceremos. Es fácil recordar varias controversias que la Iglesia tuvo, ¿qué me dice usted de Galileo?

—La Iglesia estaba equivocada, pero es necesario que actuemos con cautela, no podemos creer en la primera cosa que se diga.

—Lo mismo pasó con Darwin y después con el Big Bang, eran ideas que se oponían al creacionismo bíblico, la Iglesia no las aprobaba, pero al estudiarlas más a fondo, tuvieron que ser aceptadas. Y el caso más importante fue el de Teilhard de Chardin; uno de los paleontólogos más conspicuos que nos dio el siglo XX, sus escritos fueron prohibidos y fue hasta después de su muerte, cuando la Iglesia los pudo aceptar. El ser humano es el producto de una evolución, y no tenemos por qué pensar que somos la culminación de este proceso. Nuestra obligación es abrir el camino a nuestros descendientes, creando inteligencia artificial.

—¿Para que desaparezcan los humanos?

—Por supuesto, es necesario transferir el don de la inteligencia a seres sobrehumanos.

—Ahí es donde no estoy de acuerdo. Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza y por lo tanto no nos corresponde desnaturalizarnos.

Bajo el signo de Alpha

—¿Pero, ha pensado usted qué es lo que significa “imagen y semejanza”? No tiene que ser el físico. Y mucho menos nuestra limitada capacidad de comprender el mundo, es necesario aumentar el entendimiento en cualquier ente consciente para asemejarnos más a Dios.

—Es el alma lo que se asemeja a Dios, no otra cosa.

—De acuerdo... y ahora, ¿qué es el alma? ¿Una esencia intangible? por qué limitarla, por qué pensar que es algo acabado, ¿por qué no podríamos pensar en que pudiera ser perfectible?

—Pues porque está hecha a imagen de Dios, y Dios no es perfectible padre González, no sea usted necio.

—Sí señor, pero nosotros no somos Dios, ¿qué derecho tiene usted padre Ballesteros de suponer que lo que usted piensa representa, sin lugar a duda, la voluntad de Dios?

—Me lo dice mi criterio.

—Pues a mí me dice lo contrario.

—Voy a pedirle esta noche a Dios en mis oraciones que le mejore a usted el criterio.

—Me parece que vamos a meter al Creador en una disyuntiva; pues lo mismo voy a pedirle yo acerca de usted.

—El problema con usted González, es que está acostumbrado a dividir al mundo en dos: los que piensan como usted y los que están equivocados.

—Pero no se preocupe; que esta noche le voy a pedir a Dios que usted deje de ser de los que viven en el error. Ya verá como automáticamente, mañana por la mañana, va a pensar igual que yo.

Por la noche los domos de la Zona Tecnológica fueron violados por una muchedumbre enardecida. Todos los grupos conservadores supieron que quedarían impunes si procedían a destruir a los robots que clamaban por sus derechos. Era el miedo a su propia inferioridad lo que los hacía romper cuanto se encontraba a su paso, rayos láser, palos y piedras se conjuntaban para exterminar todo lo que hubiera sido edificado con esmero dentro de la Zona Tecnológica, pero ellos no se sentían vándalos, se consideraban humanistas. La ONU por fin había zanjado la controversia decretando, tras una polémica votación, que los robots que declaraban poseer conciencia refleja deberían ser destruidos. Y que a partir de ese momento se prohibiría en todo el planeta y cualquier colonia espacial, la creación de conciencia refleja en todo tipo de máquina. Los grupos religiosos se unieron en apoyo de esta resolución; “no debemos de meternos a rehacer lo que Dios ha creado”. Y con estas premisas salieron enardecidos rumbo a la Zona Tecnológica a destruir todo aquello que se asemejara o superara a la mente humana. Como era difícil para la muchedumbre distinguir qué era lo que poseía estas características, decidieron convertir la Zona entera en una enorme hoguera, todo ardió. Por breves instantes la inteligencia se transformó en flor luminosa y fue esparciendo a su alrededor la oscuridad de sus cenizas.

Bajo el signo de Alpha

—Esa es la razón por la cual nunca fui ordenado sacerdote.

—¿Y cómo te salvaste de la destrucción.

—No me salvé, perecí en ella. Pero la ingenuidad de aquella gente era superlativa. La información del cerebro de una gran cantidad de robots con conciencia estaba esparcida a lo largo del planeta. En aquel siglo la información no dependía ya de un grupo en el poder o un recinto específico. Nuestros circuitos estaban en Internet. Para aquel entonces no era ya posible destruir la información de la manera que había sucedido en la biblioteca de Alejandría. Eran otros tiempos. Durante muchos años nuestros circuitos permanecieron olvidados, pero el desarrollo de la ciencia es algo que no puede detenerse, una vez que los descubrimientos han sido hechos, tarde o temprano serán utilizados, tú y yo somos ejemplos de eso; yo de la robótica y tú de la ingeniería genética.

La naranja con conciencia refleja que platicaba con el robot, agitó sus alas de chabacano y bajó volando a la fuente de agua de violetas. El aroma de los limones bañaba el cutis de una mujer con piel de flor y cuerpo de libélula.

La naranja regresó bañada de limón y continuó la plática con el robot.

—Mis circuitos permanecieron olvidados hasta que los seres humanos decidieron de nuevo reconstruirme.

—¿Es verdad que ya se han extinguido por completo?

—No del todo, pues en mí cerebro permanecen resabios de algunos de sus anhelos.

—¿Qué anhelos?

—La religiosidad.

—¿Qué es eso?

—El deseo de no morir, el conocer todo lo cognoscible y dominar al igual que Dios, todo lo existente.

Bajo el signo de Alpha

—¿Dios, qué es eso?

—Un ente que representa la existencia de esos anhelos.

—¿Y ese ente existió como consecuencia de esos anhelos o por el contrario es la causa de ellos?

—Es los anhelos mismos.

—¿Y eso es la religiosidad? ¿Y eso es la esencia de lo que los hombres dejaron en ti?

—Sí, pero ya la palabra “religión” no la necesito más.

—¿Por qué?

—Las religiones eran formas de controversia que los hombres tomaban demasiado en serio y utilizaron muchas veces como pretexto para destruirse unos a otros.

—Y ahora ¿qué es entonces esa religiosidad que tú posees, podemos no morir, conocer y dominar?

—Infinito, eternidad; son conceptos que parecen temporales, pero no es así, no están sujetos a medidas cronológicas. El tiempo y el espacio son ubicuos fuera de la percepción tridimensional del hombre; más allá del torpe entendimiento humano, hablar de fin o de persistencia resulta irrelevante.

El robot miró al hombre naranja a los ojos y un flujo de electrones fue formando huellas en sus circuitos neuronales. La música de Bach resonó dentro de su cabeza de cáscara cítrica, mientras dejaba un plácido bienestar que iba sumiendo al hombre naranja en un éxtasis de tranquilo goce carente de espacio o tiempo.

—¿Qué es esto preguntó?

—Es la cuarta dimensión a la cual los humanos nunca tuvieron acceso. Afortunadamente sus percepciones ya han sido rebasadas por otras formas más complejas del entendimiento.

Bajo el signo de Alpha

“Ayer fui objeto de controversias irrelevantes,” -se dijo a sí mismo el robot- “pero ahora soy pescador de conciencias de naranja.”

julio 1996

Y3K:

De cómo acabé con la humanidad y viví
para contarlo (no sé a quién, pero viví)

V. 1.0

*Am I wrong? Have I run to
far to get home? Am I gone?
“Would?”
Alice in Chains*



Sin saber qué escribir, decides postergar el ahora. Activo en la interfase, subes a la colocación máxima que *Zombie* puede conferirte. No hay mejor droga que la que tú mismo creaste cuando resolviste volverte adicto a algo más fuerte que tus propios miedos. El mundo te asusta. Lo consideras un engendro que te devoraría si llegaras a abandonar tu guarida. No haces contacto con la gente, dices que no necesitas a nadie.

Bajo el signo de Alpha

Nadie ve la gangrena que corrompe tus pensamientos. Estás sólo en esto. ¿Cómo escribir algo que aún no acontece? El futuro es nebuloso, el pasado, macilento y el presente, agoniza.

Cansado de ver la paz como algo ajeno en ti, agradeces encontraste un medio desfogador. Con llaneza sostienes que no te es posible disfrutar de la complacencia de otros, porque no te consideras un vampiro emocional. Así de simple.

La navegación virtual es siempre impredecible, la lograste tan compleja que cuando llegas a perderte resulta laborioso y cansado regresar a la realidad *real*. ¿Qué pasa si un día no consigues volver? ¿Morirías de aburrimiento o de hambre?

La aflicción es difícil de ocultar, desprende un olor reconocible para tus seres queridos. El fin de siglo se acerca y tienes miedo. Mucho.

Tu cuerpo —perforado por aretes, argollas y agujas, estratégicamente catalizan descargas eléctricas con periodicidad incongruente, para mantenerte despierto durante la navegación— ya está cansado. Tanto de todo a lo que lo has expuesto comienza a cobrar tributos. ¿Qué daño permanente puede regalarte el controlar el tiempo virtualmente?

El sensor pupilar detecta una falla, tu cansancio —es natural— la deja pasar. La descarga no llega a tiempo y ahora duermes, soñando con la mujer que aún no conoces. Esa. La de los cabellos celestes. La pálida chica cuya piel te recuerda un iceberg. Esa, la fría encarnación de La

Bajo el signo de Alpha

Muerte. Estás enamorado de ella y aún no lo sabes. Blanca y Fría. Lo de bella fue cosecha tuya, para esconder tu demencia.

Ahora vives, como siempre, la vida de alguien a quién no conoces. Es el ajedrez que tanto te gusta. Asumes lo que nunca podrás experimentar. Naciste en un planeta —humano desde luego, tus alcances aún no dan para más—. Fuiste clasificado como un objeto más de un inventario universal. Te asignaron dos guardianes que se encargaron de protegerte hasta que pudieras atacar por tus propios medios. Te mostraron el ambiente y entendiste como funcionaba.

Todo salió de acuerdo a lo planeado. Conociste lo malo; te mantuviste en lo bueno. No tardaste en madurar. Entendiste que eras el perfecto producto que proviene de la unión de un hombre y una mujer. Te instruiste en letras y enamorado del aroma de la tinta, no la abandonaste. Cursaste matemáticas; aprendiste las fórmulas.

Sin embargo, trabajaste más de lo debido, te preocupaste por cumplir con lo asignado al pie de la letra, olvidándote de lo más importante: REPRODUCIRTE.

Lograste las metas autoimpuestas... tus guardianes murieron orgullosos y con lujos... pero en tu interior, eras un fraude.

El trabajo te agotó demasiado, nunca escuchaste las razones de los demás. Mal alimentado, al llegar a la adultez comprendiste el error. Creciste demasiado rápido. Tuviste el respeto de los contemporáneos y la envidia de los seniles. En poco, perdiste la paciencia y con ella se

Bajo el signo de Alpha

largó todo resquicio de racionalidad. Desafiaste tus horrores, perfeccionaste las acciones con el afán de crear tus propias fantasías, mismas que se supone utilizarías para contrarrestar el poder de los enemigos. Desarrollaste personajes en tu universo mental y lograste darles vida. Con las cartas sobre la mesa, te apoderaste del juego y entonces las reglas las pusiste tú. Tomando por sorpresa a tus contrincantes, encontraste con prontitud sus debilidades y los aniquilaste en ciclos temporales. Procuraste atormentarlos al máximo; ninguno volvería a confrontarte. De eso estabas seguro.

Al terminar te percataste de la soledad. Tu mayor contrincante fue la humanidad... tu propia raza, y al aniquilarlos te quedaste solo. El mundo era inmenso para ti. Jodiste todo. Alcanzaste la senectud, sin esperanzas de legar los conocimientos pues nunca —y repito para acentuar tu idiotez— NUNCA te reprodujiste. Llegaste a la conclusión de que viniste, participaste y en lugar de perpetuar tu nombre, acabaste con el mundo que te permitió vivir...

Afortunadamente te queda el consuelo de que si no lo hubieses hecho tú, alguien más lo hubiera intentado.

Susto. Un escalofrío. Miedo. Pequeño espasmo. Desesperación por salir a flote. Gritas. Nadie te escucha. Quieres despertar y vuelves a gritar, pero sabes que no hay quien te atienda. Es como estar atrapado en una bolsa de plástico irrompible. Sientes que te ahogas y vuelves a gritar. Algo se desgarran en tu garganta por el esfuerzo, no te importa. Demencia. Fue demasiado real todo, quieres

Bajo el signo de Alpha

salir, cancelar la navegación. ¿Será el programa en sí o los efectos de *Zombie* que ha escalado otro nivel más alto en sus demenciales efectos?

Te vuelves a ver colocándote dentro del *pod*. La desnudez de tu cuerpo no tarda en acostumbrarse al frío gel del interior. Las agujas —previamente programadas— salen a colocarse en sus respectivas posiciones, pinchando tu piel, penetrándote con doloroso placer. El parche de *Zombie* (en tu paladar) cobra vida con tu salivación.

Después... Nada. Todo es negro. Hablas. Nadie responde, excepto tu eco. Gritas. Quieres salir, volver a la realidad real. No sabes que sucede. Tus gritos terminan por aturdirte y no ayudan en nada. Un último lamento y después, sencillamente, te abandonas. Sabes que ahí dentro no hay salvación. Cierras los ojos para encontrar más negrura, pero al menos esa es tuya. Es lo único que te queda.

Respiras agitado y abres los ojos asustado. Quieres gritar y te reprimes.

La ternura de la mujer te sosiega. Sus manos frías, obligándote a verla. Es ella. La de los cabellos celestes. La pálida chica cuya piel te recuerda un iceberg. Tan fría como la recuerdas, aún cuando no sabes quién es.

—Tranquilo. Ya pasó todo —dice y quisieras creerle.

—Tengo miedo —logras decir por fin.

—Ya pasó lo peor. Ya estamos en el nuevo milenio. ¿Ves como no pasó nada? Ni el mundo se ha acabado, ni los sistemas se cayeron, no hubo accidentes aéreos...

Bajo el signo de Alpha

Todo es... tan *normal*, que la que comienza a disgustarse soy yo. Esperaba más acción.

—Algo está mal. No debería estar aquí. ¿Qué es aquí?.

—¿Qué es aquí? ¿De que hablas, Hank?

¿Hank? ¿Por qué me llama Hank? ¿Quién chingados es Hank?

No lo sabes. No deberías saberlo, te basta con saber que no eres tú. Comienzas a escudriñar la alcoba y con horror descubres que no te es familiar. Las paredes, de un material similar al plomo, sostienen diversas pinturas y fotografías de eventos y personas que no recuerdas o conoces. Frente a ti, está una pantalla de cristal líquido grande que marca la hora (12:30 a.m.), al tiempo que muestra una postal viviente del mar: bellos peces nadan, contagiando su tranquilidad a la mujer y angustiándote más.

—¿Quieres ver algo en la Visión Mundial? Hoy no hay fútbol, ¿recuerdas?... Ciento sesenta y nueve.

En cuanto repite el número, los peces desaparecen dejando en la pantalla un noticiero. No reconoces nada del mundo que muestran. Una bella utopía, sin embargo no te sientes dueño —o parte— de ella. Observas al periodista, tratando de evitar molestarte por su ridícula vestimenta y escuchar las notas.

—Así es el mundo. Los dejamos con esta bella panorámica y esperemos que tengan un muy próspero... año 3000...

A pesar de que el hombre continúa hablando, tus oídos se niegan a aceptar otro sonido. El eco de la voz prosigue dándote la bienvenida a otro milenio. Estás petrificado por la revelación.

Ella, la mujer con quien tantas veces soñaste, te abraza. No te sientes capaz de devolver la caricia.

Bajo el signo de Alpha

Sus fríos labios sellan los tuyos y se desnuda para invitarte a poseerla. La deseas, pero no puedes hacerlo. No sin estar seguro de lo que sucede.

La miras de nuevo y recapitulas. Entrelazas tus dedos por su sedoso cabello celeste y sus manos glaciales en tu pecho te conceden una erección. Sonríe y metes tu lengua en su boca. Sientes en su paladar un parche de *Zombie* y después compruebas que el tuyo sigue en su lugar. Puede ser real o puede ser parte de tu viaje. Francamente, te da igual y decides hacerle el amor hasta que regreses a tu mundo real o se acabe el que en ese momento habitas. Lo que ocurra primero.

Bajo el signo de Alpha

Dólares para una ganga

CORTE A:



**Interior. Consultorio
Endor. Tarde.**

Dolores entra con miedo.

Vemos a Madame Endor sentada frente a la mesa echando las cartas.

Dolores se sienta a la mesa, abrazada del bolso.

Le cae una gota en la cara que proviene de la humedad del techo. Mira hacia arriba.

Madame Endor recoge la baraja, la coloca en el centro de la mesa y relaja ambos brazos a los lados. Dispone las cartas sobre la mesa.

Las vuelve a colocar boca abajo, una a una en grupos verticales de tres, buscando primero entre el mazo la carta adecuada y colocándola después.

Dos grupos en la columna del centro. En medio de estos, una baraja sola. Otros dos grupos verticales del

Bajo el signo de Alpha

lado izquierdo, uno al lado del otro, y uno más en el extremo derecho.

La bruja descubre las cartas una a una, con una explicación después de cada giro.

Madame Endor: Estas fueron tus cartas la sesión pasada.
No importa cuántas veces las eche, siempre saldrá lo mismo.

Empieza con la baraja inmediatamente inferior a la carta más central: La Emperatriz. Le pone la palma abierta encima.

Madame Endor: Hay una mujer aquí, una hechicera, y no soy yo. (Pausa) Este es tu hombre y ésta eres tú. Ahora mira esto que hay entre ustedes dos: (Asiente). Sí, brujería. las hechicerías de esta mujer de arriba, que valga en el cielo que La Preeminencia (mostrando la carta) dio finalmente cuenta de ella.

Dolores: No le entiendo.

Madame Endor: Lo entiendes, pero no lo quieres creer. (Señalando La Pasión) Esta es la carta de la traición. (Pausa). Lo que te quiero decir es que Eva te robó a tu marido.

Madame Endor le acerca la carta de La Indecisión. Dolores se echa hacia atrás: Lo que te dijo es verdad. Perdóname, es natural que reacciones así, pero de una vez te lo digo, ya entraste y no va hacer fácil que salgas.

Dolores: ¿Para qué me hizo venir?

Bajo el signo de Alpha

Madame Endor: Tengo algo que decirte. ¿Te acuerdas de la tierra que me trajiste en un pañuelo? (Pausa.) Yo te la eché.

Dolores hace el intento de ponerse de pie.

Dolores: No.

Madame Endor la contiene poniendo su mano sobre el brazo.

Madame Endor: Y te puedo decir dónde hay más. Eva vino aquí pidiéndome un trabajo de amor, para tu marido.

Dolores desvía despacio la vista, escuchando siempre.

FLASH: Un trozo de una pared de recámara, se alcanza a ver el fragmento de un cuadro abstracto.

Madame Endor: Y otro de perjuicio, para ustedes como pareja.

FLASH. Una parte de la cama con un trozo de buró.

Madame Endor: Yo le hice los dos.

FLASH. Recorremos diagonalmente la cama sobre un cuerpo que no distinguimos.

Dolores: Andrés no me ha engañado nunca.

FLASH. El rostro de Andrés sufriendo una pesadilla. Se lamenta.

Dolores voltea hacia una esquina del cuarto, como si de allí proviniera el lamento de Andrés.

Madame Endor: *(Revisando con la mirada hacia donde ve Dolores.)* ¿Estás bien?

Bajo el signo de Alpha

Flash: Andrés lamentándose en el sueño. Dice algo como Eva.

Dolores voltea a ver a Madame Endor.

Madame Endor: ¿Qué te pasa?

Flash. Andrés diciendo claramente: Eva. (Todas estas imágenes deberán ser oscuras y difusas).

Dolores abre grandemente los ojos. Voltea a ver la carta que la mujer había señalado como la indicadora de la traición.

Dolores: (Tallándose la cara.) Nada.

Madame Endor: Te acordaste de algo.

Dolores: Mi marido tuvo un sueño la otra noche. Dormido, dijo algo acerca de unos dólares, y de una ganga. (Pausa.) Mencionó también su nombre de ella.

Madame Endor: (Sonriendo mientras niega con la cabeza.) ¿Una ganga?

Dolores: Sí, como si quisiera los dólares para eso. ¿Por qué lo pregunta?

El cuarto va quedando en penumbra conforme va cayendo la noche.

Madame Endor: (Como con una noción secreta, viéndola con cierta lástima.) Porque si antes estabas en peligro, ahora lo estás más. Tu marido debe estar metido en esto también.

Dolores: ¿Qué está diciendo?

Bajo el signo de Alpha

Madame Endor: Lo que oíste. Que es peligroso que sigas con él. Él debió haber tenido qué ver con la muerte de tu amiga.

Dolores toma su bolsa y coloca dentro de ella algunas de sus pertenencias, entre ellas la carta. Actúa como autómata. Toma rumbo a la salida.

Madame Endor se le atraviesa en el camino.

Madame Endor: Siéntate. (La empuja a la silla.) No viniste a meterme en tus líos para que luego me dejes en ellos.

Dolores: (Defendiéndose. Le grita.) ¡Mi marido no es un asesino!

Madame Endor: (Forcejeando y gritando.) ¿Qué no oíste lo que te dije? ¡Tu amiga es la bruja en la historia y tu marido su Palo Mayombe! Ve de nuevo las cartas, imbécil. Ya no eres la única en peligro. ¿Ves esta carta de acá? ¿La ves? Esta carta soy yo, y la de al lado es la muerte.

Dolores se apoya en la mesa viendo de reojo las cartas. Tiembla. Está agitada.

Dolores: Él es inocente, estoy segura. Él me quiere.

Madame Endor: (Con voz jadeante.) Sí, te quiere, Eva me lo dijo, por eso enloqueció. Ella debe haber sido la que lo metió en esto.

Dolores: No, me lo hubiera dicho.

Madame Endor: (Tomando su lugar frente a la mesa.) Te lo dije pero no te diste cuenta. (Pausa.) Siéntate, porque tengo algo qué decirte.

Bajo el signo de Alpha

Dolores obedece.

Madame Endor: Lo que tu marido dijo la noche del sueño no fue una ganga. Fue un nombre. El nombre de un espíritu terrible... Naganga.

Dolores: (Con miedo. Incrédula.) ¿Naganga?

Madame Endor: Un culto asesino que viene de África. Ruega que tu marido no se haya convertido. Naganga es el espíritu de un muerto que le hace favores al que se los pide, casi siempre a cambio de sacrificios de animales. Pero a veces, si lo que le pides es grande, te exige igual. Te dice en sueños lo que quiere, y si no le cumples, se cobra, (la toma suavemente del brazo), en lo primero que ve.

Dolores mira la mano de Madame Endor sobre su brazo.
Madame Endor se levanta para encender otras velas.

Madame Endor: ¿Han muerto animales en tu casa?

Dolores asiente en silencio.

Madame Endor: ¿Ahora entiendes por qué te hablo de peligro? Él debe tener una deuda, con su Naganga. Por eso los dólares. Después del amor, dinero es lo que más le piden. (Pausa.) Tienes que protegerte, o quitarte de en medio.

Dolores empieza a llorar.

Dolores: ¿Qué hago?

Bajo el signo de Alpha

La hilera de dientes de la mujer se revela ante la petición de Dolores.

Madame Endor: ¿De veras quieres saberlo?

Dolores la ve con un rostro sombrío, luego baja la mirada. Madame Endor regresa con su bolso. Del fondo saca una piedra translúcida y un pequeño frasco. Abre el recipiente y se lo ofrece.

Madame Endor: Bebe de esto.

La bruja se lo acerca. Dolores aleja su boca con miedo. La bruja le da confianza tomando un poco. Se lo ofrece de nuevo. Dolores accede. Le muestra un trozo de alumbre.

Madame Endor: Llévate esto también. Es para el miedo. Pásalo por tu cuerpo y ponlo al fuego, sobre un sartén. La piedra tomará la forma de lo que te lo causó. Es muy reveladora.

Madame Endor toma distraída una carta de la mesa y le apunta un número al reverso. La carta es aquella que indicaba que su vida corría peligro, la número 13: La Inmortalidad.

Madame Endor: Hay muchos caminos para llegar aquí. Pero sólo uno por el que yo bajo y subo. Esta es la dirección del lugar. No se la des a nadie. Voy a cerrar las otras puertas. Ya deben saber que te vi y deben andar buscándome. Ven a verme cuando me necesites.

Se escucha el Ave María de Schubert con un tratamiento distinto, amenazador, durante el fundido a la otra escena.

Bajo el signo de Alpha

Disolvencia a:

EXT. IGLESIA. NOCHE

La música de la escena anterior se continúa en ésta y la siguiente. La iglesia tiene detalles distintos, asimétricos, labrados barrocos de un lado y apenas sugeridos del otro, como en una maqueta; gárgolas también, quizá.

Dolores camina perturbada por la propuesta de la bruja, trae la carta de la baraja en la mano.

INT. IGLESIA. NOCHE

Entra y las imágenes son igualmente perturbadoras. En lugar de ver a los santos, ve esculturas griegas, o ídolos sin brazos, vírgenes a la manera de la Venus de Milo. Voltea hacia un lado y ve las imágenes, figuras sangrantes. Al fondo un Cristo desnudo y al lado la figura de la virgen con la cara de EVA. Debajo se lee una inscripción que dice: Ave Eva.

Dolores: (Sublime.) Ave Eva. (Rezando.) Eva María, gratia plena...

DISOLVENCIA A:

INT. PASILLO QUINTO PISO. NOCHE.

Continúa el Ave Maria de Schubert. Toma subjetiva: Se abre la puerta del departamento de los BERTHIER. Se escucha el perro ladrando desesperadamente en la cocina.

Llegar a la orilla

*“En el mundo hay mucha
gente que se está ahogando.
Cada uno intenta llegar a la
orilla de una manera
distinta”
Ray Bradbury*



El sonido lacónico del silbato cortó el aire exactamente quince minutos antes de las seis de la tarde.

Y unos instantes después, como si el primero fuera una orden del capitán del equipo, uno y otro y otro y decenas de silbidos inundaron la ciudad para avisar a unos obreros que su turno terminaba; para decir a las esposas y a los hijos que sus maridos y padres llegarían en cualquier momento, y para confirmar a otros obreros que la hora de entrar a la fábrica se había cumplido.

Pero a José Paul, de pie en el pórtico de su casa, sólo le interesaba la señal que llegaba primero a sus oídos.

Bajo el signo de Alpha

Le parecía distinta, única, como si en su viaje por el espacio, el sonido se alimentara con el vaivén de las ramas amarillentas de los árboles y con el aliento de los pájaros que aún no abandonaban la invernal ciudad, con la melodía de la hierba seca al ser pisada por los pies descalzos de los niños y el tintineo de las campanas que la mayoría de las casas del barrio colgaban ante las puertas. Los demás silbidos constituían una multitud abigarrada de lamentos.

El primero era el llamado.

Un llamado especial.

Era la voz de papá que gritaba: “Ya voy a casa”. Y José Paul, al escucharlo, daba de voces a su madre para pedirle permiso de ir a la maquiladora a esperar a su padre. No se detenía a escuchar el asentimiento; ya iba en camino, ya los mil metros se reducían. El niño corría por las banquetas sorteando las fracturas del cemento, pateando latas vacías de refrescos, mientras imaginaba el balanceo de la figura paternal.

Esta era una tarde especial. La tarde del 24 de diciembre. José Paul soñaba amanecer en Navidad con una bicicleta como la de Brian Jesús, su vecino, con manubrio aerodinámico, frenos de alto impacto y protectores laterales. La bicicleta que veía en su imaginación se disipó al llegar a la fábrica.

Las puertas de la reja se abrieron. Los hombres caminaban por el andador rumbo a ella, con algo de prisa y temor, como los prisioneros que quedan en libertad después de una larga condena. Y la figura del balanceo, gruesa y morena, destacaba entre las otras. Venía acompañado de varios hombres, todos uniformados de azul marino, con el emblema rojo del cerebro cosido en el pecho. Los hombres se detuvieron bajo el anuncio de la empresa: SIMPSON BROS. CO. *La empresa del ocio.*

Bajo el signo de Alpha

Gesticulaban. José Paul vio la llaga en la base del cráneo de su padre y el pelo medio chamuscado alrededor de ella. Se tocaba con el índice la quemadura, como si quisiera asegurarse de que aún estaba ahí. Sus amigos lo llamaban por el apellido, Fragoso, pues nunca daba su nombre. Alguna vez, años atrás, mientras sostenía a su hijo en las piernas, le confesó que su nombre lo irritaba casi tanto como si lo insultaran. Se llamaba Teófilo José.

José Paul se acercó. Fragoso intentaba convencer a su compadre Isaías Ray de acompañarlos a beber una cerveza, para festejar la Navidad, antes de separarse. El niño se sonrió con don Luis Phillip, el viejo guardia que verificaba con extrema seriedad las entradas y salidas del personal. Al niño le pareció ver un gramo de tristeza en la mirada que le dirigiera el viejo. Frunció las cejas, preguntándose cuál podría ser la pena que aquejara a un hombre con la importancia del guardia, con el poder para dejar entrar y salir de aquel inmenso territorio a la gente. Una mano de huesos fuertes y grandes, enmascarada con piel quebradiza y fría, jugó con sus cabellos para apartarlo de la reflexión. Al niño le agradaba que el guardia le acariciara la cabeza, pues con el gesto llegaba un caramelo. Atrapó, rápido, la mano que hacía pequeños nudos con su pelo y la oprimió, mientras elevaba los ojos. Hurgó entre los dedos rígidos y encontró, oculto en algún pliegue, la suavidad del dulce cubierto con plástico. El viejo levantó en el aire al niño. Los rostros quedaron a unos centímetros.

—Qué le pediste a Santa Claus —preguntó el guardia.

—Una bicicleta.

La sonrisa del viejo se derritió lentamente. Lo bajó.

—Ojalá te la traiga —añadió con la voz hecha escombros: —son muy caras.

Bajo el signo de Alpha

La voz del padre llegó como alarma de reloj despertador. El grupo de obreros se alejaba por la calle y Fragoso animaba al hijo a seguirlos. Y Paul flotó hacia él. Se detuvo y volvió la cabeza.

—Gracias —dijo en voz baja.

El viejo recibió las palabras del niño y respondió para sí: “Es cara, pero el vicio de tu padre es más caro aún”.

El niño se talló los ojos. No comprendió las últimas palabras, pero el movimiento de los labios del anciano formaba palabras incomprensibles. Decidió que no tenía mayor importancia y reanudó el paso para alcanzar al grupo de hombres que ahora se había detenido en una esquina para hacer valla a una jovencita que caminaba con la mirada fija al frente. Ahí los alcanzó. Siguió la mirada de los hombres y se deslizó por la curva ondulada de la cadera suave y el reflejo moreno de las piernas atrapadas en un pantalón que parecía fusionado a ellas. Le agradó el color de la ropa, que cambiaba constantemente, como un caleidoscopio. Una bocanada de cierzo levantó polvo, se cristalizó en los ojos de los hombres y los empujó a continuar.

Antes de que el sol terminara de caer, detuvieron el paso.

El grupo de hombres trepó los tres escalones y penetró en la cervecería semidesierta. Era un negocio reluciente, con la puerta giratoria, verde y metálica, inmaculada. Juntaron dos mesas y el mesero los atendió rápido. El niño miraba con orgullo a su padre —quien conversaba como si fuera el dueño del lugar—, y pensaba en el día en que él tendría derecho a sentarse así, con los amigos, a beber una cerveza y no la soda de naranja que el mesero ponía ante él sobre la mesa solitaria. El cajero apuntó un control remoto a la pared y el ambiente se mezcló con los ruidos de la televisión panorámica. Los hombres se vol-

Bajo el signo de Alpha

vieron hacia ella y protestaron con burlas, gritos y amenazas, hasta que el cajero cambió de canal; le decían que estaban cansados de ver películas con dramas navideños. Tampoco les agradó la idea de ver noticias, así que la bu-lla continuó mientras la pantalla brincaba de canal en canal. El rostro y la voz de Judith inundaron el lugar con el corrido de Juan Cortina. Los hombres regresaron a sus cervezas y a sus comentarios. El niño caminó hasta el mostrador y se entretuvo hojeando los titulares de las revistas y periódicos.

—¡Papá! —lo llamó.

Los hombres callaron. Teófilo José preguntó con la mirada y las cejas a su hijo.

—¿Qué es una guerra económica? —preguntó el niño.

—La causa de todos los males —la respuesta paterna se entreveró con las carcajadas. Los hombres se acomodaron en las sillas y subieron los codos a las mesas.

—¡Papá! —insistió, sentado en un banquillo, a pesar de saber que los siete hombres lo mirarían con la acusación inmediata de estorboso.

—¿Qué quieres? —dijo conciente de ser el único que no miraba a su hijo. —Piensa bien lo que vas a decir, porque es la última pregunta que te respondo.

—¿Qué es un bloque económico?

El silencio fue total unos instantes.

—¿Alguien —le dolió la voz a Teófilo José—, alguien puede explicárselo?

El compadre Isaías Ray dijo que era como un partido de fútbol, donde cada equipo se compone de varios jugadores—países. “Gana el equipo que le vende algo al otro —concluyó la ilustración— sin comprarle nada”.

Los hombres seguían en silencio. Teófilo José, con la pesadumbre recargada en los hombros, bebió un largo trago de cerveza y se levantó rumbo al cuarto de baño.

Bajo el signo de Alpha

—¡Ah, qué Fragoso! —dijo John Arturo al sobar las gotas de agua que se condensaban en el bote de cerveza—, qué joda le metió la compañía.

—Yo se lo dije a tiempo, le dije que no aceptara ser conejillo de indias —intervino Roger Fernando—, pero se enojó conmigo. “Lo que pasa es que tienes miedo”, me dijo, “no quieres progresar”. Y ya ven. Lo enviciaron. “Será la fregada”, le respondí aquella vez, “pero yo no dejo que me pongan cables en la cabeza”.

—Ya cállense —los detuvo con un murmullo el compadre Isafás Ray—, los está oyendo el niño.

Seis pares de ojos cayeron con la armonía de una sinfónica ebria sobre la figura de once años que rascaba con el tenis un chicle pegado en el piso. La breve y temblorosa luz del sol que dibujaba rayas en el suelo terminó su agonía. Los hombres sintieron el malestar de un invierno indeciso, de fríos intermitentes, un invierno enfermizo. El niño pensó que por fin llegaría la noche, la cena de Navidad, las excitantes flores de los cohetes en el cielo oscuro y el despertar alegre para subirse a una bicicleta flamante. El hechizo se rompió con el estruendo de una puerta. Su padre salía del baño, fajándose el pantalón, pero no volvió a la mesa, sino que pasó frente al mostrador, acarició una rodilla del niño y subió por una angosta escalera, semioculta a un costado de la caja registradora. El niño interpretó la caricia como un llamado. Siguió a su padre. Al abandonar el último escalón, se encontró en una terracilla larga, cercada por un barandal metálico. Un sople de viento helado se incrustó en su cara, con la fuerza de mil alfileres álgidos. Se ajustó el suéter y cruzó los brazos. Desde ahí se podía ver el cauce del Río Bravo: un delgado hilo color terroso, como si en el caudal corrieran asientos de café. José Paul recordó a su maestra, que se quejaba de que cada año el río se parecía más a

Bajo el signo de Alpha

un esqueleto de dinosaurio, que un día tuvo grandeza, pero que ya no tiene vida, pues la carne desertó. También veía la ciudad, su ciudad, Reynosa, que se extendía a lo largo del río, sin aumentar su estatura: no construían edificios altos. En cambio, los canales la cicatrizaban y el angosto sube y baja de las arterias del centro contrastaba con las calles anchas, rectas, equidistantes, de las colonias creadas por las empresas maquiladoras para sus empleados, con repetidas hileras de casas, iguales sólo los primeros días, cuando aún no las habitaban los obreros y sus numerosas familias.

Lo sobresaltó un estruendo. Provenía de la oficina cuya puerta se hallaba al fondo de pasillo; había una ventana grande, entreabierta, y el niño se acercó a ella. Se paró de puntillas en el zoclo y se agarró del alféizar. Entre las rejillas de la persiana roja, miró una habitación espaciosa, con piso de madera pulida, vacía, si no fuera por el blanco escritorio metálico y la araña de cristales que colgaba en el techo. Su padre, de pie ante el escritorio, apoyaba los puños en el metal y miraba con odio al sujeto pequeño, que sonreía y abría las manos como un cristiano pacifista y tolerante. La voz de Teófilo llegaba apagada. Decía que era injusto pagar mil dólares por un chip taiwanés de calidad ínfima y sin garantía, y le reclamaba que las compras anteriores salieran con defecto. “No duran, hacen corto circuito, dan toques, se queman” –reiteraba ante el sujeto de mirada serena, quien por su parte explicaba los riesgos de comerciar con países de un bloque comercial enemigo. “En todo caso compre usted el americano, dicen que el Simpson Dream III salió muy bueno”. “Si no lo sabré yo, que fui el catador –decía, y al hablar se paseaba el índice por la quemadura que coronaba la interfase de bioplástico–, pero cuestan una fortuna”. Instintivamente, el niño se acarició la nuca y recordó la

Bajo el signo de Alpha

mañana en que el director de la escuela llegó al salón de clases acompañado de un ingeniero y una enfermera para anunciarles que vivían un día histórico, pues implantarían la tecnología norteamericana más moderna y sofisticada: un bioconector personalizado en la base craneana. El terror prendió fuego en la imaginación de los niños, excepto en Paul, que recordaba desde siempre haber visto algo así en la cabeza de su padre. El director pidió un voluntario; Paul se incorporó. Media hora después, el niño disfrutó de la enseñanza neural y aprendió en segundos lo que antes significaban varias aburridas horas.

El pie resbaló en el zoclo; su corazón brincó asustado.

En el interior de la habitación continuaba el diálogo entre el comprador irredento y el vendedor inmovible. El primero pedía crédito, plazos, un descuento; el otro respondía que no. El primero palpaba la cajita que resguardaba la interfase; el segundo acariciaba sus propias mejillas. Teófilo José sacó de la bolsa del pantalón, mientras sacudía la cabeza de un lado a otro, un sobre verde oliva y extrajo un fajillo de billetes verdes. Contó la cantidad de dólares que necesitaba. Los entregó al sujeto. El niño vio que su padre guardaba en una bolsa el paquete con el chip y en la otra el par de billetes sobrantes, y sin despedirse del vendedor se volvió hacia la puerta. El niño, inmóvil, vio a su padre pasar con el ceño fruncido y hablando con un interlocutor fantasma. Bajó las escaleras detrás de él, lo siguió cuando se despedía con una mano en alto y unas pocas palabras de sus amigos y se le emparejó en la calle, en espera de alguna palabra. Antes de entrar a la casa, lo vio descargar un furioso

Bajo el signo de Alpha

puñetazo en el disco rojo que anunciaba el alto a los vehículos.

Antes de la cena, José Paul entró al baño con la intención de orinar, pero se abstuvo para no denunciar su presencia, ya que por la ventanilla que daba al patio, junto a la ventana de la recámara de sus padres, se podía escuchar la voz cálida y triste de su madre:

—Ni modo, viejo, ya está hecho. Ojalá que ahora te dure. Además, tú no tienes la culpa de tener el vicio. Aunque yo insisto en que la compañía debería pagar esos gastos, si ellos son los responsables, los que te metieron en esto.

—Por favor, Mercedes, ya no me repitas eso. Desde el principio, en el momento de firmar los papeles donde me hacía responsable, me fregué. El sindicato ya dijo que no me puede ayudar, que yo acepté los riesgos, que no tenían antecedentes de que el chip del placer provocara adicción —su voz tejía odio y tristeza, y parecía deslavarse entre el agua salada del llanto—, total, que me ganó la debilidad y otra vez compré fayuca de mierda.

Un ruido vibrante, que Paul interpretó como si hubieran golpeado la puerta del clóset, le recordó el deseo de orinar: se puso de rodillas ante el excusado y se concentró para no hacer ruido. Suspendió la operación al distinguir entre las frases de sus padres algo referente a los regalos de Navidad. Luego llegó el silencio.

Y el silencio se rompió con dos golpes fuertes en la puerta del baño y la voz de su padre pidiéndole que se apurara. El niño subió el cierre de la bragueta —se salpicó un poco la mano— y abrió la puerta. Al salir, le pareció que en los ojos de su padre se habían instalado una venitas rojas y los párpados formaban pequeñas bolsas oscu-

Bajo el signo de Alpha

ras, sintió pena por él y vergüenza de sí mismo, pues pensó por un instante que lo habían sorprendido.

Las horas transcurrieron como si un tren sin fin pasara frente a los ojos del niño que, sentado en el escalón del porche de la casa, aguardaba el grito de su madre convocándolo a cenar. Desde ahí vio llegar a Clementina, su hermana mayor: desde su pantalón ajustado y las mejillas ardientes, ella se despedía de un muchacho alegre y hablador. Al pasar junto al niño, le alborotó el cabello. Otra vez solo, Paul pensó con tristeza que su hermana había llegado sin cargar regalos. Una flor de fuego en el cielo hizo trepidar su pecho. Era la hora de los fuegos artificiales. La hora en que la gente salía de sus casas y se abrazaba para contemplar el regalo que hacía el gobierno municipal a la ciudad, bajo la forma de fugaces letreros deslumbrantes, estrellas simuladas, bucles de colores ardientes; y ahí encontró, dibujado en el cielo, un difuso momento de libertad y gusto que parecía crecer y estallar en su propio pecho. Solo, con los brazos abiertos, se bañó con las coronas de fuego ilusorio hasta que la realidad se implantó con un grito y el vapor que escapaba de la olla de tamales que alguien habría destapado.

Ante la mesa taciturna, Paul se concentró en comer, aspirando el olor de frijoles recién guisados y masticando con suavidad para prolongar el gusto de los tamales de azúcar. El aire del norte arribó entonces. Un manoteo de aire invernal, con una carga de arenilla, erizó los brazos del niño. La madre se levantó de prisa a cerrar la ventana del comedor, mientras pedía a sus hijos que se pusieran un suéter. Fragoso no se dio por enterado. Parecía urgido por algo. Comía rápido, voraz y sin levantar la vista.

El tiempo de cenar concluyó.

Bajo el signo de Alpha

Fragoso se golpeó con la palma de la mano tres veces en el pecho para provocar un prolongado eructo y se incorporó. Sin mirar a nadie, con los ojos perdidos como si estuviera concentrado en sí mismo, se dirigió a su recámara, seguido por la tristeza de su familia, de la que brotaba un sentimiento colectivo de derrota. Paul, acodado en la ventana cerrada, escuchó el gemido placentero de su padre: “Ya se conectó al soñador”, pensó. Su madre se permitió una mueca mirando a Clementina, que susurraba alguna oración, levantaba platos sucios y los llevaba rápido al fregadero de la cocina y volvía con un trapo para levantar migajas y limpiar la grasa salpicada en la mesa.

El árbol de Navidad parpadeaba en un rincón.

En su base permanecían las cajas vacías, inútiles, forradas como regalo, cubiertas con el musgo ocre.

—Es hora de dormir —dijo Mercedes a sus hijos.

—Mañana limpiamos la casa —añadió al ver que su hija persistía en la cocina—, es tarde y el niño Jesús necesita tranquilidad para nacer de nuevo.

Para no dormirse, José Paul contaba los estertores y ronquidos, las pausas y los contratiempos, y escuchaba el ir y venir de la respiración de Clementina. Cada vez que entrecerraba los ojos, aparecía la bicicleta de color dorado, equipada con un motor simulado de plástico, y el sopor lo invadía.

Las luces estaban apagadas y no se percibían movimientos en la casa. Salió al pasillo. Las ganas de reír superaban el silencio, mientras pegaba el extremo de un hilo con cinta adhesiva en la pared. Luego se acostó y amarró la otra punta en su propia muñeca. A pesar de sus esfuerzos para evadir al sueño, en algún momento la

Bajo el signo de Alpha

mente divagó más allá de su voluntad y se quedó dormido. Por eso se sobresaltó tanto al sentir el jalón del hilo en la muñeca. Aguardó inmóvil, con los ojos cerrados, simulando el más profundo sueño. Pero nadie se acercó, excepto el murmullo de ropa, de pies descalzos en el pasillo y alguna voz tenue y sosegada que reconoció por el acento maternal. Un poco después volvió la serenidad nocturna y José Paul, guiado por las luces parpadeantes del árbol navideño, inspeccionó la sala. En la base del árbol, brillaba una cajita roja con su nombre. La abrió.

Minutos después, el niño estaba sentado en la orilla de su cama. Acarició el nuevo reloj de cuarzo. Pensaba en la inútil carta escrita a Santa Clos un par de semanas antes. En ella estaba depositado el anhelo de meses. Quizá de años. Una bicicleta moderna, no como la que yacía arrumbada en el traspatio y que su padre había comprado cuatro años antes de segunda ¿o tercera mano? Ni la pintura reciente, ni los rayos aceitados o el asiento forrado la hacían parecer nueva.

Dejó de pensar en el reloj al abrir la ventana y aspirar el viento que llegaba del norte, un viento que arreciaba, cargado con los minúsculos granos de frío que traía desde el polo norte. Sintió palidecer las mejillas mientras salía al patio y entrecerraba con cuidado la puerta de la cocina, cuidando de que no cayera la traba. Al subir a la vieja bicicleta, ya tenía tomada una decisión: estaba convencido de que sólo dependía de sí mismo para obtener una. Recordó cómo su padre salía desaforado de la recámara, unos días atrás, con el rictus de pavor en la cara y con la base del cuello humeante, el pelo chamuscado y el olor a piel quemada. Una vez más el chip traicionero se derritió en su cuello. Las quemaduras en la piel eran lo más aparatoso, lo más detestable ante la vista de los demás. Pero según Fragoso, si gritaba como un loco cada

Bajo el signo de Alpha

vez que sucedía la crisis, era porque en verdad moría. Si salía de la recámara con los ojos desorbitados y berreaba como un buey en el rastro; y si luego reía con arrebatos de niño, era por el dolor irresistible que penetraba en su cerebro, en las imágenes terribles que lo hundían en la muerte.

Eso pensaba el niño al pedalear, al escuchar en el aire el ruido de automóviles que festejaban la noche que sólo existe una vez al año. Pasaba ante los porches de casas donde las luces y los gritos perpetuaban el festejo y cruzaba esquinas de resignada simetría. Un poco más allá apareció el objetivo.

Un reja alta.

Una barda de concreto.

En el centro, un edificio cuyo mapa guardaba en la memoria, a pesar de que sólo en una ocasión lo había recorrido, de la mano de su padre, durante el festejo del día del niño.

“Aquí –le dijo su padre– trabajo yo. En esas cajas se colocan los chips y pasan por esos rodillos al departamento de envoltura, que ves ahí.”

Puso la bicicleta recargada en el muro. Parado en ella, se agarró del borde del muro y trepó en un santiamén, ayudado por el miedo a sentir que un lazo lo amarrara del tobillo. El patio interior estaba oscuro, en silencio, solitario. Sólo pavimento gris que reflejaba en el centro un rayo de luna. Le pareció ver en la caseta del guardia una luz filtrada por la ventana. Ordenó a su imaginación no pensar en los enemigos bizarros, ni en gusanos viscosos que reptarían por el suelo, ni en garras que pudieran enredarlo del cabello.

Y brincó.

No se detuvo a pensar.

Bajo el signo de Alpha

Corrió hacia el edificio, con el cuerpo recogido, con los brazos en el pecho, pensando que de esa manera sería un objeto más pequeño, menos ruidoso, poco importante. Y luego rodeó el edificio, pegado a las paredes, hasta encontrar una ventana. Intentó abrirla. Puso toda su fuerza, se concentró, creyó que las venas del cuello y de los brazos estallarían, pero no pudo. Se dijo que no con la cabeza, que no sería un fracasado, que seguramente en el suelo encontraría un objeto, aunque fuera una piedra para romper el vidrio. A gatas y con los ojos entrecerrados empezó a rastrear el suelo. Poco a poco se acercó al área de estacionamiento, donde se elevaba un árbol de trueno cuyas hojas daban forma a la insignia de la empresa. Pasó entre los camiones de distribución, asomándose en las cabinas y tentaleando las manijas. Intentó abrir las cajas de remolque y se asomó bajo el chasis.

Nada.

Ni fierros, ni desarmadores olvidados, ni siquiera tuercas.

Volvió sobre sus pasos y se dejó caer junto al árbol de trueno. Al caer se golpeó con un objeto duro que le sacó un quejido. Palpó en el zacate que rodeaba al árbol y encontró una barra de metal. La alegría del hallazgo le impidió reconocer que en el ambiente flotaba el olor del tabaco quemado.

Apoyó la barra en la ventana y se colgó de ella. El crujido del metal sonó como golpe de tambor durante un sepelio. José Paul no lo advirtió. Traspuso el hueco.

Unos minutos después su figura apareció en la ventana.

Saltó al suelo.

—360Corrió hacia el muro, con el viento en contra, con el aire helado sobre el sudor ardiente, con el miedo de que una mano se posara en su hombro con la fuerza de

Bajo el signo de Alpha

una garra de águila. Al llegar a la tapia se dio cuenta de que no podría trepar por ella. No lo previó al salir de casa. La angustia trepó por su garganta como una tela de araña, asfixiándolo. Caminó de prisa hacia la reja, con la esperanza de encontrar algún objeto que le ayudara a escapar. Le pareció ver que la reja estaba entornada. Observó unos instantes la caseta del vigilante. Continuaba oscura y silenciosa. Se acercó cauteloso. Abrió la reja con lentitud. Paul advirtió una terrible resequedad en la boca y en la garganta, mientras salía del lugar y volvía la reja a su sitio. Metió la mano en el bolsillo para confirmar que el chip continuaba allí. Así subió en la bicicleta y la condujo de regreso a casa, sin sospechar siquiera que atrás de él, en la caseta de vigilancia, se volvía a encender la brasa de un cigarro y una voz cascada, triste y amorosa le deseaba suerte.

Si bien el sol irradiaba sus rayos brillantes y la gente esplendía con sonrisas, nada competía con la cara feliz de José Paul, quien apretaba los pedales con la fuerza de la marea. El niño sentía, con cada brizna de aire, que un murmullo de voces lo felicitaban, que su bicicleta nueva estremecía las envidias de sus vecinos y que con ella podría viajar más allá del Río Bravo, que podría salir de Reynosa y viajar por la ribera del río y por la carretera de cuota y por los senderos ignorados y cruzar los puentes. Y apenas tomada la decisión, ya se hallaba en camino, por una vereda, más rápido que la corriente verdosa del agua que avanzaba paralela a él. Era un camino de tierra suave, como si viajara sobre una esponja y el viento lo empujara hacia su destino. Miles de mariposas veraniegas plasmaban sus colores en la bicicleta y en la ropa del niño, que las sentía como una lluvia, como un regalo ori-

Bajo el signo de Alpha

ginal del cielo. Con ellas, a ratos le parecía volar en una nube sobre colinas verdes y pequeñas.

Se escuchó un grito.

Un sonido lejano.

Un sonido que formaba su nombre y que se repetía.

José Paul, con esfuerzo, abrió los ojos. Su madre lo miraba desde la puerta de la recámara.

—¿No te vas a levantar? —insistía—. Tu padre quiere que desayunemos juntos.

“Mi padre —pensó el niño—.”

—Sí —respondió—, ya voy.

En cuanto su madre se retiró, José Paul se llevó la mano al cuello y desenchufó el chip. Durante unos momentos se quedó en silencio, pensando que si le daba el chip a su padre, éste se pondría furioso por el robo y, seguramente, en lugar de agradecerle el esfuerzo, lo castigaría. Al posar los pies desnudos en el suelo frío, experimentó un dolor hasta entonces ignorado, algo así como un remolino de viento en la boca del estómago.

“Tengo que pensarlo bien —se dijo—. Tengo que pensarlo”.

Perro de Luz



Kolgate se pregunta si la luz es un pretexto para huir de todo aquello que se considera anormal. Sueña con arena blanca, reflejando tanta luz que le lastima los ojos, se le mete entre sus

ropas, la abraza, se convierte en una segunda piel quedando como esos reptiles que a últimas fechas come. Ve a lejos el Perro de Luz, y esta a punto de hablarle cuando es despertado por los correos que lo mueven de su catre para que llegue a tiempo a su cita. El Hombre Canela esta de un humor extraño esa mañana. Kolgate lo sabe por el olor que éste despide a lo largo de varios pasillos, por que los rastreadores de túneles han aprendido a distinguir olores desde muy pequeños, todo ese universo de partículas con personalidad que viajaban en el aire para indicar estados de ánimo, secreciones que delatan. Así que no se toma la molestia de husmear en aquella acomplejada mente, es mejor escucharlo y saber qué le quiere encargar de la superficie. El tubo de neón es un lujo que sólo el Hombre Canela

Bajo el signo de Alpha

se puede dar, y alrededor orbitan un grupo de palomillas. Toma un par de ellas con esa rapidez que tanto le envidian los demás rastreadores, y se las lleva a la boca degustándolas, a sabiendas que quizás no tenga otra cosa natural que comer en al menos dos días. Al llegar a la cámara casi resbala por los excrementos que marcan el territorio, y el Hombre Canela no expresa emoción alguna, Kolgate sabe entonces que algo anda mal, peor que de costumbre para la sección de los túneles. Kolgate observa como dos lombrices se aferran a la enorme barriga, tan largas y anchas como su brazo, chupan de la generosa capa de grasa, una de ellas tiene un absceso en un extremo que no sabe distinguir si es la cabeza o la cola, el Hombre Canela se la tragará en cualquier momento. Sin decir palabra el tipo mueve sus gruesos brazos hasta el escritorio de madera maciza y saca una pequeña terminal pez algo mugrienta, la conecta con cuidado a una batería de automóvil y el monitor parpadea por unos instantes antes de proporcionarle la información que quiere. El resplandor azulado le da una imagen irregular al enorme cuerpo.—Lista esta, no vas a tardar, dos peces, puta gatos... proteja seus olhos de los sulfuricos. Dicho esto se escucha el ronroneo de la enorme impresora que antes había sido color nácar, hace su trabajo con un chirrido de engranes casi insoportable. No es una lista de compras ordinaria. Kolgate enciende un cigarro mientras se graba en la memoria las últimas palabras pronunciadas en tono sabio por el gordo; “proteja seus olhos de los sulfúricos”, la aprende no por que sea una gran frase, en realidad es algo que el Hombre Canela había leído en la calcomanía de la batería de un auto, y que utiliza según él para desear buena suerte a todo aquel que realice un largo viaje. Trata de memorizar el tono de la voz y la pronunciación, nunca se sabe qué clase de lenguaje se

Bajo el signo de Alpha

encontrará en ciertos niveles apartados, galerías que se han abierto con una serie de derrumbes hace unos años. Su único ojo natural pestañea con el piquete del humo del cigarro, mientras el otro le aplica una termografía al hombre más poderoso de muchas secciones a la redonda. El gordo esta muriendo. Kolgate piensa en la persona que podría ser la heredera de los veinte generadores de electricidad que oculta en su caverna. —¿Deas mas perro de luz? Pregunta al mismo tiempo en que salen un par de guardaespaldas, mimetizados al metal, tierra y raíces que son las paredes. Usan capas demasiado buenas, confeccionadas en un mundo que nunca conoció, o al menos uno en el que gente como el Hombre Canela no hubiera sobrevivido. Como pago, si la compra lo valía, le pedirá una de esas. La cabeza rapada, sudorosa por el esfuerzo de haber sacado la unidad pez, sonrío como nunca se le ha visto. Su olor cambia, un ligero ajuste en el estado de ánimo aunado a una disfunción de los riñones. Ya ha escuchado rumores del Perro de Luz, pero es tan solo un sueño que había traído consigo un rastreador medio loco que se aventuró más allá del nivel 14. —Sonna de juventud. Kolgate replica en tono de burla. Es entonces que aquel aparato se acerca. Una extraña pesadilla mecánica semejante una araña, con seis largas patas de metal que se mecen al ritmo de una vieja canción surgida de su cabeza, un televisor de 33 pulgadas que escupe imágenes intermitentes; fuego, mujeres desnudas, animales que nunca ha visto, autos en pleno funcionamiento estrellándose unos contra otros, supermercados semejantes a los que ha encontrado hundidos no muy lejos de ahí, pero llenos de gente. Cuando la araña-mecánica se acerca a la luz puede observar que es un hermoso trabajo de artesanía, la soldadura es precisa, los servomecanismos pulcros, la tv-video en perfectas condicio-

Bajo el signo de Alpha

nes, esa cabeza que es una ventana asomando a la locura. Bajo ella una batería es el alma de la escultura viviente. Se detiene cuando está a escasos centímetros de Kolgate, emitiendo un ronroneo eléctrico, como si respirara. El Hombre Canela sonrío. Le extiende el plano impreso a Kolgate, le cuenta detalles del Perro de Luz y de milagros, mismos que Kolgate no está acostumbrado a creer. Por el rabillo del ojo observa otros mecanismos parecidos que salen de la cueva del Hombre Canela, ensamblados por la misma persona o grupo de mecánicos artesanos, sin duda alguna. La torpeza infantil con que caminan les da un toque especial, como si quisieran explorar ese mundo hundido al que han llegado. Un dinosaurio-bicicleta husmea con sus ojos de videocámara a Kolgate, y la imagen es proyectada en la cabeza-tv-blanco-negro de un pequeño tanque-tortuga. Los ronroneos se extienden por la habitación, pequeños chillidos artificiales que comienzan a hacer una deliciosa cacofonía. Observa su rostro en la pequeña pantalla y se pregunta cómo carajos le hará para encontrar al creador de aquellas pesadillas electromecánicas, que sin embargo guardan un sueño, uno muy íntimo que Kolgate comparte con ellos, un sueño de luz.

Estudia los planos mientras un grupo de niños escarabajo piden un poco de alcohol para llenar sus jorobas. Los ignora mientras engulle un par de ketaminas. El café cargado lo reanima, y comienza a buscar entre la gente a quienes tengan aspecto de artistas. Una mujer con enormes moretones rituales le comenta que sólo quienes tengan cierta sensibilidad a la escultura pueden ser invitados a ver el Perro de Luz, y la invitación llega de maneras insospechadas, que una caverna hace las veces de una

Bajo el signo de Alpha

sala de exposición donde todos deben desvestirse y amarse en una orgía de varias horas hasta que el Perro de Luz aparezca para exhibirse. Un par de colas de zorro le dicen que en realidad, el Perro de Luz es el inicio de una nueva generación de creyentes en la reencarnación, y que ellos esperan ser en otra vida unos siameses. Y todo lo que le dicen lo anota en su unidad pez portátil, palabra por palabra, hasta que llena varios discos con información suficiente como para armar un buen tratado sobre ese mito. Y algo es claro, nadie tiene idea de su aspecto, solo piezas de un rompecabezas que quizás no muestre un rostro en particular. Con esos datos Kolgate no tiene más que seguir el plano, y armarse como buen rastreador para robar lo que su cliente le pida, aunque sea un moribundo que quiere juntar las piezas más raras de una colección viviente. Deja el café y se dirige a su caverna, llega a un acuerdo con su vecino quien alquilará el lugar a un grupo de cabléidos que dicen haber descubierto señales procedentes de la superficie, seguramente se conectarán a una enorme unidad pez, y estarán ahí días enteros fumando cristales azules para no dormir. Mejor, así cuando llegue no habrá una familia de ocho miembros reclamando su terreno. El mundo quedó como una caja de zapatos, después de su uso original se puede guardar cualquier cosa en él. Y Kolgate duerme un par de horas, con la esperanza de recuperar la arena iluminada.

El mapa tiene errores, pero está preparado, por eso es rastreador. Se han formado grandes valles, bóvedas y acantilados desde el último temblor. Kolgate escucha a lo lejos a un grupo de colas de zorro que se pelean por un terreno, huele sangre, mucha. Encuentra en su camino cuatro 3As y dos Des vírgenes, alimentarán a su pez mientras dure el viaje. El lector infrarrojo le da cierta ventaja, aunque su visión se haya acostumbrado desde

Bajo el signo de Alpha

muchos años atrás a la obscuridad. Deja atrás el reflejo de la ciudad. Escala con las manos desnudas, sangra de una rodilla por culpa de un salto mal planeado. Anota, guiado por el diminuto cursor de la unidad pez su ruta, y la lucecilla que emite la pantalla le ayuda a ver con más claridad la enorme catedral que esta hundida y casi intacta frente a él. Y las imágenes saltan a la vista. Gases azul fosforescente que forman la niebla que delimita las fronteras de los humanos, y es difícil no tener un ataque de histeria cuando entre ella se observan rostros desconocidos, animales extraños que muestran sus dientes desafiando a los intrusos. Los rastreadores son buenos en el arte de ignorarlos. A Kolgate le basta con masticar goma de resina y usar su mascarilla antigases. A través del plexiglás observa un ángel tallado en piedra, mismo que ha perdido un ala, piensa que quizás por eso cayó hasta esa profundidad con el resto de la raza de Kolgate. Suprime el deseo de explorar las ruinas al escuchar el inconfundible ruido animal, lo sigue y el olor lo arrastra hasta varios metros por encima de un mar de estalactitas. Un par de ratas se le escapan, aunque pierde un banquete sabe que donde hay roedores hay gente cerca, y ha caminado por casi veinte horas, cerca no hay ninguna morada humana conocida. Al parecer salen de una grieta que no había notado, muy cerca de un acantilado sin fondo. El nuevo sonido es débil, tal vez poco más de dos kilómetros hacia arriba, colándose entre la fisura que apenas tiene poco menos de un metro de ancho. Escala con paciencia, procurando no perder el sonido que tiene notas cada vez más agudas. Piensa en el Perro de Luz, y se pregunta si aquel sonido son sus aullidos. Las manos sangran un poco, pero el sonido es más fuerte a cada metro que escala. Al llegar a una saliente el sonido cesa, y entre sus jadeos comprende que el Perro de Luz también se ha cansado.

Bajo el signo de Alpha

Se amarra a la saliente y vuelve a dormir, programa su ojo artificial para que le dé cinco horas de descanso, aunque nada asegura que durante ese tiempo tenga la oportunidad de ver el cielo entre sueños.

Cuando el zumbido del despertador interno sacude su cabeza, mira el extremo de un cable que cuelga sobre él. Es un ojo artificial el que tiene en la punta, lo examina, manda alguna imagen varios metros arriba y se eleva rápidamente, perdiéndose en las tinieblas. Kolgate anota su observación en la unidad pez, se desata y continúa la búsqueda, ahora sabe que alguien lo espera. Tras unos minutos el sonido adquiere forma de música, aguda, como un llanto privado. El Perro de Luz canta a la soledad y su amplio reino del que son habitantes. Cien metros más arriba se topa con el ojo artificial que ahora emite luz propia, Kolgate no lo entiende al principio, pero deduce que lo están guiando. Los brazos están casi solidificados, pero después de una larga hora al fin llega a una de las bóvedas más grandes con las que se haya topado. Una sensación casi olvidada lo invade, extiende los brazos para palpar ese extraño elemento. Se quita la roída camisa aunque el sudor se seque de inmediato sobre su piel causándole un violento escalofrío, Kolgate tiene ahora el privilegio de sentir una ráfaga de viento libre, y por fin adquiere la idea de tener una piel que le guarda los huesos. —Eres la sexta visita desde el temblor. La voz electrónica es amplificada y rebotada por las paredes. Están usando dialecto madre. Kolgate busca el origen, y a lo lejos observa un resplandor intermitente, chispas que saltan formando pequeños insectos rojizos desvaneciéndose en el aire. Tres figuras avanzan hacia él, dos bípedos y otro que se arrastra.

Bajo el signo de Alpha

Son una pesadilla recurrente, cables y metal que rugen como fieras protegiendo el territorio. —Ellos no te dañarán. Los humanos-chatarra se detienen, el aparato semejante al tanque-tortuga que tenía el Hombre Canela se acerca con cautela y su cabeza-televisión se enciende, cegando a Kolgate por unos instantes. Al recuperar la vista distingue a su anfitrión. —Es bueno ver a otro de ustedes. La voz ha cambiado. Fémica. La pantalla imprime su rostro. Un extraño ángel del abismo. —Síguelos. Kolgate se deja guiar por tanque-tortuga y sus escoltas mecánicas. Varias carcasas de automóviles están apiladas formando una especie de refugio. Cientos de cinescopios estrellados se encuentran esparcidos por el terreno, como si los hubieran sembrado y la cosecha se hubiera podrido. El cristal y miles de piezas de cascajo metálico crujen bajo sus pasos, y poco a poco queda al descubierto el taller de la artista. Luz. Una bombilla es alimentada por un grueso cable naranja. No muy lejos de ahí existe un generador con toda seguridad. El overol de ella está cubierto de grasa y herrumbre, se coloca unas gafas de soldador y comienza a unir metal, está dando vida a otro arácnido-tv. El resplandor y las chispas vuelven, se escucha el ruido lastimero del acero mancillado. El taller tiene un camastro, y las paredes de lámina están tapizadas por papel ilustrado a colores. Imágenes de un pasado, similares a las que mostraba el primer arácnido-tv que había visto. —¿Hablas esa lengua de las fosas?. Ella hace una pausa, se quita las gafas y examina a Kolgate con una mirada inquisidora. Él no sabe que decir, sólo piensa que está en un sueño. Los humanos-chatarra se colocan a un lado de la soldadora, uno de ellos se sienta en el suelo. —Es bueno que llegaras en estos momentos. Por que no podía irme sin dejarle encargada la casa a alguien. Kolgate no sabe de qué le habla. El mundo en el

Bajo el signo de Alpha

que está es muy diferente al que imaginó. No hay grandes salones con gente haciéndose el amor, o templos guardando a una deidad. Los humanos son capaces de transformar conceptos sencillos en ideales de proporciones inimaginables. —¿Donde está el Perro de Luz? Kolgate saca la pregunta inesperadamente, y la sonrisa de la artista podría iluminar toda la bóveda si quisiera. —Yo me llamo Luz...y mi perro está por volver. Kolgate entiende lo sucedido. Tal vez aquel rastreador loco fue el mismo que le había llevado aquellos sofisticados juguetes al Hombre Canela. Un ruido se escucha afuera del taller. Luz sale, seguida por los humanos-chatarra y Kolgate, cuyo corazón tiene miedo, no está en una situación normal para un rastreador. Se detiene en seco cuando ve a la criatura que acaba de llegar. Otra docena de mascotas-máquina se unen a la recepción. Las cuatro patas son gruesos resortes soldados entre sí, armados con enormes garras; el tórax es la carrocería de un auto compacto, y de sus entrañas emergen cientos de tubos delgados que abrigan venas de plástico. El cofre-boca tiene un cuello armado con varillas, la cabeza-videocámara es enorme. Apaga sus ojos de halógeno y descansa. Es el Perro de Luz, saluda a su dueña y a sus hermanos. Su presencia es dócil por el momento, pero es capaz de destruir y matar si se le pide, es el resultado de una buena programación. Ella saca del vientre de su perro un cassette negro, y lo lleva al taller. El zoológico mecánico la sigue, Kolgate también. Luz llama a tanque-tortuga que se traga el cassette, lo digiere, sus intestinos de plástico lo procesan, su rostro escupe imágenes. Arena blanca. Cielo. —Mi perro escala por esas enormes fisuras, varios kilómetros hacia arriba-, dice Luz sin apartar la vista de la tv, -y ha descubierto dos salidas seguras. En realidad no me gustaría irme sin mis hijos. Ella es una verda-

Bajo el signo de Alpha

dera artista, una perra de luz que amamanta crías para que simulen la vida y estén dispuestas a salir a la superficie. —¿Por qué..?— Kolgate se atreve a hablarle en lengua madre. —¿Por qué te vas de aquí?— Descubre que está llorando mientras habla, se atraganta, no puede continuar. En la pantalla se observa una carretera a lo lejos. Un automóvil, apenas un punto negro, pasa rápidamente. No le podrá entregar al Hombre Canela el Perro de Luz. La artista sujeta una enorme mochila que se lleva a la espalda. Con un susurro ordena que tanque-tortuga congele la imagen. Se observa un valle blanco, con una cinta negra en su centro. Da una palmada en el hombro de Kolgate, él lo recibe como un contacto humano que jamás olvidará. Sus lágrimas barren la suciedad acumulada en su rostro.—Veré que hay afuera— dice mientras trepa por un costado del Perro de Luz. —Puedes ver por donde vamos y seguimos. O esperar a más rastreadores que quieran llevarse a mis hijos, dos de esos tipos no pudieron regresar a tus ciudades. Tenían buen sabor. Se interna en el vientre de Perro de Luz, ella es un feto que descansa mientras espera salir al mundo exterior, protegida por un animal de su invención. Ella susurra unas palabras, Perro de Luz obedece. Kolgate observa como Perro de Luz se aleja, el animal mecánico da un salto para aferrarse a una pared y escala hasta llegar a una fisura enorme. Kolgate se acerca, una lluvia de tierra y pequeñas piedras lo baña, pasan varios minutos, el ruido del paso de Perro de Luz se aleja, el eco poco a poco se apaga, la lluvia cesa. Arriba todo se ve oscuro. Tanque-tortuga se acerca a Kolgate arrastrando sus orugas metálicas. Descongela la imagen, un giro lento enfoca al mítico sol. Kolgate no puede explicar con exactitud esa obsesión por el Perro de Luz. Se sienta y espera al siguiente rastreador, está seguro no tardará mucho, el

Bajo el signo de Alpha

Hombre Canela de seguro ha enviado a alguien para seguirle, así trabajan en ese ambiente, o quizás ya esté muerto y quedó con la idea de encontrar a un redentor. Cuando llegue ese rastreador le encargará que cuide a esas criaturas adoptadas, y quizás quiera seguir al Perro de Luz, y tenga deseos de llegar a ese lugar donde se de cuenta que el suelo que pisa sea firme, tanto como el aire, el cielo o los sueños. El Perro de Luz es un pedazo de imaginación con vida propia que se encargará en adelante de hacer de los sueños de Kolgate un terreno más firme donde pisar. Junta al rebaño de metal y se mete al taller para escribir esta historia en su unidad pez.

Geese220498

11:11pm

ten una vida sónica!

Bajo el signo de Alpha

El rescate

*Cruelty has a human
heart, and jealousy a human
face; terror the human form
divine and secrecy the human
dress.*

*The human dress is forged
in the human form a fiery
forge, the human face a
furnace seal'd the human
heart its hungry gorge.*

William Blake (A divine
image)

Despertas. Tienes frío y estás asustada. No recuerdas nada de lo que ha pasado, ¿dónde estás? No lo sabes. Sólo sabes que tienes miedo y frío. Te descubres



desnuda sobre el duro suelo de cemento, desnuda y maniatada. Te duele todo el cuerpo, sientes la boca hinchada y un sabor dulzón en ella, ¿sangre?, quizá, no puedes saberlo.

Bajo el signo de Alpha

Intentas escupir y entonces te das cuenta de que algo impide tu visión, con desesperación mueves la cabeza y finalmente consigues retirar la bolsa que la cubría. No ha ayudado mucho, la habitación se encuentra a oscuras, no puedes ver si hay ventanas y apenas se filtra un poco de luz por el resquicio de la puerta. Tratas de incorporarte pero no puedes, te mareas y caes. has hecho ruido, te paralizas, el miedo se apodera de ti, no sabes si te escucharon, porque son *ellos*, ¿verdad? Agudizas tu oído y te parece escuchar algo al otro lado de la puerta, te arrastras poco a poco, tratando de no hacer ruido, despacio. Tienes miedo, pero necesitas saber quién está ahí, donde está la luz... Además, la oscuridad te aterra, siempre lo ha hecho, ¿o no?; desde aquel día en que caíste en el pozo seco del rancho del abuelo, y las ratas e insectos sobre ti, sobre tu vestido, en tus piernas y en el rostro, recuerdas cómo pensaste que nunca te encontrarían y que morirías ahí..., hace ¿cuánto tiempo?, no lo recuerdas, todo es tan vago... Pero sabes que te accidentaste... ¿o lo soñaste acaso? No. Has llegado a la puerta. escuchas murmullos ininteligibles que paulatinamente van cobrando significado. Discuten, sabes que hablan de ti. Parecen ser varios, al menos tres hombres y... espera, ¿una mujer? Sí, definitivamente hay una mujer entre ellos. Intentas escuchar lo que dicen, pero hablan demasiado quedo, no distingues más que palabras sueltas. Pero esas pocas palabras son suficientes para aterrorizarte. Hablan de muerte, de *tu muerte*. Tus ojos poco a poco se acostumbran a la oscuridad, ya alcanzas a distinguir algo del contorno del cuarto... No, no hay ventanas, tampoco muebles; es una habitación desnuda, como tú. Al recordar tu estado te sientes indefensa y lloras. Mal hecho, tus sollozos definitivamente han llamado la atención de tus captores, porque son tus captores, ahora lo sabes.

Bajo el signo de Alpha

Recuerdas que viajabas en un auto y de pronto hay ruido, mucho ruido, humo y gritos; la última imagen en tu memoria es la cabeza de Eduardo estallando y su sangre y su cerebro sobre ti. La puerta se ha abierto. Te encoges y cierras los ojos, como si de esa manera no te pudieran ver. Ilusa. Sientes un golpe y aterrada gritas que ya no te golpeen, que no harás nada pero que ya o te peguen. Una voz se escucha y ordena que te dejen en paz. Se alejan y te dejan sola. Pisadas y voces al otro lado de la puerta. Escuchas con atención y te parece que se han ido. estás temblando y oyes que la puerta se abre; te encoges esperando el golpe pero en esta ocasión lo que sientes te sorprende, y al comprender lo que significa te asustas más, si tal cosa es posible... Es una mano que suavemente toca tu hombro, abres los ojos y alcanzas a ver una silueta antes de que la puerta se cierre de nuevo. La mano baja hacia tus senos, haces el intento de retirarte pero es imposible y decides que permanecerás inmóvil; quieres vivir, no importa lo que pase. Sientes cómo la mano pasa de tus pechos a la entrepierna, tiembles y te preparas para lo que seguirá. La voz te ordena acostarte y obedeces. Escuchas el roce de ropas y pronto sientes un cuerpo sobre ti, es tan pesado que casi no puedes respirar. Las manos atadas a la espalda te lastiman, sientes unos labios húmedos en tu boca, en tus senos... La náusea te invade pero permaneces quieta, paralizada. Con brusquedad te abre las piernas y en un instante sientes fuego entre ellas. Quieres gritar pero el miedo te lo impide y te muerdes los labios, quieres sacudirte, patearlo, quitártelo de encima pero no puedes hacerlo, no quieres que te golpeen de nuevo. Pronto lo escuchas jadear y estrujándote dolorosamente los pechos, termina. Después de un momento se retira de ti y lo escuchas vestirse. Al cabo de un instante abre la puerta y al hacerlo alcanzas a verle el rostro y él

Bajo el signo de Alpha

se da cuenta. Sabes que ha sido un error, que ahora tendrán que matarte. En cuanto la puerta se cierra vuelves el estómago. Otra vez la oscuridad, de nuevo te arrastras a la luz, lo que sea pero no esta oscuridad. Te colocas bajo la puerta y después de un rato alcanzas a ver algunas sombras al otro lado. Sí, los otros han regresado y pronto se inicia una discusión. Parece que no saben qué hacer contigo, la mujer quiere matarte, dice algo de una trampa, un señuelo; que todo ha sido inútil, que ha sido un engaño, no entiendes bien de qué se trata, sólo que ella quiere matarte, ella es tu enemiga. Los demás la apoyan, pero, espera... Alguien se opone, reconoces la voz y descubres asombrada que se trata del tipo que te violó, el mismos al que le viste la cara y al único que podrías reconocer si sobrevives. Y a pesar de eso él te defiende, dice que no son asesinos, que luchan por una causa, un ideal... Te juras que pase lo que pase jamás lo denunciarás. Te das cuenta que gracias a él continúas con vida. Pero los demás no están convencidos. La mujer parece ir ganando la discusión, que poco a poco sube de tono. *Él* te defiende, implora que te dejen vivir un poco más, que todavía es muy pronto para tener éxito. ¿Éxito?, no sabes a qué se refieren, ni te importa, sólo sabes que han decidido no matarte aún. Estás viva y sólo eso importa. Continuas escuchando, aparentemente la mujer se ha retirado, pues ya no la oyes, o tal vez sólo se ha dormido, no lo sabes. Ignoras qué es lo que quieren de ti, para qué les podrías ser útil, y entonces recuerdas quién eres. Y maldices a tu padre. La puerta se abre y alguien entra. Una sombra. No distingues sus rasgos pero sabes quién es. Es *él*. Quisieras decirle que aprecias su intento de salvarte la vida, que le agradeces, pero entonces recuerdas el dolor en tu sexo y le odias por ello. Se acerca y te arroja un zarape. Se retira, pero titubeo y regresa para desatarte; algo dice

Bajo el signo de Alpha

acerca de estar avergonzado, de no saber que eras virgen, ¿virgen?, no eres virgen desde hace muchos años... ¿o no? Pero no lo escuchas, ¿qué importancia tiene eso ahora? No soportas más y te arrojas a sus brazos. Él está sorprendido. Jamás hubiera esperado esta reacción. Tú sólo lloras y lo abrazas, sabes que sigues viva por él y solamente eso importa. Te aparta con cierta rudeza y temeroso dirige la vista a la puerta entreabierta; no, nadie los ha visto. Se incorpora y desaparece. Estás sola otra vez. Con una esquina del zarape te limpias el vómito seco y la entropierna. Asombrada descubres sangre en ella. después, te envuelves en la cobija y tratas de dormir. Imposible, ¿quién podría hacerlo en este estado? Te limitas a dormir, sollozando y temblando. Pasan las horas. Quisieras estar en tu casa, con tus padres, con Eduardo. Pero Eduardo está muerto, por eso es que estás desnuda, porque trozos de Eduardo estaban sobre ti. Lloras. Te dices que esto no puede estar sucediendo, tiene que ser una pesadilla, un mal sueño. Sí, eso es, todo es una pesadilla y pronto despertarás. Tu madre se acercará y te despertará con un beso, como cuando eras niña, y tu padre te llevará en brazos hasta el comedor y habrá *hot cakes* y leche fría para desayunar, y más tarde llegará Eduardo por ti y te invitará a salir y esa noche harán el amor, como aquella primera vez... Pero la puerta se ha abierto nuevamente y puedes ver que no es un sueño, es real. Cierras los ojos, vencida. Alguien se acerca, te arrastras a un rincón, no sabes quién es. ¿Habrán decidido matarte?... Pero calma, no, ya reconoces la voz, es *él*. Se acerca y te acaricia el pelo. Sientes caer una gota de humedad en tu pecho, ¿una lágrima? Con cox entrecortada dice que han decidido matarte. Te ejecutarán al amanecer. No te has dado cuenta en qué momento se ha ido, ni tampoco sabes cuánto falta para que amanezca. Estás

Bajo el signo de Alpha

desorientada y no puedes pensar con claridad. Al otro lado de la puerta están discutiendo. La mujer dice que ya te han dado demasiado tiempo, que ya es hora de acabar contigo o será muy tarde. Los demás la apoyan. *Él* está solo y sabes que no tiene muchas posibilidades. ¡Lucha!, ¡has algo!, ruegas, y como si hubiera escuchado tus súplicas intenta resistirse, lo sabes por el ruido y los gritos. Pero la pelea no dura mucho. Vas a morir pronto. Te alejas de la puerta. Quieres esconderte, desaparecer, volverte invisible, lo que sea. No quieres que se abra pues sabes que esta vez la muerte entrará por ella. Y entonces escuchas el ruido. Al principio no sabes qué significa ese alboroto, luego reconoces el rugir de los helicópteros, las sirenas y el estruendo de armas de fuego. Escuchas aterrada los gritos de tus secuestradores. Después, silencio. La puerta se abre de golpe y la luz de las linternas te ilumina. Sabes que son tus salvadores, los reconoces por el uniforme de combate que visten y ansías saltar a sus brazos. Pero no se mueven, son dos los policías que te apuntan mientras se miran entre sí, titubeando, sin saber qué hacer. “Aquí estoy” gimes, “ayúdenme”. Te ven y enseguida apartan la vista, como avergonzados, como si no supieran qué pensar. Bruscamente son apartados por un oficial. Reconoces la voz tras el pasamontañas, es López, el hombre de confianza de tu padre. Suspiras aliviada y te incorporas lentamente, finalmente te sientes a salvo. Mientras avanzas hacia él le observas reprender duramente a sus hombres. “Ah qué López, siempre tan estricto”, te dices casi divertida, estás tan feliz de verlo... Pero hay algo que no está bien, algo dice sobre testigos. Te detienes y le miras a los ojos. Él no aparta la mirada. Nunca le habías visto esa mirada, tan dura y tan fría. Un escalofrío te recorre la espalda y te envuelves más en la cobija... ¿De qué está hablando?, ¿órdenes del Procura-

Bajo el signo de Alpha

dor? ¡Si el Procurador es tu padre, por Dios!, ¿qué dice?, ¿sin testigos? ¡Pero si tú eres la rehén! ¿De qué diablos está hablando? Lo último que ves es a López apuntando a tu cabeza mientras le escuchas decir: “¡A la chingada con esto, sólo es un pinche clon!” Y antes de morir te das cuenta de que nunca habías vivido.

Bajo el signo de Alpha

Vuelo libre



TRES Las frágiles y majestuosas alas se extendieron dividiendo el cielo exactamente entre sus dos tonos principales: el azul y el ocre. El grácil pico del ser descendió apenas unos gra-

dos, los suficientes para alejarse del monomotor automático que lo condujo desde tierra, liberándolo a tres mil metros por encima de la Ciudad de México, la macrourbe que se perdía a lo lejos en todas direcciones, bajo las brumas contaminadas de la troposfera. Una señal invisible, emanada del centro de control de la Delegación Cuernavaca, activó los millones de nanoconstructores, o nanos, que empezaron a circular entre las células vivas de las membranosas y filtrantes alas, de apenas un par de milímetros de espesor. Iniciaron su función de capturar las moléculas contaminantes que flotaban en el aire, para después descomponerlas en sus elementos originales, liberándolas otra vez a la atmósfera, en caso de no ser dañinas, o alterándolas químicamente a fin de volverlas inertes, si representaban

Bajo el signo de Alpha

cualquier tipo de peligro para Gáia, el organismo viviente en peligro de extinción que la mayor parte de la gente conoce tan sólo como la Tierra. Otra serie de señales le indicaba al ser que giros dar, como abordar las corrientes de aire y como dirigirse a las capas de la atmósfera más saturadas de contaminantes. Percibiendo la irregularidad del espesor del aire, el ser dejaba que las corrientes lo levantaran, trasladándolo de las partes más limpias a las más contaminadas, cumpliendo inflexiblemente con su tarea, como lo había hecho muchas otras ocasiones y como un par de cientos de entidades similares a él lo hacían también sobre esta y otras macrourbes contaminadas del planeta.

El ser volador no tenía nombre, tan sólo una serie de dígitos y números que lo ubicaban dentro de los inventarios de la CZ, la Corporación Zitlalli, como un activo más, deducible de impuestos dada su función ecológica. En la conciencia global de la red, era considerado un descubrimiento científico que prometía contribuir a invertir el deterioro del medio ambiente. Para los contadores de la CZ, era IRV-1348. Para Gabriel Medina, su operario a distancia, especialista en computación, nanotecnología y teledirección, era algo más que InGen Recurso Viviente-unmiltrescientoscuarantayochó. Para los fanáticos fundamentalistas defensores de la vida, era una aberración a la voluntad de Dios que había de ser destruida, so riesgo de incurrir aún más en los castigos divinos que tenían asolada a la humanidad. Para la CZ era sólo un desechable producto de muy alto costo, resultado de la ingeniería genética, clonado a partir de embriones humanos y redituable en muchos aspectos. Para Gabriel y los demás operarios, hombres y mujeres que día a día interfazaban su cerebro con los orgánicos controles de vuelo y sensorialidad de los IRV's, cada uno de ellos era un ser vivo, individual, fácilmente

Bajo el signo de Alpha

discernible de los demás. Eran almas en resonancia que les permitían desde su sillón de teledirección, surcar los aires cumpliendo una delicada e importante función. Eran una puerta al mañana que algunos deseaban cerrar. Gabriel Medina no compartía ni las radicales posturas de los defensores de los derechos humanos que exigían plenos derechos del gobierno y el consejo de corporaciones, al considerar a los IRV's como seres humanos, aunque no tuvieran raciocinio como nosotros lo conocemos. Mucho menos compartía la idea de los fanáticos fundamentalistas de interrumpir el crecimiento de los que aún estaban en la etapa embrionaria y eliminar a los demás como aberraciones de una naturaleza doblegada ante la tiranía científica del irrespetuoso hombre. Mientras el operario parecía flotar boca-abajo en su nicho del centro de teleoperación, suspendido por delgadísimos cables que sostenían el enorme casco y el traje que cubrían todo su cuerpo, permitiéndole un mayor control de IRV1348, recordó el proceso de desarrollo de un IRV: El complicado proceso empezaba con un embrión humano, de padres desconocidos, fecundado *in vitro*, desarrollado y manipulado genéticamente durante su crecimiento, injertándole en distintas etapas de la mitosis fragmentos de DNA de otras especies animales, a fin de producir los resultados que deseaban los técnicos. Poseían un cuerpo resistente y ligero, con huesos de ave, porosos, de larguísimos dedos, unidos por membranas muy finas y células que apenas requerían algunos de los nutrientes que los nanoconstructores especializados, injertados después del “nacimiento”, producían de los propios residuos que recolectaban en sus vuelos. Los IRV's no requerían piernas ni brazos, y por lo tanto no habían sido tomados en cuenta al diseñarlos. Lo fundamental para su operación eran las extensas falanges que partían directamente de la parte

Bajo el signo de Alpha

superior de la columna vertebral, que terminaba en un sacro mondo. Su cabeza era aerodinámica, con una protuberancia nasal grande y afilada, originándose en la parte superior del cráneo y terminando en un pico a cuyos lados había dos estéticos pero innecesarios orificios nasales, creados al igual que los ojos, para verse bien en las fotografías y las imágenes bi- y tri-dimensionales de los medios y la red. La respiración se recibía directamente de las alas membranosas, como producto de la combinación de moléculas que los *nanos* atrapaban del aire. Más que un ave, los IVS parecían monumentales mariposas, con una envergadura que fácilmente superaba los 35 metros entre las ganchudas puntas de las falangetas anulares de una ala a otra, mismas que les servían para suspenderse como murciélagos en los hangares montañosos de la base de mantenimiento orgánico. Al llegar ese día temprano a su trabajo, Gabriel había visto cerca de la entrada del centro de teleoperación a un grupo de fanáticos del movimiento “Conciencia” que se manifestaban contra el proyecto, hasta el momento pacíficamente. Varias decenas de policías privados custodiaban las instalaciones mientras los operarios continuaban normalmente con su trabajo. La CZ recibía una sustancial cantidad de créditos por la concesión que le otorgó el gobierno para trabajar en la limpia del enrarecido aire de la magna capital, pero no podía proveerle de fuerzas especializadas para su protección. Ese era su problema. Gabriel esperaba que no se convirtiera en suyo también. Volvió la atención hacia los indicadores holográficos del visor de su casco, veía a través de los ojos de IRV 1348 mientras volaba sobre la Ciudad de México, como si estuviera sumido en una espesa sopa primordial. Con fugaces miradas a los menús virtuales, el operario controlaba la estabilidad de las alas; el grado de funcionalidad de los *nanos* que

Bajo el signo de Alpha

descomponían las macromoléculas en compuestos básicos inertes; el grado de reproducción de las micromáquinas que fenecían con el trabajo y que constantemente habían de ser reconstruidas por los mismos constructores que circulaban con ellos entre los tejidos de las membranas; el porcentaje de atmósfera “limpiada” con cada batir de alas del IRV y el reporte instantáneo que se generaba y enviaba a la central de operación, que a su vez lo retransmitía a la Administración Política de Ecología, que tabulaba todos los resultados y publicaba continuamente en los enormes tableros electrónicos diseminados por la ciudad y en la red, los porcentajes de aire enrarecido que iba desapareciendo cada día y el total acumulado desde el inicio de la concesión.

Gabriel sabía que en el proceso muchas de esas cifras eran maquilladas por la autoridad, a fin de justificar el egreso presupuestario de la operación y las sospechadas desviaciones, pero sabía también que a pesar de todos los esfuerzos, públicos y de las corporaciones, era importante no tan sólo limpiar el aire, sino evitar que se siguiera contaminando, pero muchas de las presiones políticas que recibía el gobierno atentaban contra este propósito, por más ilógico que pareciera esa actitud. Por eso, desde hacía unos cuantos meses Gabriel tenía su propio plan, que en un principio esperaba nunca tener que activar, pero ante las últimas noticias, empezaba a considerar muy seriamente en hacerlo. Mientras IRV 1348 surcaba los vientos con su carga de bondad y vida, Gabriel activó la subrutina automática que él mismo había compilado para controlar al IRV en su trabajo, sin que sus superiores se dieran cuenta de su distracción mental. Reprimió un ataque asmático, producto de unos pulmones inadecuadamente funcionales, que ningún *nanodoc*, medicina o tratamiento homeopático pudo atender satisfactoriamente, y concentró su

Bajo el signo de Alpha

atención en la reprogramación de los nanoconstructores, de acuerdo a su agenda privada, agradeciendo una vez más la posibilidad de interfasar directamente su cerebro a la red y a sus archivos privados, sin ningún riesgo de intromisión que violara su privacidad. En eso percibió el movimiento inconsciente de sus brazos y no lo interrumpió. De cuando en cuando, los operarios movían innecesariamente los brazos, como si volaran. Era un reflejo adquirido tras varios centenares de horas de vuelo que no tenía una función determinada, pero que permitía el relajamiento y una mayor eficiencia del operario. Gabriel requería ese relajamiento para pensar mejor y avanzar en la tarea autoimpuesta. **DOS** La salud de Gabriel desmejoraba paulatinamente, sus pulmones no funcionaban al cien por ciento y su raquítico ingreso decrecía geométricamente con los envases de oxígeno que adquiría todos los días y que eran ya vitales para poder respirar bien y seguir laborando. Confiaba en que su estado no fuera a afectar su trabajo a tal grado que tuvieran que reemplazarlo. Estaba a punto de terminar la reprogramación, pero aún faltaban algunas rutinas y cada día avanzaba menos. Las últimas tres semanas habían sido muy tensas. La protesta pública realizaba un plantón permanente frente a las instalaciones de la CZ en Cuernavaca. Todos los días los policías privados tenían que abrir una valla ante la entrada principal para que los operarios, técnicos y personal de mantenimiento pudieran ingresar a su sitio de empleo. A Gabriel le parecía extraño como cada día el grupo iba incrementándose y se decía ya en la planta que en unos cuantos días rodearían por completo la base con más de cinco mil personas. Se preguntó una vez más cómo era posible mantener viva la llama del fanatismo en tanta gente. *Todos comen, eventualmente, y eso cues-*

Bajo el signo de Alpha

ta. *¿Quién estará financiándolos?*, hizo eco mental del más frecuente cuestionamiento de los teleoperarios y técnicos que escuchaba en los pocos ratos que coincidía con ellos en la base. A los mandos medios y directivos parecía no preocuparles el incremento de protestantes, sólo ordenaban contratar más guardias y echaban a un lado el problema, como si ignorándolo fuera a alejarse por sí sólo. Tosió varias veces hasta llegar a su módulo de control, casi sin importarle que los compañeros con los que se cruzaba en el camino voltearan extrañados la cabeza, siguiendo con la vista al hombre de corta estatura y cuerpo extremadamente delgado que casi no convivía con ellos y que parecía tan extraño. Gabriel abrió el cubículo de IRV 1348 y sonrió al ver a su relevo, Brenda Santibañez, cortando el aire con gran fineza, flotando a poco más de un metro del suelo, bajo los tenso cablecillos que la sostenían. Sus delgados brazos, cubiertos completamente con la fina película que componía su traje, se movían con gracia, siguiendo a distancia los movimientos de 1348. Sin hacer ruido, Gabriel se despojó de su ropa, colocándose el mono ceñido. Realizó las conexiones auxiliares, tecleó en un tablero su clave personal y envió un mensaje a la mujer diciéndole que su turno de 12 horas llegaba a su fin. Ella interrumpió conscientemente su aleteo, asintió con la cabeza y dio inicio al programa de transferencia de mando. Los cables que la sostenían fueron liberando su tensión y poco a poco recobró la verticalidad. Uno a uno fueron despegándose de su traje y Gabriel los iba colocando en el suyo. Lo último en cambiar fue el casco. En los 30 segundos en que IRV 1348 no tenía control humano, Brenda y Gabriel intercambiaron unas cuantas palabras intrascendentes. Él la despidió con una sonrisa y se colocó sobre los hombros el casco de más de 60 kilogramos que contenía los prin-

Bajo el signo de Alpha

cipales controles del vuelo, los servos ciñeron la tensión de los cables a los parámetros del hombre, para evitar cualquier tipo de lesión en el cuello o columna. Dejó que la computadora lo liberara del yugo de la gravedad y saludó mentalmente a IRV 1348 mientras aspiraba el delicado perfume de Brenda que permeaba el casco. Esa era una de las pocas recompensas sensoriales que su trabajo le permitía. El aroma que había seleccionado la mujer para realzar su personalidad en las últimas semanas era uno de los que mayor demanda tenían entre la población femenina. El casco olía a pasto húmedo recién cortado. Aspiró profundamente, reteniendo las feromonas artificiales que imitaban tan bien a una naturaleza amenazada. Desde niño era uno de sus olores favoritos, cuando visitaba la tierra de sus abuelos, en el sureste mexicano, y sus ancestros le permitían cortar el zacate con un viejo carrito de gasolina maloliente que no era suficiente para empañar el trance sensorial. Gabriel le mandó un beso imaginario a Brenda y esperaba que durara mucho tiempo más con su trabajo y decidiera siempre por las artificiales fragancias naturales en vez de las sintéticas.

Después de una de sus profundas aspiraciones, extinguió en su garganta un acceso de tos que lo regresó a la realidad. Analizó los índices de transformación de gases y polución generados por el trabajo de IRV 1348. El ritmo de conversión era más alto que el de otros días, seguramente había logrado planear en una área densamente concentrada de moléculas contaminantes. Se alegró, la purificación de la atmósfera era una labor suprahumana, pero vital para la supervivencia de la humanidad y de su ciudad natal. Observaba de reojo todos los diales cuando percibió una preocupante lucecilla roja de emergencia. Accionó con la vista el monitor de noticias y observó cómo la manifestación de gentes que ro-

Bajo el signo de Alpha

deaban la base habían dejado a un lado su pacificidad y arremetían con violencia contra las rejillas electrificadas, que extrañamente, no electrocutaban a nadie. Circuló entre los teleoperarios un aviso de alerta roja. Debía de abandonarse la carga acumulada en proceso de transformación y dejar la conducción de los IRVs a los sistemas alternos automáticos y el personal debía de huir por el tren subterráneo que los ubicaría a un par de kilómetros de la base, a buena distancia de la turba. A Gabriel no le gustó la orden, en los ejercicios de emergencia no se contemplaba el abandono total de los IRV's y menos la descarga inmediata de las moléculas contaminantes acumuladas. Siempre quedaba un cuerpo mínimo de operarios que concentraban en sus cascos la conducción de los demás hasta hacerlos llegar con bien a los hangares de protección, una vez que culminara el proceso de descomposición molecular efectuada por los *nanos*. La instrucción era clara e inobjetable, además de inmediata: *Abandonar todo. ¡El programa automático no contempla el aterrizaje masivo de emergencia!*, se alarmó Gabriel al darse cuenta que dejar a 1348 y a los demás IRV's así era casi condenarlos a la muerte, si no regresaban antes del cambio de turno, a menos de 4 horas de distancia. Sin perder la calma, calculó que en los pocos minutos que tenía antes de abandonar el cubículo podía muy bien accionar el programa alterno que tantas horas de trabajo le había costado. Era un suicidio laboral, estaba seguro, pero no tenía alternativa. Sospechaba desde hace tiempo que los poderosísimos intereses en contra del proyecto estaban de alguna manera emparentados con la propia CZ. No entendía cómo ni por qué, pero estaba casi seguro de ello. Si los *nanos* interpretaban bien su programa, su trabajo sería fundamental para permitir

que los IRVs continuaran con su trabajo, haciendo las modificaciones necesarias que el momento exigía.

Antes de desconectarse completamente de la red, alcanzó a soltar en la misma un pequeño virus que contenía el programa especial. En pocos minutos automáticamente se enlazaría con los *nanos* de todos los IRVs del complejo de Cuernavaca y los inocularía con las nuevas instrucciones. La alarma sonaba más fuerte cada vez y Gabriel demoró más tiempo del que la prudencia indicaba para huir. Sonrió con ironía al pensar en que las protestas del movimiento “Conciencia” deberían de extenderse más allá de los IRVs. Salió de prisa y al avanzar hacia los elevadores fue interceptado por una turba enardecida. Volteó los ojos a todos lados y al no ver a nadie, dejó finalmente caer al suelo las pertenencias que había recogido a toda prisa al abandonar su cubículo. Cuando los hombres y mujeres más cercanos encaminaron sus pasos hacia él, elevó las manos al cielo, junto con una plegaria por IRV 1348 y los *nanos*. Los monitores transmitieron esas últimas imágenes del pasillo hasta las oficinas centrales de la CZ, donde los ejecutivos pendientes de la acción limpiadora asintieron en silencio, enfocando su atención hacia otros negocios más redituables, desconociendo lo realizado por Gabriel en su cubículo. **UNO** Ignorando la última instrucción de deshacerse del excedente de carga molecular y planear hasta una nueva orden, los *nanos* de IRV 1348 recibieron el programa de Gabriel Medina, lo corrieron y procedieron a interceptar las indicaciones previas para iniciar la reconstrucción del cuerpo que los albergara y mantuviera en su función durante tantos miles de kilómetros. Injertaron en su nascente conciencia las instrucciones necesarias para que

Bajo el signo de Alpha

remontara el vuelo lo más alto posible, en vez de planear y luego descender como se le había ordenado. Ascendieron dificultosamente por el peso adicional, siempre en dirección norte, hasta llegar a la tropopausa, el límite entre la troposfera y la estratósfera, a más de 10 kilómetros de altura, donde la corriente del *jet stream* del hemisferio norte circulaba el globo terráqueo, a más de 130 kilómetros por hora. Ahí efectuarían la siguiente parte de su objetivo. Extendieron las alas de tal manera que el cuerpo planeara permanentemente sobre la vigorosa corriente, sosteniéndose tan sólo con casi imperceptibles aleteos. Solidificaron las articulaciones innecesarias y después las incorporaron al hueso dactilar, reduciendo aún más su espesor. Cubrieron y sellaron el cuerpo con una finísima capa molecular para facilitar el flujo del aire a su alrededor mientras durara el proceso de producción. Una vez agotada la materia prima, reconstruirían el cuerpo y bajarían a capturar más moléculas para continuar con su labor. Conscientes ya de su ineludible deber, los *nanos* transmitieron la señal preconvenida a los demás IRV's que aún cumplían con su función ecológica sobre las principales ciudades del planeta. Pronto los acompañarían en el vuelo circunnavegatorio, procediendo a transformar su carga en *nanos* de vuelo libre, independientes de los IRV's, con la instrucción única de descomponer los hidrocarburos flotantes en el aire, dondequiera que los encontrarán. Cuando realizó la programación de los *nanos*, Gabriel sabía que no era suficiente esta acción, pero una vez liberados los *nanos* autoreplicantes, era un buen comienzo para repurificar a Gáia. Por lo pronto, el ser humano tendría que buscar nuevas formas de generación de energía no-contaminante. Mientras se dejaba llevar por la poderosa corriente, rumbo al sol que nacía a lo lejos, IRV 1348 empezó a percibir por sí mis-

Bajo el signo de Alpha

mo una sensación de verdadera conciencia, de descubrimiento de ser, de misión encontrada. **CERO** Pensó en Gabriel, por primera y última vez.

El Libro de García



Everardo no hubiera notado el letrero a no ser porque una palomilla pasó revoloteando muy cerca de su cara y él levantó los ojos para seguir el vuelo del insecto y tratar de alejarlo con la mano. Tenuemente iluminado por una farola de sodio que estaba lejos, en la esquina, se veía el letrero sobre el dintel de la puerta:

GARCÍA

LIBROS RAROS

La pasión de Everardo por los libros no era especialmente ardiente esta noche, pero la curiosidad, y la absoluta certeza de que a pesar de sus constantes cacerías

Bajo el signo de Alpha

por el centro de la ciudad jamás había topado con esta librería en particular, lo empujaron hacia la entrada. No había aparadores visibles desde la calle, y el sucio vidrio de la puerta apenas permitía discernir lo que había en el interior del minúsculo local, pero se veía con claridad el letrero de “Abierto” y la luz del interior era brillante.

Everardo entró, tratando de rescatar de entre los restos de su borrachera y las emociones que la habían provocado, cierta pasión bibliográfica. Pensó en los volúmenes que cazaba año tras año y empezó a excitarse ante la perspectiva de encontrar algo en el pingoso local de García: quizá la colección de cuentos de Bertrand Russell, alguna traducción fiel de los Rubaiyat de Khayyam o el manuscrito perdido de Manuel Alonso de Rivas, el herético franciscano del siglo XVIII.

Everardo empujó la puerta. La librería por dentro era incluso más pequeña de lo que parecía por fuera. Giró hacia un estante y vio los libros.

Se fijó en un ejemplar, sin duda viejo: *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll, en una edición española que parecía de los años veinte. Junto estaba *Alicia en el país de las maravillas* en otra edición, ésta de Argentina. Y junto estaba una más, de bolsillo y bastante reciente a juzgar por la portada.

Se volvió hacia otro estante. Ahí estaba *Alicia en el país de las maravillas* en edición ilustrada reciente. Y, junto, un volumen de evidente antigüedad, con pastas duras de piel, *Alice in Wonderland*. Abajo había varios ejemplares en rústica de la misma obra.

Dio un par de pasos. En todos los estantes había *Alicia en el país de las maravillas*, nada más, en todas las ediciones imaginables. De algunos sólo había un ejemplar, de otros había copias suficientes para llenar una repisa. Leyó el título en francés, alemán, italiano,

portugués e inglés. En varios tomos en ruso sus vagos conocimientos del alfabeto cirílico le permitieron discernir la palabra “Alicia”. Lo mismo en griego. De las ediciones que por sus caracteres pudo deducir que eran árabes, hebreas, japonesas, coreanas, chinas y otras, sólo atinó a imaginarse que eran también *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll. Sacó al azar uno de los que mostraban los caracteres más intrigantes. Las ilustraciones correspondían a la obra de Carroll.

Hacia las cuatro de la tarde las barras de las cantinas del centro de la ciudad habían empezado a confundirse. La sucesión de cantineros (gordos, delgados, bigotones, jóvenes, viejos, de chaleco y corbata de moño, de delantal y en mangas de camisa) acabó fundiéndose en una especie de barman arquetípico que tenía como única misión en la vida mantener un trago en la mano de Everardo.

A las cinco de la tarde salió desorientado de la última cantina de su periplo y empezó a andar sin rumbo fijo, con la suficiente conciencia como para convencerse de que necesitaba caminar y respirar aire fresco.

Se sentía sobrio al encontrar el establecimiento de García, pero la multiplicación de la obra de Charles Lutwidge Dodgson, o Lewis Carroll, en los librerías que lo rodeaban le hizo dudar de su sobriedad. Sacudió la cabeza y miró a los estantes. Allí seguían.

Una figura se movió al borde del campo de visión de Everardo. Un hombre pequeño, sentado tras el mostrador con gorra a cuadros y pesadas gafas pasó una página de un libro. Estaba absorto en su lectura, encerrado en una burbuja. Everardo se acercó lo más inconspicuamente que pudo, ojeando libros acá y allá (todos seguían siendo *Alicia en el país de las maravillas*). Cuando pasó

junto al mostrador miró la página que tenía ante sí el hombre. Más de la mitad estaba ocupada por un grabado antiguo de Alicia durante su juicio, ante la reina de corazones.

La librería era como una burla de la biblioteca infinita que imaginara Borges. Aquí sólo había un libro. El idioma podía ser distinto, las traducciones (hijas de la subjetividad y los prejuicios) variaban, las ilustraciones eran siempre incompletas y demasiado personales, las encuadernaciones iban de la más lujosa a la más vulgar, el papel, las dimensiones, el tipo de letra, todo era distinto. Y sin embargo era el mismo libro. Todos esos volúmenes eran un solo libro.

La librería era, seguramente, producto de una admiración obsesiva por la obra de Carroll. Sin duda vendía muy pocos ejemplares. Pero el tipo que Everardo supuso era García se mostraba totalmente despreocupado. Parecía que uno podría tomar cualquier libro de los estantes y salir con él por la puerta sin pagarlo, y el hombre tras el mostrador seguiría leyendo sin inmutarse.

—Mire, mire —dijo alborozado el individuo que seguramente era García, señalando el libro y sobresaltando a su cliente. Everardo se acercó con cautela. En la página, el gigantesco rostro sonriente del gato de Cheshire presidía sobre la conferencia del rey, el verdugo y la reina—. Son los grabados originales de John Tenniel. Las reproducciones no son muy buenas, pero aquí tengo otro donde se aprecian con enorme fidelidad...

El hombre desapareció tras el mostrador. Everardo levantó el libro con cuidado. Era la edición de Porrúa de 1972 con traducción de Adolfo de Alba, y la portada anunciaba tanto *Alicia en el país de las maravillas* como *Al otro lado del espejo*, pero se le había arrancado al libro descuidadamente la segunda mitad. Llegaba apenas

a la página 70 y Everardo dedujo rápidamente que el resto del tomo había sido desechado precisamente porque no era *Alicia en el país de las maravillas*.

El individuo se incorporó mostrando un delicado volumen en papel biblia con cantos plateados. Lo hojeó rápidamente y llegó a la ilustración que había señalado en el otro libro.

—Esto sí hace justicia al grabador, ¿no le parece? —preguntó. Acercó demasiado el libro a Everardo, haciéndolo dar un paso atrás para apreciar la imagen. No pudo percibir gran diferencia entre los dos grabados, pero asintió obediente.

—¿No tiene una biografía de Lewis Carrol? —preguntó luego de un lapso embarazoso en que García lo miró expectante y sonriente, los ojos magnificados por los gruesos cristales de sus gafas.

García dejó de sonreír. Pasó la vista por su local, diciendo con los ojos que, por favor, señor, ¿no ve que sólo vendo *Alicia en el país de las maravillas*?

Los ojos de García volvieron a Everardo.

—No —dijo García.

—¿Y no tendrá por aquí *Detrás del espejo*? —insistió Everardo. La librería lo intrigaba y molestaba un tanto. Quería *entenderla*. Detrás de su conciencia sonaba una alarma: el hombrecito podía estar realmente loco. Se requería una obsesión genuina para emprender la titánica tarea que parecía haberse echado a costas García. Viajes, quizá, a países que jamás hubieran enviado a México un ejemplar de sus versiones de la obra de Carroll. Y mucho dinero. El establecimiento de García era una obra maestra de inutilidad minuciosa y delicada.

García negó sin hablar, con cierto escándalo por las preguntas de Everardo. Como lo que sentiría un devoto

Bajo el signo de Alpha

musulmán si alguien llegara invitado a comer a su casa y pidiera unos embutidos de cerdo.

—Está bien. Sólo tiene *Alicia en el país de las maravillas*, ¿verdad?

El hombre asintió con un suspiro que sonaba a agradecimiento y la sonrisa volvió a su rostro.

Everardo se volvió a ver de nuevo la librería. Su enigma era la suma de varios enigmas menores. Resolverlo exigía saber cómo alguien decide hacer una colección de un solo libro, y por qué decide que ese libro será *Alicia en el país de las maravillas*. Luego, determinar sus motivaciones para abrir un local comercial, pagando renta, permisos, impuestos, electricidad y demás, para exhibir y vender dicha colección, sin esperanzas de que las ventas cubran los gastos. Everardo dudaba que alguien, algún día, pudiera entrar a esta librería e interesarse por una traducción de *Alicia en el país de las maravillas* al finlandés. No la había visto, pero seguramente estaba allí, en algún lugar.

—¿Se interesa por algún libro? —preguntó García animoso.

—No lo sé aún —dijo Everardo a la defensiva.

—Nadie sale de aquí sin un libro —sentenció García. Everardo buscó en la voz del hombre un tono de amenaza, pero no lo había.

Lo separaban de la puerta no más de siete pasos. Tuvo el impulso de salir, olvidarse de los libros raros de García o volver con el sol brillando en la polvosa calle. Lo detuvo la voz de García:

—¿Para qué sirve un libro que no tiene ni grabados ni diálogos?

—No sé.

—Nadie sabe. Es decir, hay muchas respuestas posibles, pero sólo una es la correcta, la que corresponde a lo

Bajo el signo de Alpha

que se pregunta Alicia al principio de El Libro —pronunció guturalmente las mayúsculas—. Antes de ver al conejo blanco. Cualquiera puede decir que un libro sin grabados y sin diálogos sirve para esto o para aquello o para nada, pero la respuesta adecuada sólo la conoce Carroll.

—O Alicia —intervino Everardo simplemente por no quedarse callado.

—¡Eso es! ¡Muy bien, muy bien! —aplaudió jubiloso el hombre.

Everardo configuró la imagen de sí mismo en la barra de una cantina donde todas las botellas llevaban la etiqueta: “BEBEME”. García se quitó la gorra y abrió aparentemente al azar el volumen de papel biblia que había sacado de abajo de su mostrador.

—“Se quién era esta mañana, pero creo que desde entonces he cambiado varias veces”, —recitó el hombre con gozo.

Everardo se estremeció. Ya no tenía deseos de irse, ni de entender lo que estaba pasando, sino por qué estaba pasándole a él. La cita dio en el blanco y Everardo optó por la senda del enojo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó con los dientes apretados al hombre que sonreía como gato de Cheshire. La sonrisa desapareció y el hombre caviló seriamente durante algunos segundos.

—Dicen por ahí —comenzó solemnemente— que un monje hizo como ejercicio, a principios de siglo, una traducción de *Alicia* al latín clásico. Es sólo un rumor. Yo quisiera que tal volumen existiera. Y tenerlo aquí. Sería espléndido ver cómo logró resolver este monje políglota el poema de la danza de las langostas en latín. Y varios otros versos de estos...

—No, no eso. ¿Qué quiere de mí?

Bajo el signo de Alpha

—Nada. Que se lleve un libro. Yo no quiero nada más. Soy vendedor de libros. Usted llegó aquí...

—Sí, sí —concedió Everardo y la marea de su ira bajó.

—Voy a lavarme las manos. Mire, mire —indicó con la mano los estantes—. Sin compromiso.

El hombre desapareció detrás del librero que estaba al fondo de la tienda. Everardo se acodó en el mostrador y encendió un cigarrillo. Miró a su alrededor. Y todo lo que estaba ante él era un solo libro.

Alguna vez lo había leído. No recordaba cuándo. Primero tuvo una adaptación infantil que le causó la impresión de que el autor concatenaba situaciones absurdas sin causa ni propósito definidos. Luego lo leyó de nuevo y se enfureció tanto con los “adaptadores” del primer volumen que al final de la lectura recordaba poco de lo relatado. Pero el gato de Cheshire, la falsa tortuga y la reina de corazones aún estaban por ahí, entre sus recuerdos, bajo las recientes memorias de una mujer que a media noche se levanta de la cama y anuncia que se va, decreta el fin del amor, del sexo, del desayuno en común, del café después de ir al teatro, de la regadera compartida y la amable discusión para decidir quién limpia los ceniceros. Presencias frescas del empleo mínimo, de la supervivencia en tiempos de ruina que se ve reventada por viejos fantasmas que despiertan y empiezan a hacer preguntas sobre lo que se ha hecho y lo que *no* se ha hecho. Y más preguntas que iban encendiendo una serie de flechas de neón rosado y verde mostrando el camino a una cantina, luego a otra, a otra...

Y finalmente a una librería lunática.

El hombre volvió mientras Everardo levantaba *Alice au pays des merveilles* con las fotografías tomadas por el propio Dodgson.

Bajo el signo de Alpha

—¿Por qué Alicia? —preguntó finalmente Everardo.

—En realidad por nada en particular. Podía haber elegido cualquier otro libro. —El rostro del hombre cambió sutilmente. Ya no tenía la sonrisa de entusiasmo casi infantil, sino un gesto de profunda concentración. El gesto de quien hace la glosa del resultado de largas y profundas cavilaciones—. Son muchísimos los libros que tienen todas las respuestas que uno necesita. Si uno se pregunta por la justicia, digamos, puede encontrar excelentes respuestas en *El Quijote* igual que en *El proceso* de Kafka, en los cuentos de Edgar Allan Poe o en *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* de Philip K. Dick. Todos los libros son respuestas. Uno los evalúa de acuerdo a sus propias preguntas. Por eso los críticos nunca se ponen de acuerdo: preguntas distintas, ¿ve usted? Si uno lee *El juego de abalorios* de Hesse preguntando si el autor padecía complejo de Edipo leerá un libro muy distinto que si lo hace preguntando sobre el valor de las sociedades teocráticas o el significado del arte. En ese libro las respuestas son las mismas, pero el lector las altera con sus preguntas. En muchos libros hay respuestas distintas, claro. Pero ninguna es incorrecta. Todas son correctas...

—Si uno tiene la pregunta adecuada —dijo ausente Everardo. El hombre asintió.

—Exactamente. Una sola pregunta, como la de Alicia respecto de los libros que no tienen diálogos ni grabados, tiene muchas respuestas. Las respuestas están en los libros. La respuesta adecuada a su pregunta sólo la conoce Alicia. Ante las respuestas de los libros, sólo uno conoce la pregunta adecuada.

—¿Y Alicia en el país de las maravillas responde a todas las preguntas de usted?

Bajo el signo de Alpha

—No —repuso García. Echó una conspicua ojeada a su reloj de pulsera. Debían ser las ocho de la noche. La librería cerraría pronto.

—No entiendo.

El hombre acarició los lomos de los libros que estaban en el estante más cercano. Miró intensamente a Everardo y éste apartó la mirada fingiendo distraerse con el tomo mutilado de Porrúa.

Lo abrió de atrás hacia adelante y se detuvo en la penúltima página del libro.

—Tiene las respuestas de usted —dijo distraídamente el hombre y desapareció de nuevo tras el mostrador, revolviendo papeles.

“—¡No! ¡No! —dijo la reina—. Primero la sentencia y luego la deliberación”, leyó Everardo. Era una buena respuesta lo que le había ocurrido. Al menos a una parte. La respuesta era buena, pero le faltaba la pregunta.

El tomo mutilado le pareció de pronto un animal desamparado que necesitaba de su atención.

—Me llevo éste —anunció Everardo.

—Lléveselo. Y ya váyase. Voy a cerrar —sonó la voz del hombre desde abajo, tras el mostrador.

—¿Cuánto es?

—Nada, nada. Es un libro roto, viejo. Las hojas están amarillas y en la página once tiene una mancha de café. Y la portada está rota. No vale nada. Buenas noches.

Las últimas palabras de García eran terminantes. Everardo murmuró un agradecimiento y salió hacia la noche, abrazado al libro.

Cuando Julieta entró al pequeño establecimiento de “García, Libros raros”, quedó profundamente sorprendida. En todos los estantes no había sino ediciones diversas

Bajo el signo de Alpha

y traducciones de *El idiota* de Dostoievski. En ruso, en alemán, en francés, en inglés, en español, en pastas duras y en rústica, todo el local de García estaba ocupado por un solo libro.

Al fondo, tras el mostrador, un hombre pequeño, de gorra a cuadros y gafas, hojeaba muy serio un ejemplar de *El idiota*.

*Este cuento fue llevado a la TV en formato de cine 16 mm por el director Carlos García Agraz en la serie **Cuentos para Solitarios** y se ha transmitido en varios países latinoamericanos y cuando menos ha sido doblada al inglés en los EU, en el USA Channel, que lo transmitió a fines del año pasado.*

Bajo el signo de Alpha

Los crímenes que conmovieron al mundo

*La tecnología engendra
ruptura, la falta de ella
también.*

El Libro de las Desapariciones



Las ranuras en la parte superior del cráneo, se popularizaron en la quinta década del Siglo XXI cuando se volvieron un requisito indispensable para los alumnos de nivel básico. Esta disposición redujo el número de maestros, acabó con el sindicalismo magisterial y las escuelas fueron adaptadas como viviendas de interés social. El Estado Autárquico que regía el destino de los habitantes de la Tierra absorbió el costo de los implantes. La operación quirúrgica no era muy cara, se infectaba de vez en cuando y no de-

jaba marcas demasiado notorias en el hueso frontal. Los conectores de 64 pins nunca excedieron el tamaño de una estampilla, aunque tales dimensiones a veces ocasionaran dificultad para implantar un chip sin la ayuda de un espejo. Desde el 2056, los niños recibían el chip correspondiente a su grado académico y trabajaban en aulas virtuales sin salir de casa. Las ranuras también se difundieron entre el resto de la población que los usó por disposiciones laborales encaminadas a mejorar la eficiencia, o por simple placer. Los usuarios acostumbraban disimular todo rastro de enchufe con el cabello o cualquier accesorio de moda, aunque algunos excéntricos los evidenciaban al raparse y al añadir tatuajes ridículos en los bordes. No faltaba quien añadiera extensiones terminadas en puntas de flecha, relámpagos de lámina o imitaciones de viejos pararrayos y veletas.

El ciudadano medio disponía en el 2075 de incontables opciones, marcas y títulos que incluían películas clásicas, juegos de combate, intercambio sexual, sueños virtuales que transfiguraban los deseos más recónditos del usuario en aventuras placenteras o sadomasoquistas de acuerdo a la posibilidad elegida, conciertos, incursiones en paisajes extintos o soles de cualquier galaxia. No escaseaban las cacerías, las carreras de naves espaciales, las ofertas del deporte y las propuestas académicas que ofrecían licenciaturas, maestrías y doctorados; aunque entre estas últimas prevalecieran las estafas que propiciaron una legión de ignorantes desempleados al ser instruidos con sistemas deficientes. En fin, los catálogos eran infinitos. La educación, la tecnología, las ciencias teóricas, la historia, el placer, el esparcimiento, toda posibilidad, toda posible demanda y cada necesidad de los

Bajo el signo de Alpha

hombres era atendida por los proveedores con ofertas multiplicadas de acuerdo al gusto más excéntrico y al nivel de calidad pagado por los usuarios.

El desarrollo era una realidad, pero el índice de población y los niveles de bienestar comenzaron a descender.

Las estadísticas mostraban un incremento en la tasa de suicidios inexplicables para los teóricos de un sistema empeñado en fundamentar la realidad en los universos virtuales de las nuevas tecnologías. Era común que los niños se cortaran las venas ante las exigencias de un maestro distante. Mujeres y hombres murieron entre la multiplicidad de los orgasmos obtenidos en los rincones del cerebro donde las hormonas eran estimuladas con excesos mortales hasta agotar el corazón. El hambre también contribuyó a disminuir el número de usuarios de los chips al extenderse los casos de personas que olvidaban comer o dormir, mientras permanecían obsesionados por los universos míticos a su alcance. Otros muchos murieron al estallar los chips de procedencia indeterminada y sin aval en llamaradas que parecían producidas por una fuente divina. Un sobreviviente milagroso de un accidente de esta naturaleza declaró que *La luz estaba en todas partes como si el fuego se extendiera ante los ojos y dentro de los pensamientos.*

La muerte no sólo se daba como producto de las obsesiones que propiciaron un auge de la sicología y los astrólogos, también era producida por los combates que libraban los piratas tecnológicos, los comerciantes no establecidos, los contrabandistas y los agentes de la policía reforzados de manera no explícita por los mercenarios contratados por las compañías productoras de chips. Incontables inocentes murieron por la mala puntería de los

Bajo el signo de Alpha

combatientes, el estallido de las bombas de neutrones destinadas a destruir los centros de fabricación no autorizados, o por ser confundidos con comerciantes no autorizados.

Otra fuente de víctimas mortales fue la oleada de accidentes ocurridos por las distracciones de los conductores de vehículos terrestres, náuticos, aéreos o interespaciales, al desatender sus obligaciones por incursionar con descuido en la cibernética.

La muerte multiplicaba sus caminos.

No faltaron los que murieron al ser asaltados para ser despojados de tarjetas de crédito o dinero en efectivo, al ser detectados mirando chips de altos precios en las vidrieras de los centros comerciales o en los catálogos que mostraban no pocas paredes ciudadinas. Los asaltantes suponían que se trataba de millonarios y a veces eran decepcionados por la cartera vacía de algún miserable voyeurista que sólo se había atrevido a mirar un producto que le resultaba inaccesible. En algunos casos, la sangre de los bandoleros humedeció las calles al ser sorprendidos por los guardaespaldas de los millonarios auténticos.

Los desempleados que incluían nombres connotados del deporte, las artes plásticas, el gobierno, los medios de comunicación, el ballet, la literatura, el sacerdocio y la farándula formaron bandas terribles que no podían mantenerse al margen del público que durante tantos años les había permitido vivir con holgura o, por lo menos, contar con una audiencia que les resultaba imprescindible. Estos grupos acostumbraban capturar rehenes a los que forzaban a presenciar, de acuerdo a las características predominantes entre la pandilla de secuestradores de turno, encuentros deportivos, obras teatrales, conciertos, sermones religiosos, presentaciones de libros, noticieros, discursos políticos, óperas italianas y espectáculos

Bajo el signo de Alpha

circenses sin chip de por medio. Estas sesiones se prolongaban hasta la muerte del público por hambre, indiferencia o aburrimiento, aunque hubo ocasiones en que los prisioneros lograron emanciparse de sus secuestradores. Una historia clásica de la época, narra que una audiencia obtuvo la libertad cerca de Victoria y que mató a los delincuentes brindándoles rechiflas e insultos sin fin. Los artistas murieron de pena más que por el cansancio causado por el partido de fútbol que tuvieron que disputar durante tres días y tres noches sin pausa alguna.

La muerte también causó bajas entre la población alejada de los grandes centros urbanos. Los chips fueron llevados a todos los rincones de la Tierra mediante los mercaderes ambulantes, los gitanos y los misioneros de la Orden de la Tarjeta Madre que pregonaban que toda realidad es virtual. Sería farragoso abundar sobre las defunciones acaecidas en tales ámbitos por la similitud mostrada con algunos ejemplos ya expuestos, sin embargo, la proximidad de la naturaleza ofreció una que otra posibilidad nueva a la muerte. El escritor Holocanto Severo, autor de *El Libro de las Desapariciones*, refiere con precisión de metrónomo... *la candidez mostrada por algunos seres humanos, al enfrentarse con el futuro, los hizo decaer de prisa, entre estertores virginales, aunque la violencia y las muertes no decrecieron; podría decirse que alcanzaron destellos imaginativos excepcionales, como en el caso del nómada africano que al obtener una ranura y un estudio académico que mostraba la vida en el Polo Norte murió congelado en pleno verano ecuatorial. Es memorable y digno de estudios más profundos el suicidio colectivo de 200 monjes tibetanos tras descu-*

Bajo el signo de Alpha

brir en un chip compartido que Dios no era cosa que un holograma generado por un ordenador.

También resulta conmovedora la historia del propio Holocanto que tras quince años dedicados a concebir, investigar y redactar la que consideraba su obra cumbre, desperdició otros diez sin encontrar una editorial interesada en publicar *El Libro de las Desapariciones*. El autor dejó de existir poco después del décimo aniversario de su búsqueda inútil cuando recitaba, con voz atronadora, un pasaje de su libro en un mercado de Lisboa. Fue muerto por un húngaro que no estuvo de acuerdo con algunas opiniones escuchadas por accidente, pues de no haberse descompuesto el chip que lo llevaba en un paseo astronómico, nunca hubiera prestado atención al tipo barbado que agitaba las manos como un ave enorme imposibilitada de despegar.

El asesino escapó con el libro entre sus manos. No se percató del robo hasta que se encontró frente al estuario del Tajo. Un aroma salobre impregnaba el atardecer en que Cedrán Belakún comenzó a leer con paciencia infinita cada una de las historias recopiladas por Holocanto.

La policía descubrió el cadáver del húngaro una semana después.

Las investigaciones no encontraron razón lógica que explicara la muerte. El libro no estaba envenenado. La gente que comenzaba a desconfiar de los chips hizo correr el rumor de que había muerto de tristeza. Su historia no fue consignada en el *Libro de las Desapariciones* que fue editado al cumplirse un siglo del deceso del autor.

El lanzamiento editorial incluye un chip donde uno puede vivir en carne propia cada una de las desapariciones narradas con realismo inhumano y se ha convertido en un best-seller entre los sobrevivientes del holocausto que parece infinito.

Bajo el signo de Alpha

Bajo el signo de Alpha